

AL S. D. MANUEL DE ROSALES,

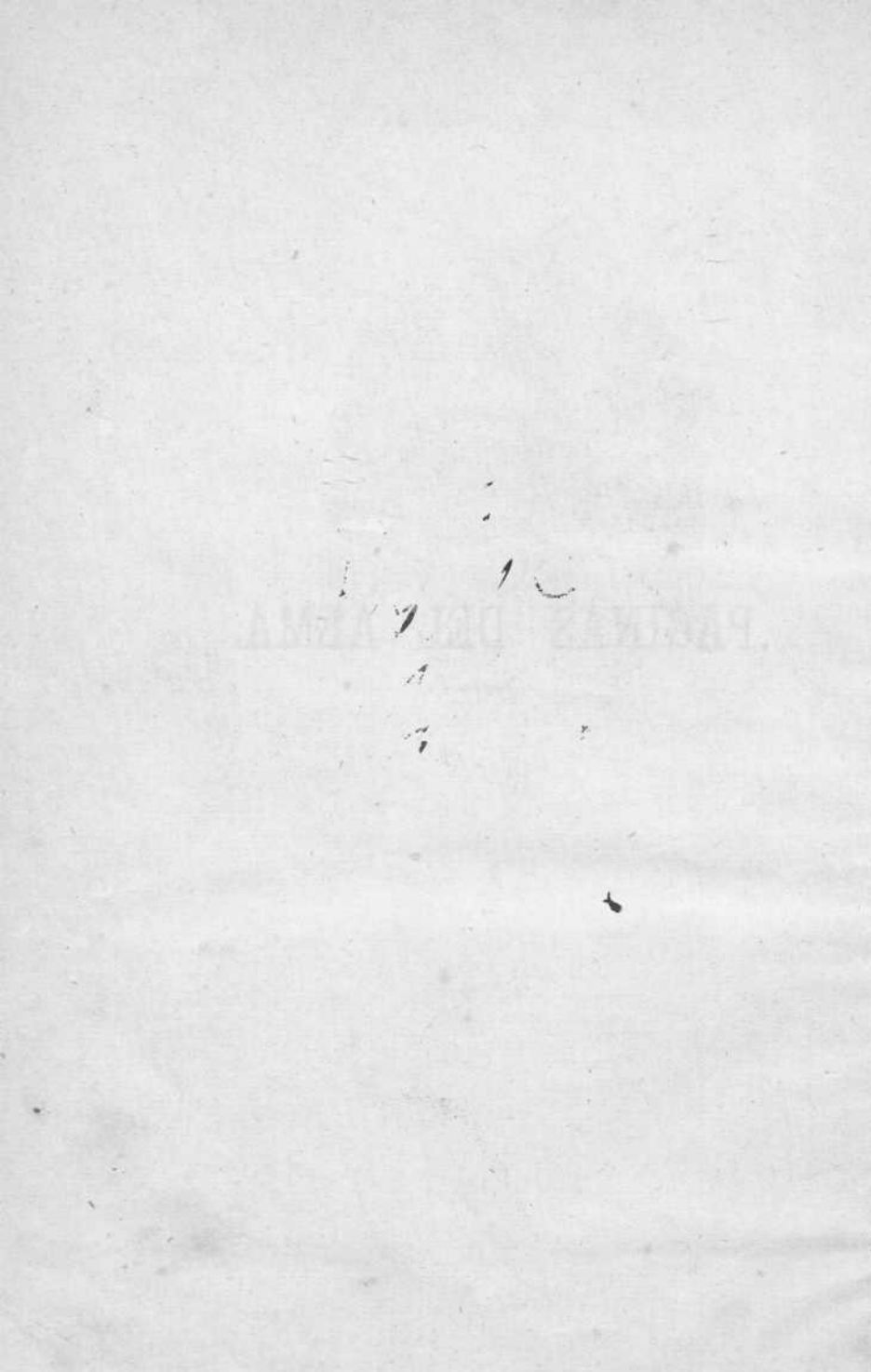
EL AUTOR

DE

PAGINAS DEL ALMA.



PIERRE DELA ALMA

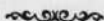


PAGINAS DEL ALMA.



PAGINAS DEL ALMA.

PAGINAS DEL ALMA.



NOVELA PIADOSA

ORIGINAL

DE

DON SABAS JOSÉ BECERRIL DIMAS,

PRESBITERO BENEFICIADO DE LA SANTA IGLESIA
CATEDRAL DE SEGOVIA,

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

ESTA OBRA SE PUBLICA BAJO LA AUGUSTA PROTECCION
DE S. A. R. LA SERENISIMA SEÑORA INFANTA D.^a MA-
RIA ISABEL FRANCISCA DE BORBON Y BORBON.

SEGOVIA.—1882.

IMPRESA DE SANTIUSTE, CALLE DE LA POTENDA, NÚM. 1.

PAGINAS DEL ALMA
NOVELA FILOSOFICA

ORIGINAL

DON SABAS JOSE BOCERIL DIMAS

IMPRESOR ENCOMENDADO DE LA SANTA OFICINA
CATEDRAL DE SEGOVIA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

ESTA OBRA SE PUBLICA BAJO LA AUGUSTA PROTECCION
DE S. M. LA SERENISIMA SEÑORA INFANTA D.ª MA-
RIA ISABEL FRANCISCA DE BORBON Y BORBON.

SEGOVIA—1885.

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO

DEL

OBISPADO DE SEGOVIA.

A la exposicion de V. de 13 de Julio último, en solicitud de la venia del Prelado para imprimir la obra titulada *Páginas del Alma*, se ha servido dictar S. S. I. el decreto siguiente:

Segovia 7 de Noviembre de 1882.

Por quanto de orden Nuestra ha sido examinada detenidamente en la parte relativa al fondo y doctrinas que encierra la obra que con el titulo de *Páginas del Alma*, ha compuesto el Presbítero D. Sabas José Becerril Dimas, Beneficiado de esta Santa Iglesia Catedral, y resultando que no contiene cosa alguna contraria al Dogma católico y sana moral, venimos en conceder y concedemos Nuestra autorizacion para que pueda imprimirse, si bien deberá su autor dejar antes en Nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno, una copia literal del manuscrito y remitir terminada que fuere la impresion de la obra, un ejemplar de la misma.

Lo acordó y firma S. S. I. el Obispo mi Señor de que certifico. Antonio Obispo de Segovia.—Licenciado, José Cardenoso Monge, Secretario.—Hay un sello.

Lo que de orden de S. S. I. traslado á V. para su conocimiento y demas efectos consiguientes.

Dios guarde á V. muchos años.—Segovia 7 de Noviembre de 1882.

LICENCIADO, JOSÉ CARDEÑOSO MONGE, SECRETARIO.

SR. D. SABAS JOSÉ BECERRIL, BENEFICIADO DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL.

OBISPO DE SEGOVIA

A la exposición de V. de 13 de Julio último, en solicitud de la venia del Prelado para imprimir la obra titulada *Páginas del Alma*, se ha servido dictar S. S. I. el decreto siguiente:

Segovia 7 de Noviembre de 1882.

Por cuanto de orden Nuestra ha sido examinada detenidamente en la parte relativa al fondo y doctrinas que encierra la obra que con el título de *Páginas del Alma*, ha compuesto el Presbítero D. Sabas José Becas-trín Dimas, Beneficiado de esta Santa Iglesia Catedral, y resultando que no contiene cosa alguna contraria al Dogma católico y sana moral, venimos en conceder y concedamos Nuestra autorización para que pueda imprimirse, si bien deberá su autor dejar antes en Nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno, una copia literal del manuscrito y remitir terminada que fuera la impresión de la obra, un ejemplar de la misma.

Lo acordó y firmó S. S. I. el Obispo mi Señor de que certifico: Antonio Obispo de Segovia.—Licenciado, José Cardenoso Monje, Secretario.—Ha y un sello.

Lo que de orden de S. S. I. traslado á V. para su conocimiento y demás efectos consiguientes.

Dios guarde á V. muchos años.—Segovia 7 de Noviembre de 1882.

LICENCIADO, JOSÉ CARDENOSO MONJE, SECRETARIO.

Sr. D. SABAS JOSÉ BECAS-TRÍN DIMAS, BENEFICIADO DE ESTA SANTA IGLESIA CATEDRAL.

Á S. A. R. LA SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA
DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA DE BORBON
Y BORBON.

SEÑORA:

Cuando en la Real Cámara, tuve la alta honra de leer á V. A. la presente produccion literaria, (bien afortunada en verdad, pues que sin mérito alguno y no obstante de tantas imperfecciones, obtuvo su augusta y benévola atencion) V. A., siempre magnánima, se dignó conceder á mi pobre obra sus favores, y autorizarme para colocar en la primera página, su egregio nombre.

Al ensalzar V. A. de este modo, con timbre tan esclarecido, la pequeñez de la obra, enaltece tambien la humilde persona de su autor; siguiendo así los generosos sentimientos, que inspiran siempre al magnánimo corazon de V. A. el infortunio, las ciencias, las artes y los trabajos literarios.

S. M. el Rey D. Alfonso XII y la Real familia toda, dispensan siempre su augusta proteccion al mérito y á la desgracia.

S. M. la Reina D.^a Isabel II, vuestra excelsa madre, al tender así su generosa mano á las letras y al talento, premia y estimula el amor á la literatura.

V. A., del mismo modo y en todas ocasiones; mas en esta, no existiendo méritos, y sí motivos sobrados que dispensar, V. A. ha querido sin duda, mostrarse como siempre, benévola con el infortunio; pues que al escribir "Páginas del Alma, en los periodos mas tranquilos de una triste y penosa enfermedad de cinco años, no creí, que los sencillos y desaliñados conceptos, de mi pobre mente, vieran algun dia la luz pública, escudados con tan augusta y valiosa proteccion.

¡Quiera Dios conceder á V. A. tanta gloria y ventura como vivamente deseo!

SEÑORA:

Á L. R. P. de V. A.

SABAS JOSÉ BECERRIL.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

El génio, en sus hermosas inspiraciones, necesita de la religion.

Las mas sublimes empresas; los hechos mas gloriosos, aparecen iluminados por la divina antorcha de la fé cristiana.

Las ciencias, las artes, y la literatura, se envilecen á medida que se alejan del foco de su luz; así como las obras que la rinden merecido culto, llevan siempre consigo un mérito á lo menos *"la piedad."*

Podrán carecer de belleza en la forma, de estudio y galanura; pero siempre serán benéficas, útiles y saludables; particularmente á la juventud.

Ahora bien: la obras literarias profundas y serias en religion, producen á los jóvenes fastidio.

Sin comprender lo que valen, abandonan su lectura por absorber con delicia el veneno del escepticismo, oculto artificiosamente, en floridas y maquiavélicas publicaciones.

Existen, sin embargo, muchos libros buenos, de valor precioso, cuya lectura piadosa y agradable, encanta á la juventud, á la vez que la instruye y moraliza; pero todo es poco, y una produccion mas, de este género, (aunque con imperfecciones) será por lo menos, lo que el grano de arena á una grande obra: "un átomo mas de beneficio, que con otros muchos contribuya á su progresion."

He aquí lo que me propuse al escribir mi humilde obra *"Páginas del Alma."*

¡Plegue al cielo, que así sea!

PROLOGO DEL AUTOR

El género, en sus diversas inspiraciones, necesita de la religión.

Las más antiguas epopeyas; los hechos más gloriosos, aparecen iluminados por la divina autoría de la fe cristiana.

Las ciencias, las artes y la literatura, se enriquecen a medida que se elevan del fango de lo material; así como las obras que la tierra produce en sí, florecen siempre con un mérito a lo menos "de verdad".

Podrán carecer de belleza en la forma, de estudio y caluroso; pero siempre serán benéficos, útiles y saludables particularmente a la juventud.

Ahora bien: las obras literarias profundas y serias no producen a los jóvenes fascinos.

Sin comprender lo que valen, abandonan en lecturas por absorber con helicia el veneno del escepticismo, ocultándose, en floridas y magníficas palabras, a las ciencias.

Existen, sin embargo, muchos libros buenos, de valor precioso; cuya lectura precisa y agradable, enseña a la juventud, a la vez que la instruye y moraliza; pero esto es poco, y una producción más, de este género, (aunque con imperfecciones) será por lo menos, lo que el grano de arena a una grande obra: "un átomo más de beneficio, que con otros muchos contribuya a su progresión".

He aquí lo que me propuse al escribir mi humilde obra.

— Páginas del Autor.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

LA PRIMERA COMUNION.

Era un hermoso día del mes de junio. El sol, ostentaba sus brillantes galas á través de menuda lluvia, sobre el verdor delicioso y esplendente de una campiña risueña y feráz. De los Valles tapizados de flores, forman el precioso marco de la aldea de R... situada en el fondo de este paisaje encantador. En el centro del pueblo, se eleva la sencilla torre de su iglesia, y á pocos pasos, una humilde casita, cuya blancura poetiza frondoso y robusto emparado. El gorgceo de los pajarillos; el aroma de una atmósfera tibia, y las gotas que cual pequeñas perlas destila la menuda lluvia, constituyen un conjunto, de verdadero encanto, imposible de describir. Las campanas tañian con alegres notas, y los al-

deanos, vestidos de fiesta, cruzaban las calles en direccion al templo.

Eran las nueve de la mañana de un domingo de junio en 1808.

Un jóven mal vestido, de elevada estatura, y palidez notable, avanzaba con lentitud, y como rendido de fatiga, por la carretera próxima á R...

Al llegar al punto en que esta se divide, con direccion al pueblo, le fué preciso detenerse para descansar. Trascurrieron algunos instantes, y despues muy despacio, pudo seguir hasta la aldea.

Atravesó algunas calles silenciosas, como sus casas, y se halló ante el pórtico del templo, en cuyo sagrado recinto, resonaban melodiosamente los acordes del órgano.

El viajero escuchó conmovido un instante, y arrastrado por atraccion poderosa, se dirigió al templo.

De pronto se detuvo... vacilaba... escuchó nuevamente; y un minuto despues penetraba en la iglesia, oscura y perfumada con las espirales de humo del incensario.

El espectáculo que se ofreció á la vista del viajero, le hubo de conmover sobremanera. Su rostro marcaba una emócion creciente, bienhechora, como el despertar de un terrible y prolongado sueño.

La iglesia, estaba llena de bote en bote, si asi puede decirse.

Algunas niñas de trajes blancos como sus velos y sencillas coronas de flores, avanzaban de dos en dos hacia el altar, donde un jóven sacerdote de

figura bondadoso y distinguida, se disponia á ofrecerlas el Pan divino de los ángeles.

En el momento que las dos primeras, se arrojaban temblorosas á los piés del digno sacerdote, y el pueblo todo caia de rodillas tambien, la popular dulzaina y el tamboril, uniendo sus alegres sonidos á los acordes del órgano, inundaron las bóvedas del templo, haciendo palpar los corazones, á impulso de una emocion santa y sublime, como el acto solemne que la inspiraba.

Los hombres, se sentian poseidos de religioso fervor; las mujeres lloraban, y todos bendijeron al Dios omnipotente, en la primera comunión de aquellas venturosas niñas, que hasta entonces no habian gustado tanta felicidad.

El sacerdote, reflejaba en su rostro la alegría de su corazón.

Las niñas ruborizadas y con la vista hacia el suelo, regresaban á sus respectivos sitios, irradiando en sus rostros, puros y resplandecientes por una aureola de gracia, el alto honor que acababan de recibir.

¡Ay!... La grandeza de Dios habia tocado á todos los corazones.

El viajero, por demas conmovido, tuvo que recostarse en una columna próxima para no caer. Un sudor frio inundaba su frente, el llanto oscurecia sus ojos, fijos en el sacerdote con terrible insistencia... se ahogaba... y vacilante salió al atrio del templo para respirar.

Se dejó caer sobre las gradas de una cruz de

piedra, ocultó el rostro entre las manos, y rompió en sollozos como un niño.

—¿Qué significaban aquellas lágrimas?

—¿Qué sentía en el corazón aquel joven?

—Así trascurrió algún tiempo... Por fin enjugó el llanto de sus ojos, dirigió al cielo una mirada suplicante, y se puso en pie.

El suelo estaba tapizado de verde césped, algunas sepulturas se veían acá y allá entre las malas y flores silvestres; el viajero lo contempló todo con tristeza, y después su vista se fijó en la cruz, sintiéndose de nuevo impresionado. Las lágrimas acudieron otra vez á sus ojos... Se descubrió, se puso de rodillas, y sus labios murmuraron, sin duda, una ferviente plegaria.

—Cuando se levantó, estaba tranquilo.

Parecía haber adoptado una resolución suprema. Se puso el sombrero, ordenó un poco su traje, y anduvo por una y otra calle, hasta encontrar la casita blanca, cubierta por frondoso emparrado.

—Esta—se dijo—debe ser la casa del Sr. cura; me lo dice el corazón... ¡Cielos!... ¡Si fuera él!... ¡Imposible!... Sin duda un extraño parecido; mi turbación, la oscuridad del templo... ¡La familia de Lara en esta aldea!... ¡Buen Dios!... Quizá Luis solo... ¡Imposible! Se amaban tanto para separarse.



II.

El viajero, llegó á la puerta de la casa blanca, é hizo sonar su aldabon, una y otra vez, inútilmente. La casa parecia sola.

—Están en la Iglesia—murmuró, sentándose en un poyo de ladrillo bajo el emparrado—Esperaré; sí esperaré... ¡Cuanto bien ha echo á mi alma lo que he visto!... Estoy más contento y confiado que nunca, cual si una fuerza superior me protegiese... Le esperaré. Mas sencillo sería en la iglesia, pero he de necesitar mucho tiempo. No quiero tampoco llamar la atencion. Cuando se desayune, tranquilo y solos, podrá oirme, y yo... ¡ay!... yo llorar sin testigos mi vergüenza.

Lágrimas silenciosas surcaron sus mejillas, un profundo suspiro salió de su pecho; apoyó la cabeza en una mano, y así en tristes reflexiones, trascurió media hora, hasta que algunos pasos que se acercaban le distrajeron.

Levantó la cabeza, no sin inmutarse algun tanto, miró hacia el sitio de donde provenian, y vió llegar á un hombre en traje del país, al cual pre-

guntó cuando estuvo mas próximo, en tono que revelaba al jóven de buenos principios.

—¿Tendria V. la bondad de decirme, si es esta la casa del Sr. cura?

—Si señor—contestó el labriego, observándole con curiosidad—pero ahora están todos en la iglesia y no habrá nadie en la casa.

—No importa: esperaré—despues añadió en tono tranquilo—Poco tiempo llevará el Sr. cura al frente de la parroquia... parece muy jóven.

—Si señor; pero aunque jóven tiene la sabiduría de un viejo. Como D. Luis de Carbajal, hay pocos... es un angel.—

—¡D. Luis de Carbajal!—exclamó confuso y aterrado el viajero—¡Oh!... No me engañé... ¡Don Luis de Carbajal y Lara!—repetia aturdido—¡Gran Dios!.. ¿Y Bautista es aquel?.. Sí, Bautista, Bautista.

—Insistia alejándose, y mirando á un hombre vestido con decencia, que á la sazón llegaba.

—Bautista, sí... ¿pero por qué huye V? ¿Qué le sucede?

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!

Y el viajero, hubo de recostarse en la pared de la casa, ocultando la cabeza entre ambas manos.

Bautista, apercibido, se apresuró á llegar. Las gentes que regresaban de la iglesia se detenian, y Bautista advirtiéndolo, dijo al viajero con solicitud—¿Por qué se aflije V? ¿Qué le sucede?... Si necesita V. hablar á D. Luis, pasemos á casa.

—No—murmuró el desconocido, asustado y con el rostro siempre oculto—Nada quiero.

Y á su pesar permanecía inmóvil porque las piernas se negaban á sostenerle.

Se sentia morir: su vista se nublaba, y cayó en tierra privado de sentido.

Bautista entonces vió su rostro, y conteniendo apenas un grito de sorpresa, hubo de murmurar confusamente.

—¡El aquí!... ¡y en que estado buen Dios!— Enseguida entre Bautista y el labriego fué conducido á una de las habitaciones de la casa en el piso principal.

Allí se le colocó en un sillón, y ensanchando su pecho un suspiro, merced á las atenciones que se le prodigaran, abrió los ojos vagamente.

—¿Qué siente V.?—le preguntó Bautista observándole con asombro y disimulo.

—El estómago... la cabeza... me siento morir. Entonces quiso erguirse, pero las fuerzas le abandonaban, y cayó de nuevo sobre el sillón.

—¡Jesus, Jesus!—decia Bautista.

¿Hace mucho que V. no se alimenta?

Eso es debilidad sin duda.

—Déjeme V. salir; déjeme V.—insistió el viajero desesperado, fingiendo no conocer á Bautista.

—¡Salir!... ¡Imposible!

Y solícito se apresuró á llevarle una taza de caldo, que al punto de tomarla le reanimó.

Enseguida se puso en pié decidido á partir á toda costa, pero Bautista le detuvo intencionadamente, añadiendo.

—Descanse V. es preciso.

—¡Ni un minuto mas!—exclamó el viajero evitando la mirada de Bautista.

Y con decision avanzó algunos pasos, á la vez que aparecia en la puerta una señora distinguida de alguna edad, con una joven de aspecto distinguido tambien.

El desconocido al verla, vaciló nuevamente, murmurando con acento indefinible—¡D.^a Antonia de Lara! ¡Cielos!... Quisiera morir.

De súbito hubo de llevar sus manos al pecho con angustia, y cayó exánime otra vez en brazos de Bautista.

D.^a Antonia; pues que así la ha designado el viajero, se enteró con gran sorpresa de lo que sucedia, é hizo trasportar al desconocido á una habitacion próxima, donde ella y Bautista quedaron solos con él.

III.

BENDITA FÉ LA FÉ DE JESUCRISTO.

D. Luis de Carbajal se habia detenido en la iglesia, repartiendo estampas á las niñas que acababan de comulgar, despues de una provechosa plática, semejante á otras que ya las dirigiese, para instruir las en su primera comunión.

—Vuestros sencillos pechos—las decia—acaban de recibir al Rey, de reyes, al Soberano de cielos y tierra, que no obstante de su majestad se dignó descender hasta vuestros corazones, hijas mías.

El honor que acabais de recibir es incalculable. Meditad sobre esto, como yo os he enseñado y repetido mil veces; porque en todas ocasiones, y ahora especialmente con ayuda de la gracia, podreis sacar precioso fruto de la meditación. ¿No sentís algo grande? Alguna cosa que no sabreis explicaros, pero que os causa gozo y bienestar indefinible?... ¡Oh! sí, sí. El alma prisionera en los estrechos límites de la vida, constantemente lucha por dirigirse al cielo. Y en esta lucha bienhechora, las criaturas sienten sobre sus conciencias, la potente mirada del

Altísimo, que toca á su corazon... ¡Dichoso llamamiento! ¡Feliz instante!... Sabedle aprovechar, hijas mias. Rocoged el espíritu algunos ratos, y dirigid vuestros mas tiernos afectos al Dios que llena vuestras almas. Pedidle virtudes para servirle; amarle en esta vida; y despues gozar de su esplendente gloria.

En estos, ó parecidos términos, se expresaba el virtuoso sacerdote, sembrando en aquellos puros é inocentes corazones, la fé viva que abrasaba el suyo.

¡Oh! Bendita fé, la fé de Jesucristo, que nos eleva sobre todo lo material; que ennoblece cuanto toca; que presta alas al genio para todo lo grande; que derramando su refulgente luz sobre nosotros, al romper las cadenas de la ignorancia en que yacía el mundo, nos ofreció consuelos para todas las aflicciones, y un *mas allá* de gloria, que no puede brindarnos el mezquino saber de los mortales.

¡Bendita sí, la fé de Jesucristo!...

Ahora bien: ¿Qué sucedió al regresar D. Luis á su casa? ¿Quién era aquel jóven misterioso?... ¿Quién D. Luis de Carbajal? ¿Quién la señora distinguida á quien el viajero designó con el nombre de D.^a Antonia; y quién la jóven que la acompañaba?

Retrocedamos algunos años, y encontraremos la explicacion apetecida.

IV.

DIOS SOBRE TODO.

D.^a Antonia de Lara, viuda del respetable jurisconsulto D. Jorge de Carbajal, tenía dos hijos: Luis y Carmen. Luis contaría doce años; Carmen nueve. El primero, de fisonomía dulce y simpática, era rubio como el oro. La segunda, tan hermosa como angelical, tenía el cabello negro y los ojos grandes, velados por las pestañas.

D.^a Antonia, que frisaba en los cincuenta años, compartía sus mas tiernas afecciones entre estos dos hijos, y su buen hermano el ilustre general D. Francisco de Lara.

El general, de algunos mas años que D.^a Antonia, se resentía de varios achaques, pero de complejion fuerte; era el verdadero tipo del militar caballero y del caballero cristiano.

Querido de todos: el Rey hacia justicia á su mérito y la patria le era deudora de muchos beneficios. Sin odios, sin ambicion y sin envidias, vivia tranquilamente en la ciudad de X... desde la muerte de su esposa, acaecida poco mas tarde que la de su hijo Enrique, capitán de caballería, muerto en el campo de honor.

Cuando D.^a Antonia quedó viuda, D. Francisco la hubo de hablar en estos términos.

—Antonia; Dios lo quiere y debes aceptar con resignacion esta dura prueba.

Estoy solo en el mundo. Todas mis afecciones las he depositado, despues de Dios, en tí y en tus hijos.

Desde hoy Antonia, viviremos bajo el mismo techo. Tu posicion es poco desahogada. Jorge honrado y caballero no tenia nada suyo.

Era, si así puede decirse, la providencia de los pobres.

Desinteresado por demás, os legó un nombre respetable, pero no una fortuna, y en sus últimos momentos ha exigido de mí una promesa sagrada, aunque inútil, porque desde la muerte de mi querida esposa me instalé en esta ciudad para vivir cerca de vosotros. Asi pues, hermana mia, mi corazón y mi conciencia, me prescriben deberes sagrados que cumplir. Jorge tambien me lo encargó en sus últimos momentos, y desde hoy, tu y tus hijos vivireis conmigo.

El tiempo calmará en lo posible tu justa pena. Luis y Cármen, educados en las piadosas máximas, que procuraremos enseñarles, serán algun dia el orgullo de nuestra vejez; y Dios nos ayudará, por que Dios premia á los que le aman...

Algunos dias después, en la ciudad de X... hubiéramos podido ver, en un lindo gabinete de la casa del general Lara, al respetable anciano sentado

en un sillón cerca de la chimenea. Alto y de noble porte dejaba adivinar en sus finos modales y en toda su persona, la distinción de la cuna y la nobleza del corazón. Sus cabellos blancos y las arrugas de su rostro, acusaban una ancianidad que parecía rejuvenecerse, cuando sus ojos se fijaban con paternal solicitud en un grupo encantador, que próximo á él se destacaba en el centro del gabinete.

D.^a Antonia, vestida de riguroso luto y sentada ante un sencillo costurero, hacia algunas observaciones acerca de una labor á su hija Carmen, que ponía particular cuidado en seguir sus instrucciones. Pálidas y tristes, denunciaban claramente la madre y la hija, el terrible dolor que en sus pechos anidaba, por la pérdida del buen esposo y del buen padre: recuerdo sagrado que dibujaba la misma tristeza en el rostro del general y del niño Luis, sentado á los pies de su madre y fija toda su atención en un pequeño libro, cuya cubierta ostentaba estos caracteres «*Doctrina Cristiana.*»

El chisporroteo de la chimenea, algún triste suspiro exhalado por intervalos, y el ojear del libro que Luis repasaba con profunda atención, era lo único que se sentía en aquel tranquilo aposento, decorado sencillamente, pero con gusto.

De pronto un hermoso canario, cuya jaula suspendida en el centro del gabinete semejava una linda barquichuela, dejó oír sus hermosos trinos, cual si quisiera alejar con la inocente alegría de sus gorreos, la tétrica memoria de un doloroso suceso.

—¡Pobre pajarillo!—exclamó el general fijando en él su mirada. Siempre preso y siempre alegre, eleva agradecido el armonioso canto, para expresar su gratitud al Creador y á las personas que cuidan de su sustento. Mírale Luis, cual bate sus preciosas alas. Todos los días, al despuntar la aurora, saluda con sus trinos al Dios omnipotente que concede al mundo un día mas de luz. Mirad, mirad como se afana en alegrarnos. Parece que procura distraer nuestros pesares con sus dulces piadas, con sus alegres trinos.

Y en efecto: el pobre pajarillo, alegre y bullicioso, cantaba sin cesar revoloteando en su linda cárcel.

Luis, que á la insinuacion del general, habia suspendido la lectura, fijaba al mismo tiempo que Carmen, sus hermosos ojos en el pajarillo. mientras D.^a Antonia enjugaba furtivamente dos gruesas lágrimas. Aquel canario era un recuerdo de su esposo, que habia sido trasladado á casa del general, como sus muebles y efectos.

D. Francisco, observaba con disimulo á D.^a Antonia, y sintió oprimido el corazon por la angustia de su querida hermana; angustia reprimida largo tiempo, y próxima á estallar en ahogados sollozos.

Los niños, que advertidos de la afliccion de su madre la acariciaban silenciosamente, acabaron con su disimulo; produciéndose una escena tiernísima de llanto y de dolor.

El recuerdo de D. Jorge de Carbajal, difunto esposo de D.^a Antonia y padre de los niños, se hallaba

en todos los corazones, y era la causa de tan triste manifestacion.

El general, visiblemente afectado, hubo de salir para ocultar las lágrimas, que acudian á sus ojos.

Cuando volvió, despues de algunos momentos, se detuvo sorprendido en la puerta del gabinete. D.^a Antonia, de rodillas ante un hermoso cuadro de la Virgen, oraba con sus hijos; y la voz de la viuda, triste, entrecortada y confundida con el dulce acento de los niños, causó profunda impresiou en el ánimo del general, reflejándose en su rostro el cariño y la compasion. Tambien hubo de orar secretamente, y esperando á que D.^a Antonia se apercibiera de su presencia, hubo de decirla despues con dulce, pero severo acento.

—Antonia, Antonia: tu dolor es legítimo, es justo; yo le respeto, pero ofende á Dios y perjudica á tus hijos. Estos pobres inocentes, necesitan fortaleza en la desgracia; no los aflijas. Enséñalos á honrar la memoria de su difunto padre; que oren, sí, diariamente por su alma; que su recuerdo los sea siempre dulce... pero Antonia, hermana mia, no olvides que el primer mandamiento de la ley de Dios, es amarle sobre todas las cosas. Dios lo quiere y basta. Desde hoy hermana, yo te ruego que enseñes á tus hijos el amor de Dios, sobre todas las afecciones y sobre todo lo creado. Enséñales á resignar gustosos su voluntad á la voluntad divina, por que esta es la verdadera ciencia y el camino de la Gloria.

No desconozco que la prueba es dura, pero Dios

ja envía, y todo lo que de Él procede, debemos recibirlo con gusto.

D.^a Antonia, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía suplicarle piedad para su justo dolor.

El general había callado un momento, y después hubo de proseguir.

—Cien veces en el fragor de la batalla, al ronco estruendo de los cañones y entre los ayes de los moribundos, invoqué el nombre de Dios, y con su ayuda obtuve siempre la victoria... Hubo un día que en el sitio de una plaza, y en el instante en que una brecha me otorgaba el triunfo, ví caer sin vida á los piés de mi caballo, á un capitán, cuyos ojos vueltos hacia mí con indecible angustia, me enviaban un *adios* supremo.

Aquel capitán era mi hijo.

Sentí mi corazón hecho pedazos... las lágrimas abrasaban mis ojos... y no obstante, frenético y terrible, al grito salvador de *¡Viva el Rey!*, pasé sobre el cadáver de mi hijo, á quien amaba con locura, y penetré en la brecha; hiriendo mis oídos las aclamaciones de la multitud, que ignorando la desgracia del padre, aplaudía la gloria del general...

Pasó algún tiempo, y entonces la compañera de mi vida abandonó este mundo. Tu sabes si la amaba y si he honrado su memoria; pero también me resigné gustoso, pues que Dios lo quiso, y amar á Dios sobre todas las cosas, es el primer mandamiento de su ley.

D.^a Antonia, cuyo rostro había reflejado las diferentes emociones de su espíritu durante las pa-

labras del general, tomó á sus hijos de la mano, y dirigiendo la mirada al cielo, exclamó en tono y actitud solemnes.

—Francisco; aprenderé á amar á Dios sobre todas las cosas, y á recibir desde hoy con alegría todas sus pruebas. Esto ofrezco, y esto enseñaré á mis hijos.

Un sollozo unánime resonó en la estancia, y la bendición de Dios hubo, sin duda, de poner término á tan piadosa escena.

V.

LA FAMILIA CRISTIANA.

Han trascurrido algunos meses. La casa del general Lara ofrece el mas perfecto modelo de órden y buenas costumbres. Al penetrar en ella, se siente el dulce contagio de la virtud, tan grato al alma, como el aire á los pajarillos.

D.^a Antonia, deja el lecho temprano, y despues de algunas oraciones matinales, se dirige acompañada de sus hijos á la iglesia mas próxima, donde oyen misa con el mayor recogimiento.

Una vez terminado el santo sacrificio, y despues de recitar algunas devociones, regresan á casa.

El general, mientras tanto se ha vestido, y despues de expresar á Dios su gratitud y ofrecerle el nuevo dia, espera el regreso de su hermana y sobrinos, para hacer en comunidad el desayuno.

Terminado este, Luis y Carmen, con un criado, se dirigen á sus respectivos colegios. El general sale de casa para oír misa, y D.^a Antonia se ocupa en las faenas domésticas. Inspecciona el aseo de las habitaciones, el coste de la compra diaria y el buen régimen de la cocina. No se desdeña de confeccionar

por sí, tal ó cual guiso; este ó el otro plato de gusto, y alguna golosina de las que mas agradan al general.

Enseña á los criados, siempre con dulzura. Reparte diferentes limosnas á los pobres que llegan á la puerta; y asi tranquila por el deber cumplido, se instala en su gabinete, y se ocupa en tal ó cual labor, útil ó necesaria.

Al mediodia, los niños regresan del colegio; y el general, despues de haber oido misa y practicado algunas obras de caridad, vuelve á casa contento y feliz.

La una, es la hora de la comida, modesta y sin aparato, pero española; tradicional, si así puede decirse.

Terminados los postres, se rezan las preces de accion de gracias. El general dormita en un sillón, lo propio hace D.^a Antonia, y los niños juegan en el jardín, si el tiempo lo permite, hasta la hora de volver al colegio.

Al anochecer, se reza *El Angelus*, se toma el té, y los niños estudian, mientras el general provisto de sus anteojos lee, y D.^a Antonia hace calceta.

A las diez, se llama á los criados. La servidumbre del general no es numerosa ni mucho menos. Bautista el ayuda de cámara. Angela la doncella, y Gertrudis la cocinera.

Se colocan dos luces ante una imágen de la santísima Virgen, y seguidamente, señores, niños y criados, se postran de rodillas y rezan con piadoso recogimiento, el santo rosario.

Después la cena, las preces de acción de gracias, y cada uno se retira á su respectivo dormitorio; no sin imprimir Luisito y Carmen, un beso cariñoso en la mano del general y en la de D.^a Antonia.

Hé aquí el régimen de la casa de D. Francisco de Lara.

Por extraordinario se hacen y reciben algunas visitas, ó se introduce alguna pequeña variación, según el tiempo y las circunstancias, pero esto sucede rara vez y por compromisos inevitables.

VI.

QUIEN AMA Á DIOS, AMA AL POBRE.

Un día Luisito, llegó del colegio sofocado, lloroso, con un cardenal en la frente y visibles arañazos en las mejillas.

D.^a Antonia alarmada, exclamó—¡Luis, hijo mio! ¿Qué es esto?—¿Cómo vienes de esta manera?

El niño rompió á llorar, y nada dijo.

—¿Qué significa esto?—insistía D.^a Antonia dirigiéndose á Bautista, el criado que le acompañaba—¿Qué ha sucedido?

—Señora; yo no lo he presenciado—contestó Bautista—pero segun me han dicho, es que el niño se hubo de pelear con otros, por defender á una pobre mendiga.

—¡Ah!—exclamó D.^a Antonia, mirando á Luisito con mezcla de gozo y de compasion—¿Pero y cómo ha sucedido? por qué no me contestas Luis?

—Porque temo que va V. á reñirme mamá.

—¡Reñirte por defender al pobre... al desvalido! ¿Cómo puedes admitir tal suposicion? Cuéntame y veremos por qué circunstancias te crees digno de reproche.

—Luisito rompió á llorar otra vez, sin decir nada.

Entonces Bautista, que comprendia la creciente ansiedad de D.^a Antonia, refirió la cuestion de este modo.

—Cuando yo llegaba al colegio, me chocó vertan- ta gente reunida en la calle, con indicios de ocurrir algo extraordinario. Me apresuré á preguntar pre- sintiendo alguna desgracia, y supe lo siguiente— Algunos chicos de mal corazon habian hecho objeto de sus groseras burlas á una anciana mendiga, que acosada por los insultos, y últimamente por algunas pedradas, se guarecia llorosa en un portal, á donde la siguieron los granujillas con grandes risas y al- gazara, desgarrando á tirones los arapos de aquella infeliz.

A la sazón salia de clase, con sus compañeros, el señorito Luis, y todos fueron á ver lo que ocurría, demostrando los mas su disgusto con un cobarde alejamiento, y adhiriéndose algunos, con sus burlas y risas, á la cruel manifestacion. Entonces el niño de casa, no obstante su dulzura, indignado y va- liente como un héroe, se precipitó impetuoso sobre el grupo de muchachos que asediaba á la mendiga, armándose una buena de bofetones y puntapiés. Los granujillas sorprendidos por tan brusco ataque, hu- yeron sin darse cuenta del caso, y el señorito Luis quedó solo con la mendiga, tan arrogante como un guerrero victorioso.

—Dios te premiará hijo mio, esa bella accion— exclamó gozosa D.^a Antonia— Y lejos de reprender-

derte por ella la aplaudo con toda mi alma. Had bien siempre que te sea posible, hijo mio, pero sobre todo, al pobre, á quien debemos amar con predileccion porque representa á Jesucristo.

—Sí, mamá—exclamó Luis con timidez, pero no es eso lo que me aflige... Si V. supiera....

Y el niño rompió á llorar de nuevo.

—¿Pues qué mas?—murmuró inquieta D.^a Antonia dirigiéndose á Bautista—sin duda que los chicos repuestos de su sorpresa tomarian la revancha, como presumo por esos arañazos... ¡Pobre hijo mio!... Ofrécelo á Dios todo y no creas que tan buena obra ha de quedar sin recompensa.

—No es eso lo que me aflige madre mia...

—¿Pues entonces...

—Es señora—se apresuró á decir Bautista—que en efecto los muchachos volvieron á pelearse con el señorito Luis hasta que un agente de policía, se llevó consigo á algunos granujas, pero el mas insolente logró evadirse y profiriendo blasfemias se precipitó ciegamente por la calle mas próxima á la sazón que los caballos de un coche, hostigados por la fusta volvan la esquina con ímpetu. El muchacho quiso evitar el terrible choque, pero ya era tarde. Le habia alcanzado la lanza y cayó al suelo entre las ruedas.

—¡Que horror!—exclamó D.^a Antonia conmovida—¿Y qué ha sido de esa pobre criatura?

—¡Ay! mamá!—dijo Luis sollozando fuertemente—Eso es lo que me atormenta... Sin yo querer hesido causade una desgracia... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

—Cuando yo llegué—repuso Bautista—me dijeron que los señores del coche se habian encargado de todos los gastos, y que conducido á casa en el mismo carruaje, un médico declaró no ofrecia gravedad.

—Eso me tranquiliza—murmuró D.^a Antonia—sin embargo enviaré algun socorro á su pobre familia. Y tu Luís, hijo mio, cálmate. No tienes culpa de ese incidente. Me complace ver en tí tan buenos sentimientos, mas la desgracia de ese muchacho es hija de su mala accion, y el castigo de sus blasfemias. Por eso tu, hijo mio, procura siempre obrar el bien y bendecir á Dios, respetando profundamente su Santo Nombre. Tu conducta en defensa de la pobre mendiga es tan noble, es tan hermosa, que por ella te prometo un precioso regalo.

—¿Y sanará ese chico, madre mia?

—Confiemos en Dios. Ya oyes á Bautista. Recobrará la salud, y tan terrible enseñanza ha de serle muy provechosa para el porvenir, temiendo siempre al blasfemar que pudiera ocurrirle otra desgracia.

Bautista refirió lo que Luis no habia podido saber porque alejado de los curiosos lloraba sin consuelo cuando Bautista llegó al sitio de la ocurrencia, y no se hubo de hablar mas del asunto hasta la hora de la comida. Entonces advertido de todo D. Francisco de Lara prometió á Luis un segundo regalo, despues de elogiarle por su conducta y de confirmar la promesa de D.^a Antonia, respecto al envio de algun socorro para el enfermo.

no olvidaba en su hijo y en su matrimonio no
sabía que hacer...

D.^a Antonia se encorvó de todo. Llamó órdenes
á los criados; animada á la aligida madre, y merced
á sus previas disposiciones, el médico, avisado
por Bautista, llegó prontamente, proponiendo
enseguida á la enferma sus prescripciones fácul-
tativas.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Sucedió otro día que un fuerte campanillazo en
la puerta de la escalera, pareció prevenir algo desa-
gradable.

En efecto: los vecinos de la casa mas próxima
pedían socorro.

Amalia, preciosa niña de la edad de Carmen, era
víctima de un cólico terrible y se empeoraba por
momentos.

D.^a Antonia, Carmen y todos los de la casa, ex-
cepto el general y Luis que habian salido, se perso-
naron inmediatamente en la estancia, donde la po-
bre niña auxiliada por su afligida madre y una don-
cella se retorcia en medio de agudos dolores.

Un temblor nervioso agitaba su cuerpo, sus
manos crispadas y su lívido semblante, parecían
anunciar una angustiosa gravedad.

Carmen al verla sintió oprimido el corazon y sus
ojos se llenaron de lágrimas. Aquella niña era su
amiga...

D.^a Teresa, la madre de Amalia lloraba sin con-
suelo porque precisamente acababan de salir tam-

bien su esposo y su hijo, y en su aturdimiento no sabia que hacer...

D.^a Antonia se encargó de todo. Daba órdenes á los criados; animaba á la afligida madre, y merced á sus previsoras disposiciones, el médico, avisado por Bautista, llegó apresuradamente, propinando enseguida á la enferma sus prescripciones facultativas.

No obstante, pasó aun mucho tiempo con indefinibles torturas, hasta que por fin se promovió el vómito, la reaccion vino, y la enferma extremadamente fatigada fué conducida al lecho.

—Se habia salvado.

Al dia siguiente, cuando D.^a Antonia y Carmen, acompañadas del general y Luisito, volvieron á verla, Amalia rodeando los brazos al cuello de su amiga, exclamó anegada en lágrimas—¡Ay!... Cuan cierto es lo que tu me manifestaste tantas veces, mi querida Carmen.

Ayer he creido morirme. Dios ha castigado, sin duda, mi poca caridad y mi glotonería; pero desde hoy prometo no incurrir en la misma falta. ¡Tu si que eres buena, Carmen! Tu vales mucho mas que yo, y ahora voy hacer pública tu virtud y mi vergüenza... No, no me ruegues al oido que calle, porque no lo conseguirás.

Amalia refirió entonces con no poco disgusto de su amiga, en cuyo semblante, se pintaba el mas inocente rubor, que en muchas ocasiones habia tratado á Carmen con alguna dureza, por motivo de los diferentes empleos que cada cual daba á los ahorros de

su alcancia, producto de la generosidad de sus respectivas madres cuando terminaban alguna labor difícil en el colegio.

Amalia todo lo invertía en dulces y bollos. Carmen lo dedicaba á los pobres, permitiéndose rara vez, emplear algo para ella.

Ultimamente, con motivo de las Pascuas, Carmen habia logrado comprar algunas libras de chocolate que repartió á pobres enfermos de su predileccion.

Amalia, como siempre, lo dedicaba á golosinas, se proveyó de turrones, pastas y dulces, que egoísta ocultaba en sitio seguro, visitándole sin cesar hasta concluir las provisiones.

Este fué el origen de su gran cólico, causa de tanto disgusto para su pobre mamá y de tanto sufrimiento para ella.

Amalia despues de referirlo así, prometió solemnemente no incurrir mas en semejante falta, imitando desde entonces el bello ejemplo de Carmen, la cual avergonzada y confusa, por su natural modestia, fué motivo de calurosas felicitaciones.

VIII.

LA BUENA NUEVA.

Han trascurrido algunos meses... Luisito debe examinarse de latin y algunas otras asignaturas en los primeros dias del mes de Junio. Su aplicacion y buena conducta son garantías preciosas de un feliz éxito.

El tiempo corre y el exámen llega. Luisito se ha preparado cual requieren su fé y la pureza de sus costumbres. Despues de confesar y ofrecer á Dios la comunión, suplicando sus divinos auxilios, se dirigió al tribunal de exámenes donde alcanza las primeras notas en diferentes asignaturas.

El gozo del general, de D.^a Antonia y de Carmen es grandísimo, pero no reconoce limites, cuando Luis en el entusiasmo de su inmensa alegría, los declara los vivos deseos que siente su corazon por consagrarse al sacerdocio. Un fuerte abrazo de D.^a Antonia, seguido de otros del general y de Carmen promovieron una tiernísima escena, á la que puso fin la llegada de Felipe, hermano de Amalia, el cual enterado de lo que ocurría, exclamó encojiéndose de hombros con indiferencia—Te felicito, Luis, y te admiro, pero no puedo yo decir otro tan-

to. Precisamente vengo huyendo del furor de mi padre que me castigaria con dureza sinó apelara á la fuga por haber quedado *suspense*.

—¡Cómo!—exclamó el general secamente—¿Es posible?... ¡Despues de haber perdido el curso pasado!... No, Felipe: eso no es bueno y yo deploro mucho tu proceder.

Felipe algo impresionado por estas palabras pareció avergonzarse un momento, pero, se repuso al instante y replicó con voz insegura—La culpa no es mia, mi general... En los exámenes hay tambien preferencias...

—¡Cuidado Felipe, cuidado!—se apresuró á decir lleno de indignacion D. Francisco de Lara—No incurras en la injusticia de todos los niños holgazanes. Los profesores son nuestros segundos padres, y como á ellos, les debemos respeto y veneracion.

Un corazon agradecido, los guarda toda la vida las mas tiernas deferencias. En sus desgracias los ayuda; en su prosperidad siente gozo; á su muerte, los tributa el homenaje de sus lágrimas...

No, Felipe: no culpes á tus dignos profesores... ¿Qué mayor placer para ellos que los adelantos de todos sus discípulos?... Recuerda los muchos castigos que mereciste de tu padre por la desaplicacion y no culpes á nadie de esta desgracia.

—Vamos... desde hoy—exclamó D.^a Antonia—Felipe será otro. ¿No es verdad?... ¡Ea!... Yo prometo interceder con tus padres á fin de que te perdonen, prometiendo tu tambien verdadera enmienda. Hoy comerás con nosotros. Se pondrá recado á

tu casa, y hasta la hora de la comida podeis bajar al jardin y distraeros sin hacer travesuras.

Luisito salió con Felipe, y Carmen los siguió, quedando solos el general y D.^a Antonia lamentándose del nuevo disgusto que Felipe proporcionaba á su familia, y conversando despues largamente acerca de las felizes disposiciones de Luis. D.^a Antonia lloraba de gozo y el general muy contento tambien exclamó—¡Antonial hermana mia; si veo á Luis, sacerdote, moriré tranquilo. No tendrás que temer los caprichos de una nuera como muchas que hoy vemos inútiles para el gobierno de su casa y verdaderas calamidades en la sociedad. Tambien Carmencita quedaria entonces doblemente escudada con la respetable sombra de su hermano; y pido á Dios muy de veras se realice tan hermoso sueño...

Aquí llegaban el general y D.^a Antonia en su conversacion, cuando unos gritos agudos y angustiosos les sorprendieron súbitamente causándolos viva inquietud.

Se precipitaron hacia la parte de la casa, de donde provenian los gritos, y como estos procedieran del jardin, D.^a Antonia y el general siguieron hasta aquel punto, ofreciéndose á su vista un extraño espectáculo. Felipe, sumergido en el estanque, se esforzaba por salir con ayuda de Bautista, mientras que Luisito y Carmen, desolados y llorosos gritaban con todas su fuerzas.

—¡Dios mio! ¡Que criaturas, Señor, que criaturas!....—exclamó asustada D.^a Antonia. Y precipitadamente se dirigió al estanque seguida

del general que murmuraba con enojo—Felipe es incorregible... ¡Vaya una enmienda!... Su amistad no es conveniente á Luis.

En aquel momento llegó tambien D. Rodrigo de Benavente, padre de Felipe, que como hemos indicado habitaba la casa mas próxima, y al informarse de lo que ocurría, se sintió ébrio de furor. Pocos momentos antes habia sabido por uno de los profesores el triste resultado del exámen de Felipe, y presintiendo hallaría á este en casa del general, se encaminaba en su busca, cuando los gritos de Luis y Carmen le hicieron presentir algun nuevo disgusto de su hijo.

No se habia engañado.

En el momento de aparecer en el jardin D. Rodrigo de Benavente, Bautista lograba sacar del estanque á Felipe, que todo mojado referia el suceso con descompuestas risas.

D. Rodrigo de Benavente, irritadísimo y en un estado de exaltacion indescriptible, se presentó de súbito, y sin oír las súplicas de D.^a Antonia, ni las advertencias del general; loco y ciego de ira, se arrojó sobre Felipe, le abofeteó antes de que nadie pudiera impedirlo, y sin hacer caso de las observaciones y ruegos que se le dirigian, salió prodigando á su hijo pescozones y puntapiés sin interrupcion.

IX.

LA EDUCACION.

D.^a Antonia y el general volvieron al gabinete disgustados y tristes, mientras Luis y Carmen les referian llorando la causa del suceso.

Parece ser que Felipe comenzó por hacer alarde de indiferencia y proferir groseros insultos contra los profesores, por lo acaecido en su fatal exámen: despues expresó tambien cuan poco le inquietaba el disgusto que por ello tendria su familia, sintiendo únicamente el castigo que se le impusiera: por último, despues de destrozar algunas lindas flores con arto sentimiento de Carmen, que las amaba mucho, se dirigió alestanque, donde se veian algunas preciosas anades, y sin que Luis pudiera impedirlo, se propuso mortificarlas. Entonces excesivamente inclinado sobre el agua, vaciló y hubo de caer, recibiendo así el castigo que por tantas razones merecia.

Luis y Carmen, dotados de un corazon generoso y no menos nobleza de alma, temian por Felipe objeto de la justa cólera de su padre.

Entonces D.^a Antonia aprovechó tan bonita ocasion para hacer á los niños algunas reflexiones muy oportunas, y D. Francisco de Lara, luego que estuvo solo con D.^a Antonia, hubo de exclamar con acento

de sentenciosa amargura—Los disgustos que Felipe hoy proporciona á sus padres son acaso, h rmana mia, el fruto de una educacion descuidada. Los padres y superiores tenemos obligacion de enseñar y corregir á nuestros hijos y subordinados. El padre de Felipe mir  siempre con desdén las prácticas religiosas.

Cruel y despótico, hace alarde de sus riquezas para humillar al pobre, y Dios castiga tambien, porque su justicia es infinita como su misericordia..

—¡Ah!... Si, si... tienes razon, hermano...

Verdad es que hay criaturas de malas inclinaciones difciles de guiar por buen camino, pero aun en esas criaturas mucho influye el buen ejemplo, la buena educacion; semillas preciosas, que mas pronto   mas tarde producen excelentes frutos; y ese buen ejemplo, esa buena educacion no puede existir sin la base necesaria de todo bien real y positivo, base divina, augusta, y esplendente, condensada en un solo pensamiento—*Amar   Dios sobre todas las cosas*—No lo olvidar  nunca.

X.

LA OCIOSIDAD ES MADRE DE TODOS LOS VICIOS.

Con tan sanos principios la casa del general Lara ofrece siempre el mas perfecto modelo de orden y buenas costumbres. El tiempo se desliza trasformando á Luis en un apuesto jóven próximo á ver realizadas sus bellas esperanzas como aspirante al Sacerdocio, y á Carmen en una cumplida señorita de verdadero mérito.

El general se resiente de sus achaques reumáticos, pero su energía se sobrepone á los sufrimientos de que rara vez se queja.

D.^a Antonia, algo delicada de salud, en su anhelo de madre, la parece no ha de llegar nunca la deseada hora de ver á su querido hijo sacerdote del Señor. ¡Ah!... Los años pasan insensiblemente, y pasan para no volver.

Monarcas poderosos... guerreros ilustres... varones esclarecidos en las letras y en las artes, llenaron el mundo... ¿Y dónde están?... También pasaron para no volver...

De este modo, un dia sucede á otro dia; un año á otro año, y Luisito adelanta mas y mas en su carrera, obteniendo siempre brillantes calificaciones en todos los cursos.

No así Felipe, su amigo, de quien ya es tiempo nos ocupemos detenidamente.

Su educación descuidada, sus caprichos no contrariados, y sus malas inclinaciones, habían hecho de Felipe una criatura poco simpática. Su padre Don Rodrigo de Benavente, rico propietario de noble origen, educó á Felipe y á su hermana Amalia, á quien ya conocemos, con todas las malas costumbres hijas de lamentables ideas y de principios poco religiosos. D.^a Teresa Enriquez, esposa de D. Rodrigo y madre de Felipe y Amalia, seguía otra escuela bieu distinta á la de su esposo, pero sus esfuerzos se estrellaron siempre contra el carácter irascible é intransigente de D. Rodrigo, siéndola preciso sucumbir á todas las impertinencias y á los mas disparatados caprichos.

Felipe y Amalia tenían dos ejemplos diferentes que imitar, con diversas lecciones y máximas que obedecer.

Felipe desde luego se sintió inclinado hacia su padre. Los principios libres y poco religiosos cuadraban mejor á sus inclinaciones, que las piadosas costumbres de D.^a Teresa.

Amalia también había participado de aquella contagiosa atmósfera, pero á medida que su inteligencia se desarrollaba, fué comprendiendo lo que valía su buena madre y hubo de concluir por imitarla en todo.

Felipe en cambio, acrecentaba sus malas pasiones y crecía en insolencia á la vez que en holgazanería. Después de tres exámenes perdidos consecutiva-

mente en otros tantos cursos, declaró de un modo terminante que estaba dispuesto á no estudiar, aunque le hicieran pedazos.

D. Rodrigo de Benavente recibió aquel golpe sin sorpresa, porque le esperaba como inevitable, pero reconoció con tardío pesár y amargura indefinible, las consecuencias de sus errores.

Felipe pasaba todo el dia fuera de casa, con amigos las mas véces de la peor estofa. Muchos dias no estaba á las horas de comer, y algunas noches las pasó tambien fuera de casa. D.^a Teresa sufría horriblemente. Felipe sin carrera por su desaplicacion tampoco podia abrazar un oficio. Preocupaciones sociales lo impedían, y el amor de Felipe á la libertad lo hacia imposible.

Así pues, Felipe sin ocupaciones, se entregó á todos los vicios, y muy especialmente al juego, carcoma de la sociedad que arrastra tras sí cuantiosas fortunas. Terrible pasion que esconde tantas lágrimas como crímenes. Avalancha poderosa que no se detiene por nada ni por nadie. Delirio de un genio destructor impulsado por sataná.

Hé aquí el ídolo de Felipe, al que rendia un culto ardiente, apasionado, y cuyas consecuencias habian de serle fatales.

XI.

EN DIOS PONGAMOS LA CONFIANZA.

Luisito, lo repetimos... era el orgullo de su familia. Los profesores alababan su verdadero mérito; los amigos le querian extremadamente, y los pobres le bendecian, participando Carmen de iguales beneficios porque sus virtudes la conquistaban como á su hermano el aprecio de todos.

Así pues el general y D.^a Antonia vivian tranquilos y llenos de satisfaccion.. ¡Pero Ay!... Todo es efimero en el mundo.

Un dia el general se hallaba solo en su gabinete, y al enterarse del correo halló una carta cuyo contenido debia ser terrible, porque apenas hubo repasado algunos renglones, el papel se escapó de sus manos; palideció su rostro hasta semejar al de un cadáver, y despues de leer toda la carta nuevamente, el general murmuró con la respiracion fatigosa y acento resignado, pero de indefinible amargura— Señor, ahora como siempre, cúmplase vuestra divina voluntad... Lo siento por ellos... por mi Luis... por... ¡Cómo ha de ser, Dios mio...!—y el general no terminó la frase.

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos; suspiró tristemente, y despues con la mirada fija en el suelo quedóse absorto y pensativo, mien-

tras su hermosa fisonomía reflejaba la serenidad que poco á poco volvía á fortalecer su espíritu.

Así pasarón algunos segundos hasta que D.^a Antonia y Carmen que regresaban de misa le sorprendieron en aquella actitud.

El general demasiado absorto, no se apercibió de su llegada sinó cuando ya estuvieron cerca de él.

D.^a Antonia comprendió desde luego que algo extraño ocurría al general, y ya se preparaba á interrogarle, cuando llegó Luis que como D.^a Antonia y Carmen quedó sorprendido ante la actitud triste y reservada de su buen tío.

En vano aquella alma noble y franca pretendía ocultar su turbacion y su disgusto.

D.^a Antonia y sus hijos cambiaron una mirada de dolorosa sorpresa, y tristes presentimientos oprimieron sus corazones. No podían adivinar la causa, pero era indudable que algo extraño le sucedía al general.

D.^a Antonia no pudo contenerse mas tiempo, y con la mayor solicitud exclamó—¿Qué tienes, Francisco? No se que veo en tí que me atormenta... ¿Estás enfermo?

—No, nada.. estoy bien—Y el general tuvo que reprimirse para que su emocion no le vendiera.

—¿Quizás esa carta...?

—No, no:... repito, que no es nada...

—V. nos oculta algun pesár—exclamó Luis con acento suplicante—¿Olvida V. el cariño que le profesamos?... V. sufre tío... V. sufre mucho, y nos lo oculta.....

D. Francisco de Lara no pudo mas. Suspiró fuertemente, y con acento de indefinible pena dijo. — Sufro sí, por vosotros que sois todo para mi en el mundo. No puedo ocultarlo. Sufro sí, porque en efecto, una grande amargura ha venido á torturar mi corazon; y puesto que deseais conocer la causa que algun dia hubiera de manifestaros, me resuelvo á deciroslo para juntos bendecir al Altísimo que nos envia una nueva prueba.

D.^a Antonia, Carmen y Luis escuchaban llenos de la mayor angustia.

—El fruto de mis economías—continuó el general—con la herencia que percibí por legado de mi inolvidable esposa constituia la suma de ochenta mil duros, que como tu no ignorabas, hermana mia, impuse en una respetable casa de comercio americana. Dicha suma la destinaba para dote de Carmen, y vuestro desahogado bienestar... Todo ha concluido...

—¿Y bien...?—murmuró D.^a Antonia.

—Hé aquí la carta en que me lo comunican.

Y el general entregó tristemente á Luis la terrible carta para que la leyera en alta voz.

Por su contenido, se veia efectivamente que el jefe de la casa de comercio americana habia huido con premeditacion arrastrando consigo fortunas considerables y entre ellas la del noble y honrado general D. Francisco de Lara.

Sus ahorros y sus esperanzas habian desaparecido de un solo golpe.

El negociante fué á ocultar sus *distracciones* á pais extranjero, y las víctimas, que eran muchas, se

hubieron de resignar forzosamente á una decepcion que venia á añadir un nuevo escándalo á los muchos que de esta clase se imponen á la sociedad.

D.^a Antonia enjugó sus ojos. Pensaba, no en la fortuna perdida, sino en la infamia del hombre que dañaba el bondadoso corazon de su hermano destruyendo sus mas bellas ilusiones.

Sufria por su hermano y por sus hijos; por ella, no. Nada ambicionaba. Solo ver á Luis sacerdote del Señor, era el ensueño de su vida.

El general trataba en vano de reprimir su dolor.

D.^a Antonia, Luis y Carmen, le repetian en todos los tonos, que por ellos no se atormentase, pues que jamás habian ambicionado fortuna: que su cariño era todo lo que deseaban, y se complacian en saber que la causa de su tristeza, no era el estar enfermo, como habian temido.

Olvide V. tio amado—le decia Luis—esa pérdida, que nada significa para quien pone su confianza en Dios; y perdonemos de todas veras al hombre que así le daña. Posee V. su asignacion militar, y yo, en breve, con ayuda del Altísimo seré sacerdote, cesando así los gastos de mi carrera, que V. se impuso generosamente... Por nosotros no debe V. afligirse... ¡Tio!... Dios lo quiere ¡Cúmplase su voluntad divina!... Así nos ha enseñado V. siempre... ¿Se arrepentirá V. de tan hermosas máximas?

¡Oh!... No Luis, hijo mio; no... eso nunca... Me avergüenzas... Tienes razon... Soy un ingrato. De

Dios es todo cuanto poseemos. ¡Bendito sea Dios, ahora y siempre, y benditas sean tus palabras, Luis...!

Y el anciano rompió á llorar como un niño; pero enseguida avergonzado de su debilidad se repuso, resignándose cristianamente con tan dolorosa pérdida.

¡Ay!... Sus mas lisonjeras esperanzas, respecto al porvenir de sus amados sobrinos, acababan de desaparecer, y esto era un golpe terrible para el bondadoso general D. Francisco de Lara; golpe, que influyendo en su salud ya achacosa, debia producir fatales consecuencias.

Se pidieron nuevas noticias y todas unánimes confirmaron la desgracia.

XII.

EL FRUTO AMARGO.

Mientras esto sucedia en casa del general Lara, otra escena triste tambien, pero de distinto género, ocurría en la casa de los señores de Benavente.

Felipe, que ya contaba diez y ocho años, habia descendido á toda clase de humillaciones, á fin de obtener pequeñas cantidades que alimentaran su pasion favorita del juego.

D. Rodrigo de Benavente se negó á pagar las deudas contraidas por su hijo, cansado ya de satisfacer y de advertir á los acreedores que no prestasen á Felipe, porque lo perderian todo. Dicho se está, que D. Rodrigo no daba dinero á su hijo desde que supo el triste uso que Felipe hacia de él; y este furioso y desesperado se vengaba en proporcionar á sus padres un disgusto cada dia, ó mas bien cada hora.

A la sazón, D.^a Teresa y Amalia, á quien la edad habia trasformado en una perfecta señorita, estaban inconsolables; mientras D. Rodrigo de Benavente, hosco y pensativo reprimia con trabajo la cólera próxima á estallar.

En un salon de su casa solariega con su esposa y su hija, esperaba ver aparecer por fin al hijo ex-

traviado que desde el día antes no había vuelto.

D.^a Teresa presintiendo algo terrible, sentía el corazón hecho pedazos é inquieto por diferentes temores.

Se acercaba la hora de la comida...

¿Volvería Felipe?... ¿Y si alguna desgracia le hubiera ocurrido...? ¿Si cuando se presentase, la cólera del padre, justamente irritado, fuese terrible..? ¿quizás espantosa...? ¡Pobre!... ¡Pobre madre...! Sufria y lloraba en silencio.

Asi trascurrían para ella las fatales horas, cuando de súbito un fuerte campanillazo hizo palpitar violentamente su corazón.

D.^a Teresa y su hija se pusieron en pie trémulas y aterradas.

D. Rodrigo de Benavente se había levantado de su asiento pálido de cólera.

Aquel modo de llamar era el de Felipe, y la madre al reconocer los pasos de su hijo que se aproximaba, olvidó la degradación de su conducta para pensar solamente en defenderle. Fuerte y atrevida ante el peligro se colocó de súbito al lado de su esposo imitándola Amalia, que desecha en llanto pedía con angustia piedad para su hermano.

En aquel instante, con el traje en desorden y la mirada refulgente, se presentó en la puerta del salón el hijo extraviado, provocativo, arrogante y... ébrio en fin por excesivas libaciones.

La cólera de D. Rodrigo se desbordó furiosamente, al verle en tan vergonzoso estado.

D.^a Teresa quedó aterrada, pero sus ruegos se

duplicaron y D. Rodrigo sujeto por las dos pobres mujeres que desesperadamente le retenían prorumpió en terribles improperios contra su hijo.

Este los escuchaba con la sonrisa grosera, propia de la embriaguez, y por último, aunque difícilmente porque su entorpecida lengua se negaba á pronunciar frase alguna, exclamó—V. no me ha enseñado... otra cosa.

—¡Infame!—replicó D. Rodrigo—Eres un bribon, un granuja, un holgazán...

—¿Por qué?... ¿porque no estudio?... ta... ta... ta... Tampoco V. ha estudiado... Si era V. rico, también yo lo soy, y no quiero estudiar.

—¿Y por eso frecuentas todos los vicios?... ¿Y por eso contraes vergonzosas deudas?... ¡Miserable!

—Si V. me diese dinero no sería tramposo.

—¡Por Dios... por Dios!...—exclamaban las dos pobres mujeres trémulas y lívidas, oprimiendo los brazos de D. Rodrigo, cuya exaltación creciente era terrible—Piedad por nosotras... piedad.

—Y sí... y sí... lo repito—continuó Felipe—V. me ha enseñado... V. cuando pequeño me daba dinero y me decía, «Toma... los Benaventes han de mostrar su riqueza...» Si... eso es... y ahora quiere V. que me pase sin dinero... pues no, y mil veces no... si V. no me le dá... le robo.

—¡¡Miserable!!...—gritó fuera de sí D. Rodrigo; y desasiéndose con violencia de su esposa y su hija, se lanzó furibundo contra Felipe, siguiéndole las dos pobres mujeres vacilantes, temblorosas y aterradas.

Felipe, temiendo la justa cólera de D. Rodrigo, intentó huir, pero con tan mala fortuna que tropezando en un mueble cayó al suelo y su cabeza fué á chocar contra la pared, recibiendo un golpe terrible.

D.^a Teresa y Amilia, lanzaron un ¡hay! desgarrador, seguido de lamentos de Felipe.

El señor de Benavente se contuvo al ver manchada de sangre la frente de su hijo. Los criados acudieron; se vendó á Felipe la cabeza, y la pobre madre, siempre llorando, le hizo conducir al lecho instalándose con Amalia á su cabecera.

D. Rodrigo taciturno y terrible, se cerró en su despacho.

Una vez allí solo, las lágrimas corrieron abundantemente por sus mejillas.

—Esto no puedes seguir así—murmuró—Quisiera morirme... Ese hijo castiga sobradamente mi soberbia... ¡Dios mio!... perdonadme .. tened piedad de mí.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y sus labios murmuraron una oracion despues de tantos años que su escepticismo rechazaba los dulces consuelos de la religion...

¡Ah!... ¡Bendita la plegaria que endulza nuestros pesares, y bendito mil veces el arrepentimiento!

Al dia siguiente Felipe por primera vez pareció arrepentido de sus faltas, y prometiendo enmendarse obtuvo el generoso perdon de su familia.

XIII.

RESIGNACION CRISTIANA.

Han pasado seis años.

La familia del general Lara ha sufrido una completa trasformacion.

El lindo gabinete que ya conocemos aparece ahora tétrico y sombrío: las maderas del balcon cuidadosamente entornadas apenas permiten penetrar un rayo de luz á través de las colgaduras; y sobre la chimenea ante un cuadro de la Virgen, proyecta su luz vaga y misteriosa, una débil lamparilla, cuya ténue claridad armoniza con el silencio de la estancia.

Un suspiro exhalado en la alcoba; algunas frases confusas y una tos débil, anuncian que no está desierta. Efectivamente, D. Francisco de Lara, el bravo general, tan digno como respetable, descansa en un sencillo, pero cómodo lecho; y D.^a Antonia ocupa una silla á su cabecera, inmóvil y triste como la estatua del dolor.

D. Luis transformado en sacerdote del Altísimo, vistiendo el traje talar se encuentra en pie rígido y grave contemplando tristemente el pálido y descompuesto rostro de su buen tío, que sin cesar dirige su mirada á D. Luis ó D.^a Antonia, como si en su

mente germinase algun pensamiento que quisiera comunicarlos.

Por fin los indica con acento inseguro que se aproximen todavia mas y entonces murmura débilmente—Antonia, Luis... Me siento peor.

D.^a Antonia iba sin duda á interrumpirle, pero D. Francisco de Lara se apresuró á impedirlo diciendo—Escucha, hermana mia, y no me interrumpas... No soy niño... conozco perfectamente mi estado, y antes que mi inteligencia se turbe quiero cumplir los deberes de cristiano. Esta tarde volverá mi confesor, y acordaremos lo conveniente.

D.^a Antonia, sin ser dueña de sí misma prorumpió en ahogados sollozos mientras D. Luis oraba en silencio con la santa resignacion del martir.

El general visiblemente conmovido cerró los ojos algunos instantes y despues tomando aliento, repuso—Antonia: ¿por qué te quejas?... ¿qué mas quieres?... Pedí al Todo Poderoso un dia y otro dia me otorgase ver á nuestro Luis celebrar su primera misa, y Dios me lo ha concedido... Cuidado con la ingratitud, hermana mia... Tiempo es ya de que yo descanse.. Enjuga, te suplico esas lágrimas y oidme bien.

Hace tiempo que mi existencia minada por los años, los disgustos y los achaques, aunque al parecer robusta se iba debilitando y decayendo como consecuencia inevitable de la ley natural que rige nuestros destinos... Temí dejaros antes que Luis tuviese la dicha de contarse en el número de los ministros de Dios; y esta idea me contristaba mucho.

Cuando hace ocho meses tuve la indefinible satisfacción de verle celebrar su primera misa... Cuando tembloroso y en extremo conmovido imprimí un beso en sus manos, momentos antes, trono del Altísimo; murmuré interiormente estas palabras, *Gracias Dios mio, gracias. Mi mision ya está cumplida.*

Y Dios me oyó sin duda.

En sus altos designios hoy me anuncia que ha llegado la hora... La esperaba y tengo todos mis asuntos perfectamente arreglados.

Antonia: tu y tus hijos sois mis herederos... ¡Mas ay! ¡Que triste herencia!... De los criados y los pobres tampoco me olvidé, según mis pocos recursos.. En fin, cúmplase en todo la voluntad de Dios.

D.^a Antonia, que secretamente regaba con llanto el lecho del general, estalló entonces en fuertísimos sollozos. Gruesas lágrimas rodaron también por las mejillas de D. Luis, pero D. Francisco de Lara, que temía le faltasen las fuerzas y deseaba poner término á tan angustiosa situación, dirigiéndose á Don Luis, hubo de continuar con acento más débil— Luis: hijo mio, tu virtud y tu prudencia serán el apoyo de tu madre y de tu hermana... Conociéndote nada tengo que advertirte... Ahora escúchame tranquilo.

Esta casa, de que soy usufructuario, como sabeis, debe pasar á la familia de tu difunta tia, mi buena esposa... En ese escritorio de concha—Y señaló á la parte del gabinete donde se hallaba—guardó algu-

nos documentos y dinero... Cuarenta onzas de oro y trece mil reales en plata, que con el menaje de la casa os pertenecen por testamento, que tambien encontrareis en ese mueble, cuya llave os he entregado el dia que comprendí no volveria á abandonar el lecho... Es una herencia muy insignificante, pero es toda mi fortuna.

—¡Tio... por Dios!...—exclamó el jóven sacerdote que sufría horriblemente—La generosidad de V. despues de tantos sacrificios por nosotros, conmueve mi alma sobremanera... Yo no puedo mas, tio; no puedo mas... No hable V. de morir, tio querido... Yo venero la voluntad de Dios, mas... ¡ay..! mi pobre naturaleza desfallece al oirle expresar de ese modo... Basta ya... basta.

Y D. Luis prorumpió en triste llanto, que unido á los sollozos de D.^a Antonia produjo en el ánimo del general indecible amargura.

Elevó al cielo una mirada enternecida y sus lábios moviéndose algunos instantes murmuraron sin duda la mas ferviente oración. Despues una sonrisa celestial dibujaba su boca, y todo su semblante parecia resplandecer con misteriosos destellos.

Entonces Carmencita, pisando levemente para hacer el menor ruido posible, se presentó en la puerta de la alcoba con un vaso de agua azucarada que su buena madre la habia dicho preparase al enfermo.

Al advertir la afliccion de D.^a Antonia y de Don Luis, quedóse triste y pensativa.

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus

ojos y un silencio sepulcral reinó en la estancia durante algunos segundos.

El general parecía fatigado por las diversas impresiones que durante su triste conversacion habia sufrido.

D. Luis comprendiendo que á él correspondia ser fuerte é inspirar ánimo á su desconsolada familia, oró en secreto algunos instantes; se repuso, y se mostró tranquilo. Despues se aproximó á D.^a Antonia y Carmen murmurando en voz baja—Necesita descanso—y señalaba al enfermo—Seria conveniente que uno solo velase á su cabecera... Yo me quedaré ahora ¿no es verdad, madre mia?...

Sea; si es preciso—contestó penosamente la entrañable hermana, pero te reemplazaré pronto.

Y aunque con disgusto abandonó la alcoba muy despacio para sentarse en un sillón del gabinete, desde donde oia la respiracion fatigosa del enfermo.

Carmen la imitó.

Muchos amigos se habian ofrecido á compartir sus cuidados, pero agradeciendo la atencion la excusaban porque no querian ceder ni la mas pequeña parte de su puesto.

En el vestibulo habia una mesa con recado de escribir; y los amigos que sin cesar llegaban escribian sus nombres en una lista cuyo encabezamiento era el siguiente: «*Los señores no reciben. El enfermo grave.*»

Aquel mismo dia, poco antes de anochecer, el general D. Francisco de Lara recibió los Santos Sacramentos con la resignacion del justo.

D. Luis arrodillado á los pies del lecho oraba sin cesar y su palidéz era marmórea aunque su aspecto tranquilo. Cerca de él se veía á D.^a Antonia y Carmen anegadas en llanto silencioso.

Al día siguiente la lista de visitas se encabezaba con estas tétricas frases: «*El enfermo gravísimo. La ciencia se declara impotente.*»

Multitud de personas de todas las clases de la sociedad acudían á informarse del estado del enfermo y á escribir sus nombres en lista.

XIV.

LA MUERTE DEL JUSTO.

D. Rodrigo, D.^a Teresa, Amalia y Felipe, con otros íntimos amigos de la familia del general, se hallaban á su lado presintiendo un funesto desenlace.

Felipe, preocupado y la cabeza baja, parecia participar vivamente del dolor de sus amigos, pero otra era la causa de su preocupacion.

Siempre el mismo; tras un falso arrepentimiento, volvía con frenesí á su pasion favorita, y unas veces engañando á sus padres con dulces promesas, otras comprometiendo vergonzosamente á los amigos de su familia, lograba obtener cantidades, ínfimas sí, pero suficientes á sostener y acrecentar el funesto vicio del juego que tan fuertemente le dominaba.

A la sazón Felipe, no tenia un cuarto. Por eso al parecer tranquilo, se encuentra con su familia cumpliendo un deber de amistad... ¡Mas ay!... su mente fija en otra parte apenas si concede alguna atencion á lo que le rodea.

Aquella noche debian aventurarse ciertas sumas en el garito por él mas frecuentado... ¡Que funesta pasion!... Si tuviese dinero—se decia—¿quién sabe?... quizás el triunfo fuese mio... ¡Oh!.. ¡Que im-

presiones tan deliciosas cada vez que la suerte me favoreciera!... Luego... mis bolsillos repletos de oro... la libertad... los placeres... El mundo para mí sería poco, porque con dinero iré muy lejos... donde no oiga quejas, ni nadie ponga coto á mi libertad... donde viva feliz, muy feliz... ¡Pero ay!...

¡Que desgracia!... ¡Que desesperacion!... Ya no encuentro quien me preste... y sin dinero... ¡Imposible!... ¡Imposible!

Y aquel joven tranquilo en apariencia tenia una tempestad dentro del pecho.

Así pasaban los instantes silenciosa y tristemente, cuando á las ocho de la noche el general D. Francisco de Lara sufrió un fuerte síncope, en el que se temia dejase de existir. Su confesor, el párroco, los facultativos, y la familia, rodeaban el lecho. Los unos, con triste ansiedad, los otros aterrados en presencia de la agonía de aquel á quien amaban con todas sus fuerzas.

En la casa todo era angustia y confusion. Los criados iban y venian de una á otra parte tristes y llorosos. Los amigos se esforzaban por retirar del lado del moribundo á D.^a Antonia con sus hijos, para que el triste espectáculo de la muerte no aumentase su dolorosa angustia.

La consternacion era indescriptible...

A las nueve, el caballero por excelencia, el general siempre fiel á su patria y á sus Reyes, acababa de rendir el espíritu al Creador con la tranquilidad del justo. Su muerte habia sido tan edificante como su vida, pero su pérdida no podia menos de

ser por demas sensible á todos y muy especialmente á su querida familia.

D.^a Antonia, Carmen y D. Luis salieron de la estancia obligados por las fuertes reflexiones de los amigos; mas antes de salir, D.^a Antonia hubo de sacar por centésima vez el pañuelo del bolsillo para enjugar sus lágrimas en uno de los instantes de mayor confusion. Al sacarle, cayó á sus piés un pequeño llavero, sin que otro que Felipe lo notara por hallarse mas próximo á D.^a Antonia. Le vió caer y por un movimiento natural se disponia sin duda á recogerle y entregarle, cuando de súbito se detuvo como herido por una idea.

Aquel llavero contendria acaso la llave del escritorio de donde él habia visto algunas veces sacar dinero al general.

Era muy posible que D.^a Antonia tuviese aquella llave desde que el enfermo no se levantaba, y fácilmente pudiera haberla colocado en su llavero.

Una idea terrible cruzó por la mente de Felipe. El escritorio se hallaba en aquel gabinete. El general estaba espirando. Despues era posible que todos abandonasen la estancia mortuoria algun nos momentos y entonces... la ocasion... un descuido... ¡Ah!... ¡Que terribles consecuencias las del juego! ¡Que monstruoso precipicio!... Su horrorosa pendiente conduce al fondo enlodado de la vergüenza y el crimen.

Felipe con disimulo observó si alguien le espiaha, y como la atencion general estuviera fija en el imponente espectáculo que ofrecia la muerte, avan-

zó hasta colocar el pié sobre las llaves. Enseguida sacó su pañuelo como para enjugar una lágrima, que no existía, le y dejó caer. Se bajó á recogerle; tomó con disimulo las llaves entre el pañuelo, y no sin alguna turbacion, aunque desapercibida, hubo de guardarlo en su bolsillo.

Poco despues abandonaba la estancia mortuoria siguiendo á la familia del difunto, que como ya hemos dicho, solo consintió en pasar á otra habitacion, despues de muchos y reiterados ruegos de las personas que la acompañaban.

El cádaver quedó solo con Bautista, el fiel servidor, que como un niño lloraba desoladamente, y algunas otras personas con cuya ayuda, aprovechando los instantes, Bautista se apresuró á prestar los últimos servicios á su Señor, segun las instrucciones de algunos amigos de la casa que se habian encargado de todo para evitar á la familia tan tristes detalles.

Poco despues, el digno general, de gran uniforme, ostentando sobre su pecho honrosas bandas y distinguidas cruces, yacia severamente en el centro de la habitacion sobre un lecho imperial que rodeaban grandes cirios.

A la actividad de Bautista, que se multiplicaba trasmitiendo órdenes y colocando cada cosa en su sitio, se debia todo; pero Bautista quiso sacar fuerzas de flaqueza, y aquellos dolorosos detalles, especialmente para él que tantos años servia al general, le afectaron tanto que le fué preciso retirarse á instancias de los que le ayudaban en tan triste mision.

Después salieron todos quedando solo por algunos instantes el cadáver de D. Francisco de Lara; pero no bien habían abandonado la estancia mortuoria, cuando la puerta de servicio que ponía en comunicación el gabinete del general con las habitaciones interiores, se hubo de abrir pausada y silenciosamente, cual si tras ella alguien espiese aquel momento... El crimen iba á profanar el reposo de la muerte.

XV.

CONSECUENCIAS DEL JUEGO.

Media hora despues, D. Luis arrodillado á los piés de su difunto tio, con las manos cruzadas en actitud dolorosa, recitaba las oraciones de difuntos. En su turbacion al entrar no pudo apercibirse de que el escritorio se hallaba entreabierto. El triste espectáculo que se ofrecia á la vista reclamaba toda su atencion... ¡Como pensar que se hubiera profanado el piadoso recogimiento de tan imponente lugar!.....

Felipe pálido, tembloroso y vacilante habia vuelto á la habitacion donde se hallaba la familia de Lara con gran número de amigos. Carmen sufrió momentos antes un fuerte síncope y entonces, Felipe, aprovechando la consiguiente confusion hubo de salir.....

Poco despues guardaba en sus bolsillos el oro del difunto general.....

Ansiaba contemplar la suma y dirigirse al juego, mas comprendió que debia dejarse ver entre todos los que iban y venian por las diferentes habitaciones de la casa, en la consternacion propia de tales

casos, porque de otro modo su ausencia podia acusarle.

Impulsado por estas razones volvió, como ya digimos, á donde se hallaba la afligida familia con la suya y varios amigos, desistiendo de jugar aquella noche.

Momentos despues, Bautista, con las mejillas surcadas por grandes lagrimones y repuesto ya de su ligera indisposicion volvía á la estancia mortuoria, aperebiéndose al punto del desórden que acusaba el escritorio.

Despues se acercó á D. Luis, y tocándole ligeramente en un hombro, le señaló el mueble.

—Mi pobre madre—murmuró D. Luis con naturalidad y tristeza—sin duda en los momentos terribles de mayor confusion, tendria necesidad de sacar algo que la pidiesen, y en su aturdimiento se olvidaria... No importa.

Se levantó y oprimiendo silenciosamente la puertecilla del escritorio, hubo de cerrarla aunque con gran trabajo porque la llave se negaba á girar.

Contempló con alguna estrañeza el llavero y hubo de guardarle pausadamente en su bolsillo.

Bautista se habia quedado absorto como si tratase de recordar alguna cosa, y así era en efecto.

—Diria yo—pensaba— que cuando he puesto en órden la habitacion, el escritorio no estaba así... ¿Cómo no verle? y cómo no chocarme?...

Bautista no se equivocaba. Segun sabemos, sus temores eran bien fundados, pero no se atrevió á

aventurar una alarma que pudiera ser inconvenientísima en aquella ocasión.

La llave introducida violentamente en la cerradura del escritorio se negó á salir. En su precipitación, el criminal que oía con espanto pasos muy próximos hubo de dejarla y alejarse precipitadamente por la puerta de servicio, á tiempo que Don Luis se detenía en la otra del gabinete.

La impunidad iba á proteger el crimen.

Los funerales se verificaron con todos los honores que la alta jerarquía del general reclamaba y ante numerosa concurrencia.

Los pobres seguían al fúnebre cortejo tristes y llorosos; los amigos preocupados; y toda la Ciudad participó del sentimiento que naturalmente había de producir la pérdida de persona tan buena como respetable.

Algunos días después la casa presentaba el aspecto triste y propio de la situación, pero el orden se había restablecido.

D.^a Antonia, resignada en lo posible recordó que había prometido al general conformarse con los altos designios de la Providencia. Carmen, aunque en extremo cariñosa, lo procuraba también; y D. Luis, el virtuoso sacerdote ¿no había de mostrar á todas horas la resignación de los Santos?... ¡Ah!... Si; no solo él, sino su madre y hermana, poseían esta virtud en alto grado, como todas las demás.

XVI.

EL PRELADO.

Al día siguiente de los funerales fué notado el infame robo, pero las sospechas de la familia de Lara no hirieron á nadie. Los criados merecían en absoluto su confianza. Los amigos... ¡Como pensar!.. ¡Imposible!... Tal idea hubiera parecido absurda; y no obstante el robo existía. Faltaban cuarenta onzas de oro, según las últimas declaraciones del general; y la verdadera llave del escritorio no había faltado de donde se guardaba, sino que se utilizó otra del llavero de D.^a Antonia sin explicarse esta como fué á manos del misterioso criminal.

Quedaba pues solamente á los herederos, el menaje de casa, y trece mil reales de los que se habían de pagar funerales y mandas á la servidumbre y á los pobres.

Todo en efecto se pagó religiosamente, quedando la familia del digno é inolvidable general en una situación bien triste.

Entonces D. Luis con el beneplácito de su madre, cuya salud quebrantada por los disgustos, exigía, según los facultativos, el aire del campo, hubo de adoptar un prudente acuerdo.

Una mañana, vestido con su mejor hábito talar,

se dirigió tranquilamente al palacio episcopal. Subió la magnífica escalera que conducía á los aposentos del Prelado, y despues de atravesar algunos salones se detuvo en la antecámara, donde personas de diferentes clases esperaban audiencia.

Un eclesiástico jóven y de finos modales, salió al encuentro de D. Luis; le estrechó la mano, y despues de preguntarle por su familia, añadió con dulzura.—¿Desea V. ver al Señor Obispo?

—Si, contestó D. Luis finamente—Si es posible....

Bien, bien. Pues tome V. asiento.

D. Luis se sentó, haciendo lo propio el otro sacerdote, y esperó en amigable conversacion interrumpida solo para anunciar el familiar á las personas que por turno y sucesivamente pasaban á visitar al Prelado.

Por fin llegó su vez. El familiar entonces penetró en la cámara y murmuró con respetuoso acento.

—D. Luis de Carvajal desea ofrecer sus respetos á V. S. I.

El rostro del Prelado pareció animarse favorablemente al oír aquel uombre, y exclamó con lentitud—Que pase.

El familiar se inclinó, é hizo á D. Luis señal de que avanzara.

Este sintió que su corazón latía fuertemente. El profundo y cariñoso respeto que profesaba al Prelado; el favor que pretendía, y sus tristes circunstancias, le afectaban sobre manera.

D. Luis pasó y se detuvo en la puerta inclinándose respetuosamente ante el Señor Obispo.

Buenos dias D. Luis—exclamó el Prelado afectuosamente. Buenos dias Ilmo. Sr.—contestó Don Luis en tono respetuoso—¿V. S. I. está bien?

—Perfectamente D. Luis, perfectamente por la misericordia de Dios.

Y le tendió la mano, cuyo sagrado anillo hubo de besar el jóven sacerdote de rodillas, sentándose despues á una indicacion del Sr. Obispo.

La figura majestuosa del Prelado que contaria sesenta años; con sus vestiduras moradas y su rico pectoral, se destacaba respetable sobre el fondo de un sillón terciopelo carmesí.

Aquella estancia decorada con elegante y severa sencillez, y la dulzura del Sr. Obispo velada por la aureola de su eminente y sagrado ministerio, infundian en el ánimo del jóven sacerdote, tanto respeto como admiracion.

—Y bien, D. Luis—exclamó con cariño el Prelado—Acaba V. de pasar por una dura prueba. ¿No es cierto?

—D. Luis se inclinó respetuosamente.

—El general Lara—prosiguió el Sr. Obispo—era todo un buen caballero y buen católico. Dios habrá premiado sus virtudes. Me unia á él antigua amistad y su muerte me ha sido muy sensible.

—Ilmo. Sr.—exclamó D. Luis profundamente conmovido—El mejor elogio que pudiera hacerse de mi difunto tío, es el honroso recuerdo que V. S. I. se digna tributarle.

—Si, D. Luis. El general valia mucho, pero Dios sobre todo, y bien se que V. habrá aceptado esa dura prueba como distinguida predileccion del Altisimo.

—Señor: procuro conformarme con la voluntad de Dios, mas no sé si lo hago bien.

—Si, D. Luis. Basta que V. lo desee y ponga todos los medios.

Y vamos..., ¿Cómo se encuentran sus señoras madre y hermana?

Bien, Ilmo. Sr.; aunque algun tanto delicada mi querida madre. Tambien ofrecen á V. S. I. sus respetos y besan piadosamente el sagrado anillo.

—Gracias D. Luis, gracias.....Mucho me alegro verle por aquí, porque precisamente he recordado á V. en estos dias.

—Imo. Sr.; es una honra para mi ese recuerdo.

—Tiene su parte de egoismo y me explicaré.

Conozco la desgracia que, pocos años antes de morir, arrebató su fortuna al noble general; no ignoro que los médicos aconsejan, como muy conveniente á la salud de su Señora madre, la vida del campo, y en mi deseo de atenuar, en lo posible, los disgustos que sufre la familia de mi difunto é inolvidable amigo, me he ocupado de V....

Hoy solo existe un Economato vacante en el pueblo de R.

Su provision me preocupa porque necesito precisamente para él un sacerdote de ciertas cualidades.

He pensado D. Luis que V. se encargue de esa parroquia, porque V. allí me es necesario.

—Ilmo. Sr.—exclamó D. Luis con lágrimas de gratitud—Cumplir las órdenes de V. S. I. es mi deber y mayor gusto. Donde quiera que V. S. I. me destine allí estará mi verdadero puesto; mas acaso mi insuficiencia.....

Bien, D. Luis, bien—repuso el Prelado sonriendo bondadosamente—Sabemos que V. conoce sus deberes y los cumple. Dios le premiará.

—Señor,....

—Si, D. Luis.... Y vamos á otra cosa.

Yo quisiera que V. se trasladase al pueblo de R.....lo mas pronto posible.

—Repetiré á V. S. I. que estoy á sus órdenes. El objeto de mi visita no era otro sino suplicar de V. S. I. una modesta colocacion donde quiera que fuese.

—Me felicito entonces de haberme anticipado á satisfacer sus deseos y los míos, porque como ya le digo, soy un poco egoista en esta ocasion.

Ilmo. Sr.—¡Ojalá! que yo acierte á complacer á V. S. I.

—Si. Con buena voluntad y la ayuda de Dios todo se puede.

D. Luis comprendió que habia llegado el momento de retirarse.

Suplicó la venia del Sr. Obispo, y despues de citarle dia para volver á tomar sus órdenes, besó el anillo al Prelado, y salió inclinándose con respeto.

En la antecámara volvió á estrechar con efusion la mano del familiar, y poco despues salia á la calle llevando el corazon enchido de gratitud.

—Seré—se dijo—esclavo de mis deberes, y Dios me ayudará en tan noble empresa.....

DERRER Y ABRIGACION

Quando de regreso á su casa manifestó á Doña Antonia y Carmen el resultado de su visita al Señor Obispo, las lágrimas se confundieron como riego de la mas viva gratitud.

Despues que se tranquilizaron, Doña Antonia entregó á D. Luis una carta, que en su ausencia le gata, con corona de Marqués por timbre.

D. Luis rasgó el sobre, ~~leyó la firma y leyó en alta voz lo siguiente:~~

MADRID.....

Sr. D. Luis de Carbajal.

Mi querido amigo: Recibí la suya participándome el fallecimiento de su inolvidable tío el general Latorre, y padece V. comprender la inmensa pena que me produjo.

Compañeros en Guardias de Corps y amigos íntimos, como V. sabe, en cualquier sacrificio hubiéramos estado dispuestos á uno por el otro. Su muerte me ha sido á veces por demás. Dios habrá premiado sus

XVII.

DEBER Y ABNEGACION.

Cuando de regreso á su casa manifestó á Doña Antonia y Cármen el resultado de su visita al Señor Obispo, las lágrimas se confundieron como tributo de la mas viva gratitud.

Despues que se tranquilizaron, Doña Antonia entregó á D. Luis una carta, que en su ausencia llegára, con corona de Marqués por timbre.

D. Luis rasgó el sobre, miró la firma y leyó en alta voz lo siguiente:

MADRID.....

Sr. D. Luis de Carbajal.

Mi querido amigo: Recibí la suya participándome el fallecimiento de su inolvidable tio el general Lara, y puede V. comprender la inmensa pena que me produjo.

Compañeros en Guardias de Corps y amigos íntimos, como V. sabe, cualquiera sacrificio hubiéramos arrostrado el uno por el otro. Su muerte me ha sido dolorosa por demás. Dios habrá premiado sus

virtudes y así le ruego diariamente en mis pobres oraciones.

Ahora bien: enterado por mi mayordomo en esa, del siniestro de que fué víctima la fortuna de su buen tío, así como del estado de salud de su buena madre, á quien los médicos aconsejan la vida del campo; tengo la gran satisfacción de ofrecer á V. la Quinta que poseo en la provincia de Oviedo.

Desde ahora está á su disposición para que pueda pasar en ella con su señora madre y hermana las vacaciones que disfrutan los señores canónigos; pues tengo el doble placer de anunciarle (con la reserva consiguiente) que cuento con la formal promesa de una canongía en Oviedo á favor de V.; y el primer día de despacho se firmará el nombramiento.

Dios, amigo mio, vela por todos. Confíemos en él siempre y venga lo que quiera.

Tenga V. la bondad de ofrecer mis respetos y los de la marquesa á su señora madre y á Carmencita, y V. sabe, que amigo íntimo de su difunto tío, lo es también de V. muy verdadero, su afectísimo....

EL MARQUES DE VALMIRA.

Cuando D. Luis terminó la lectura, los tres se miraron con asombro —¡Que coincidencia!— exclamó Doña Antonia..... Luis, hijo mio: tu eres discreto y prudente; tu puedes obrar como mejor te

plazca y creas de tu deber. Nosotras te seguiremos á todas partes, porque tu, hijo mio, eras nuestro único consuelo y nuestro mas firme apoyo.

—Madre mia: mi Prelado me ha hecho comprender que pueden serle útiles mis servicios.... Basta.... Mi puesto está allí donde el Sr. Obispo me designe. Su benevolencia para conmigo, reclama toda la gratitud de mi corazon. Como Prelado mi deber es acatar sus órdenes con alegría; y donde quiera que me mande, allí iré seguro de cumplir la voluntad de Dios. Si esta carta generosa yo me permitiese manifestarla al Sr. Obispo, sin duda que su bondad le obligase á concederme el beneplácito para la aceptación de la canongia, privándose de mis servicios; pero eso no es digno de mi y no lo haré, sino que por el contrario, deseo madre mia que V. apruebe mi conducta, y nadie absolutamente conozca el contenido de esta carta. La bondad del Sr. Obispo me obliga para con él suficientemente; y si esto no fuera bastante, aun quedaba mi deber. Soy demasiado jóven y me conviene la práctica de una parroquia. Sobre todo; el Prelado me necesita y aqui estoy. Escribiré al Sr. marqués expresándole la mas viva gratitud de todos nosotros; y aunque me sea imposible aceptar su generoso ofrecimiento, que lará si gravado en mi corazon eternamente.

—¡Oh! Sí—exclamó D.^a Antonia conmovida— Eso si.... Bendito seas y bendito sea Dios que me proporciona santos placeres con dos hijos tan que-

ridos. . . . Carmen: hija mia; tu alma tambien es noble y sensible á todo lo bueno. ¿No es verdad que en esta ocasion?

—Ahora, como siempre, diré que me siento orgullosa de mi madre y de mi hermano.

—Pues bien, hijos míos—exclamó D.^a Antonia con acento jovial y lleno de emocion—¡Dios bendiga al Sr. cura y á sus feligreses!

¡Dios los bendiga!

D.^a Antonia de Lara no tenia parientes próximos, sino muy lejanos; pero aun estos y los del difunto D. Jorge de Carbajal, en ventajosa posicion, multiplicaron los generosos ofrecimientos al tener noticia de su infortunio.

Los amigos lamentaban los inconvenientes de la vida de aldea, grata y saludable por temporada, pero monotoná y triste, segun ellos, para residir.

No por esto sentía el menor pesar la familia de Lara. El campo debia ser benéfico á la salud de D.^a Antonia. Aquellos espíritus abatidos por el infortunio, necesitaban tambien esos goces sublimes que nos hacen sentir la grandeza del Creador por la hermosura de lo creado. Sobre todo, D. Luis cum plia un deber; deber que llenaba todas sus sencillas aspiraciones.

Se manifestó á los criados, que siéndoles dolorosa la separacion de tan antiguos y buenos servidores, se les conservaria en sus puestos si aceptaban gustosos las nuevas circunstancias; y tanto Bautista

como Gertrudis contestaron afirmativamente, haciendo las mas vivas protestas de lealtad y de cariño.

Gabriela, la doncella, debia casarse en los dias que el general se agravó, y su casamiento se verificaria ya en brevísimo plazo.

Se vendieron algunos muebles de lujo, innecesarios, conservando los mas precisos, sobre todo los que representaban recuerdos de familia; y pocos dias mas tarde, despues de una afectuosa visita de gratitud al Sr. Obispo, recibir sus órdenes el jóven eclesiástico, y dar un cariñoso *adios* á sus amigos; la familia de Lara fué á instalarse en la casa rectoral del pueblo de R..... donde tres años despues la encontramos con el viajero misterioso.

Sigamos ahora el curso de los acontecimientos.

XVIII.

¡POBRES PADRES!

Felipe, se guardó bien de hacer uso de la suma robada, hasta que se hallase lejos de su familia. Era su ideal.

Proceder al cambio de onzas de oro donde todos le conocían, le hubiese comprometido.

Pocos dias despues de la muerte del general, abandonaba la casa paterna, pretextando deseos de pasar en Zamora una temporada con su tio el canónigo D. Juan Enriquez, que muchas veces le llamó á propósito de corregirle.

La alegría de D. Rodrigo y D.^a Teresa fué grande cuando Felipe propuso ir á ver á su tio; tanto mas que su hipócrita conducta desde algunos dias antes de la muerte del general, y la que después observó, les sugeria la dulce esperanza de un verdadero arrepentimiento.

Ignoraban que aquella sumision obedecia; primero á un ensayo para obtener alguna cantidad, y despues al disimulo de un crimen.... ¡Pobres padres!

La primera carta que los señores de Benavente recibieron del canónigo, en contestacion á la que

ellos le dirigieran, comunicándole la salida de Felipe que pasaba á verle; fué un rayo de terrible luz.

El digno sacerdote esperaba con impaciencia un dia y otro dia á su sobrino.

D.^a Teresa y Amalia, temieron algun incidente desgraciado. D. Rodrigo se convenció al punto de la fuga y del engaño de que eran víctimas, y hubo de ordenar que á nadie se manifestase el nuevo disgusto que los ocasionaba Felipe.

Los señores de Benavente, sufrieron en silencio y sin conseguir noticias, á pesar de sus secretas investigaciones.

Aquella fuga hubiese dado alguna luz sobre el robo cometido en casa de Lara; pero la delicadeza de esta familia modelo, y el secreto que acerca de la fuga guardaron los señores de Benavente, impidió que se hiciera luz.

El crimen, quedó impune para el mundo: no para Dios, á quien nada se puede ocultar.

XIX.

LA CALUMNIA ES UN VENENO MORTIFERO.

D. Rodrigo de Benavente, desde la desaparición de Felipe, vivía triste y taciturno. Su carácter terrible, su cabello encanecido, su rostro pálido y flaco acusaban un sufrimiento roedor.

El alma, herida por crueles presentimientos, deseaba la soledad. Continuamente en su despacho, sin querer ver á nadie, se sepultaba en un sillón, y con la cabeza caída sobre el pecho, dejaba correr las horas sumido en tristes reflexiones. Sabía bien que Felipe, por el juego, era capaz de todo; y la idea de que su nombre fuese algún día manchado por aquel hijo, le aterraba.

A veces, en su imaginación, le veía preso y con cadenas; luego el cadalso, el deshonor... Entonces D. Rodrigo oprimía su cabeza entre las manos y lloraba.

Otras veces sus labios se movían cual si orase; y por último, fatigado y débil por aquella continua lucha, concluía por sufrir un fuerte dolor de cabeza, ó un ataque de nervios, que le obligaba á guardar cama.

D.^a Teresa y Amalia vivían también solas, sin

recibir ni visitar á nadie, confundidas siempre, puede decirse, en un estrecho abrazo.

D. Rodrigo, tomó todas las precauciones precisas respecto á la fuga de Felipe, pero siempre exigiendo la mayor reserva. Solo se manifestó lo que ocurría á D. Juan Enriquez hermano de Doña Teresa, y á las personas precisas á sus secretas investigaciones. Para todos los demás, Felipe estaba en Zamora con su buen tio; y si los de Benavente no recibían ni visitaban á nadie, era, segun ellos, por el disgusto que les habia causado la pérdida de su noble amigo, el general Lara.

Todos los dias en aquella casa se esperaba con febril impaciencia alguna nueva.

Acaso alguna de las personas á quienes se habia secretamente escrito pidiendo noticias, ó quizás el mismo Felipe, pusieran término á tan angustiosa situación.

D.^a Teresa, en su inquietud, espiaba las horas duplicando sus oraciones con indecible ansiedad. Amalia, hacía lo propio. D. Rodrigo, desde su despacho, escuchaba hasta el menor ruido... Todo inútil. Ninguna noticia. Ninguna esperanza.

El desaliento y la angustia se apoderaban nuevamente de aquellos tristes corazones; volviendo al otro dia á repetirse lo mismo.

El misterioso retraimiento de la familia de Benavente; la tristeza, la amargura que reinaba en la casa, y las interpretaciones ignorantes de los criados; vinieron á ser el objeto de todas las con-

versaciones en una capital de provincia donde los sucesos escasean.

La murmuración clavó con avidéz sus crueles garras, inventando disgustos conyugales llevados al último extremo.

D. Rodrigo, avisado de todo secretamente, no quiso que su esposa y su hija sufrieran la horrible tortura que martirizaba su corazón; y tomando acertadas disposiciones hubo de conseguir desvanecer en lo sucesivo tan infames sospechas.

¡Mas ay!..... Después de dos años y meses, con tantas angustias; D. Rodrigo, abrumado por el dolor, fruto de la maledicencia y de la incertidumbre en la suerte de su hijo, tuvo que guardar cama, encontrándose de inminente gravedad. Ni una queja exhaló su pecho.—Es mi castigo—se decía—Yo le eduqué así..... Lo que me sucede, lo he merecido..... Dios es justo.

Pasaron quince días. Una mañana, D. Rodrigo se halló agonizante. Había otorgado testamento, había recibido al Señor, y no pudiendo hablar llamó por señas á su hija; después á su esposa, para abrazarlas. Besó varias veces el crucifijo que un sacerdote le presentaba, y espiró en brazos de Doña Teresa, quedando inconsolables madre é hija.

Poco después de espirar D. Rodrigo, llegaba e Canónigo de Zamora D. Juan Enriquez, noticioso de la gravedad del Sr. de Benavente, su cuñado.

Pasadas las primeras impresiones de esta dolorosa entrevista, se comunicó la triste nueva á la familia y amigos ausentes; se cumplieron las forma-

lidades propias de tan tristes circunstancias, y un mes mas tarde, Doña Teresa y Amalia partieron á Zamora con D. Juan Enriquez, despues de encomendar la casa á unos criados antiguos, y participar á la familia de Lara su decision.

XX.

LA SOBERBIA ES HERMANA DE LA IMPIEDAD.

Tres años, como hemos dicho, llevaba al frente de la parroquia de R..... D. Luis de Carbajal, y ciertamente podia estar satisfecho del fruto que sus predicaciones y buen ejemplo, habian producido en los feligreses.

Cuando él se instaló en la parroquia, sabia ya con indecible pena, que el aspid corrosivo de la impiedad habia llegado hasta aquel pequeño rincon; y desde entonces, la paz, hija de la religion y del trabajo, fué sustituida por un sin fin de disgustos é inmoralidades.

No hay efecto sin causa. Donde la fé no mora, el desórden llama á la puerta.

Así el pequeño rebaño de R..... necesitaba un pastor docto y enriquecido de virtudes, como D. Luis de Carbajal. Su ilustracion, su dulzura, su sencillez y su celo, bastaron para conquistarle las simpatias, aun de los mas rebeldes. El sacristan, sobre todo, estaba orgulloso de su Sr. cura.

Como orador, consiguió con su elocuencia natural y sencilla, llevarlos nuevamente al templo. Como sacerdote, los edificaba. Como particular, se

hacía querer. Siempre con los enfermos; siempre con los pobres, por los que sentía verdadera predilección.

Doña Antonia y Carmen, á quienes probaba perfectamente el aire del campo, añadían á su sencillez natural, el atractivo de un bondadoso trato, y muy particularmente para los mas pobres y humildes.

El señor Bautista, como llamaban en el pueblo al fiel criado del Sr. cura, era un hombre amable y bondadoso. Gertrudis, la cocinera, seguía el mismo camino.

Como no podia menos de suceder, con tal pastor, las ovejas extraviadas volvieron poco á poco á su redil; y el pueblo de R..... hubo de recobrar sus buenas costumbres; su tranquila dicha.

Solamente un labrador rico, Justo Dominguez, tan soberbio como avaro, rechazaba en el fondo de su corazon el triunfo de la verdad sobre las ideas inmorales que él habia propagado pérfidamente.

Justo Dominguez, doblaba su capital con especulaciones misteriosas. En sus frecuentes viajes, habia aprendido todo lo malo de los que viven la existencia de los vicios, negando la verdad de la religion que los mortifica y opone un dique á sus ilegalidades y desenfreno. ¡Triste recurso!..... Si algun insensato negára la existencia de la muerte, ¿le bastaría su negativa para no morir?..... ¡Soberbia! solo soberbia!

De este modo Justo Dominguez, acallaba sus escúpulos, negando lo que le hería.

Con semejantes disposiciones ¿cómo sufrir que el jóven sacerdote prediese contra la usura, recomendara la caridad, y diera él mismo, el mas sublime ejemplo?

Justo Dominguez disimulaba su enojo, pero se proponia vengarse en la primera ocasion que se le presentara.

Bajo, rubio, y regordete; su boca sonriendo con falsedad, y su mirada poco noble, predisponian en contra suya, al verle por primera vez. Viudo, de cincuenta años; sin hijos, y sin afecciones, acumulaba un capital misterioso, del que eran deudores casi todos los vecinos del pueblo de R... y muchos de las cercanías, cuyos réditos aumentaban prodigiosamente.

Mas prosigamos nuestra narracion, y ella nos ofrecerá pronto motivo de volver á ocuparnos de Justo Dominguez.

XVI.

BENDITO EL ARREPENTIMIENTO.

En el primer capítulo de esta obra, dejamos al viajero misterioso en casa de D. Luis de Carbajal, en el pueblo de R...

D.^a Antonia, hubo de reconocer enseguida en aquel jóven á Felipe de Benavente, no obstante de su estraña trasformacion y de creerle en Zamora; primeramente solo con su tio D. Juan; despues con su madre y hermana, cuyo silencio acerca de él habia sido interpretado por el disgusto que la conducta de Felipe las causaria, si continuaba como en X...

D.^a Antonia, segun decimos, le reconoció al puñto, y Felipe auxiliado con toda solicitud recobrabá el sentido un momento despues.

Entonces se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó á gemir sofocadamente.

En aquel instante se oyeron pasos en la habitacion inmediata.

D.^a Antonia, reconociendo por ellos á su hijo, se adelantó á él, y le informó en breve de lo que ocurría.

D. Luis entonces, sumamente sorprendido y lleno de emocion, se hubo de aproximar á Felipe, y

con acento entrañable, decirle de este modo.

—¡Felipe! ¡Felipe!... Abrázame... Soy yo; tu buen amigo Luis... Tu hermano, si quieres... No te aflijas. Estás en tu casa y todo cuanto tenemos es tuyo.

Felipe continuó en la misma actitud, echado sobre el lecho á donde le condujeran, y siempre llorando, cual si nada hubiese oído.

Entonces D.^a Antonia hubo de cambiar con Don Luis una seña de inteligencia, y salió seguida de Bautista.

.....

.....

Media hora despues, Felipe, sentado próximo á D. Luis, sabia ya la muerte de su padre y la traslacion de su familia á Zamora.

El joven sacerdote tuvo que manifestar todo á su amigo, como le fué posible, en vista de sus apremiantes súplicas, pues ignoraba lo que fuera de su familia desde su fuga.

Entonces Felipe prorumpiendo en desgarradores sollozos, exclamó—¡Ay padre de mi alma!... Bien mi corazon lo presentia. Las penas que los he causado, produjeron funesto fruto. ¡Perdon, Diosmio, perdon!... ¡Que horrible sufrir!

Mira Luis; tu que eres tan bueno, perdóname en nombre de Dios.

Y despues de acusarse, con grande asombro de D. Luis, de su terrible falta en la noche que murió el general; añadió confusa y tímidamente.

—Sospechariais de mí ¿no es cierto?.

—No, Felipe. Ni mi familia ni yo, hemossospe-

chado nada. Te creíamos con tu buen tío en Zamora, según se nos dijo, y completamente desorientados, no ofendieron á nadie nuestras sospechas, en lo que aun es un secreto para todos. Así no me hables más de semejante cosa, ni te mortifiques tu.

—¿Luego mi padre murió ignorando...?

—Nada supo, Felipe. Todos lo ignoran, y yo mismo lo olvidaré. Estás arrepentido y basta.

Felipe no pudo más. Se arrojó en brazos de Don Luis y lloró algunos segundos, conmovido por la gratitud y el arrepentimiento. Después, con dolorosa amargura, hubo de exclamar—¡Pobres padres de mi alma!... ¡Que vergüenza!... ¡Que vergüenza!... Luis; perdóname y procura que tu madre y hermana me perdonen... También yo procuraré cumplir como es justo.

Y de nuevo prorumpió en ahogados sollozos mientras D. Luis sorprendido y confuso le repetía—Tranquilízate Felipe. Yo te perdono, y bendigo las altas determinaciones del Señor que así ha preparado las cosas para tu arrepentimiento; porque tu, Felipe, estás completamente arrepentido y pronto desde hoy á obrar el bien ¿no es cierto?..

—¡Oh! sí... Cueste lo que cueste. Estoy convencido de que la impiedad y las malas costumbres solo proporcionan terribles disgustos.. ¡Ay!... ¡Dichoso tu, Luis; dichoso tu!... Si supieras como han sido castigados mis crimenes, y cuanto torturan hoy mi alma los remordimientos!...

Entonces Felipe refirió á su amigo, entre suspi-

ros y sollozos, la triste vida que habia arrastrado desde su fuga de la casa paterna; cuya circunstancia ignoró D. Luis por el profundo silencio, en este punto, de los señores de Benavente.

Felipe, despues de derrochar el importe de su crimen, habia descendido á una serie de maldades, hijas todas de la impiedad y del amor al desorden: sentimientos infiltrados en su corazon por gentes dispuestas á sacrificar todo lo justo, todo lo bueno en aras de criminales propósitos. Por último, desesperado, acarició en su mente un horrible pensamiento: el suicidio.

¡Ay Luis!... continuó Felipe—No quiero ser mas tiempo infame. Preciso es confesarlo: cuesta menos y proporciona mil veces mas felicidad ser hombre de bien, que ser malo... ¡Ah!... Si tu supieras...

Cuando llegué aquí, enfermo de hambre, abatido y desesperado; caminaba á la aventura para implorar secretamente la compasion de algun antiguo colono de mi padre en las cercanías de X... Deseaba morir, y algo inexplicable lo impedia.

Me dirigí á este pueblo porquerendido de cansancio no podía caminar. Instintivamente entré en el templo. Te ví sin reconocerte... Las niñas con sus velos blancos, la santidad del lugar, *Un no sé qué* grande é indescriptible; conmovió toda mi alma, y sentí que una fuerza superior me conducia á postrarme á los pies del Sacerdote.

Tenia rubor de exhibir mi vergüenza y mis lágrimas ante los sencillos aldeanos; y un impulso supremo me condujo hasta aquí.

—Era Dios, Felipe; bendícele.

—¡Ah!... Le bendigo con toda mi alma. Desde entonces soy otro. De tal manera, que siento lo que nunca he sentido: un terrible dolor por el mal que hice, y un destello de esperanza que inunda de alegría mi corazón... Llora sí, pero es de vergüenza y arrepentimiento, por lo mucho que he ofendido á ese Dios que ví en tus manos, sintiendo en mi alma su grandeza y su bondad.

—¡Felipe! ¡Felipe!.. Bendito mil veces el arrepentimiento. Nunca para el bien fué tarde.. Cuantos jóvenes sin fé, cobardes para afrontar con resignacion la desgracia, y débiles ante el sagrado deber; sucumben envueltos vergonzosamente en el criminal sudario del suicida: pero tu Felipe triunfaste de la culpa... ¡Que no quede incompleta tan grande obra!

—No, Luis... Quiero postrarme á tus pies y confesar mis pecados. Mi alma sufre ansiosa de perdon.

—Si Felipe—exclamó el virtuoso sacerdote rebotando alegría—Hoy te prepararé convenientemente, y mañana... ¡Ay!... ¡Que dicha amigo mio! Después... ya veremos. Ahora quisiera proponerte una cosa.

—Habla Luis. Lo que me mandes.

—Mi familia te ha reconocido. Es necesaria una explicacion.

—Lo deseo. La vergüenza ha de ser parte de mi castigo.

—Omitiremos lo que no sea necesario manifestar.

—Bien Luis, pero yo necesito el perdon de tu

buena madre y de Carmen. Sino viviré siempre intranquilo.

—Yo te le doy por ellas.

—No: quiero obtenerle de sus labios.

—Pues ven...

—Sí... pero...

Y Felipe miraba confuso su pantalon roto y su levita poco presentable.

D. Luis, comprendiendo la causa de su turbacion, le dijo—Felipe ¿te ofenderia aceptar un mísero favor de tu amigo de la niñez?

—¿Que intentas, Luis?

—Te has confiado á mi como á un hermano y como tal quiero hablarte. Adivino lo que te preocupa. ¿Quieres favorecerme vistiendo uno de los trajes que conservo de estudiante?

—Bien...—murmuró Felipe confuso y conmovido. Las circunstancias lo exigen. Lo acepto como de un hermano. Tu lo has dicho.

Pues voy á preparar á mi madre y á Carmen. Te enviaré á Bautista. Él te servirá lo que necesites.

Y el joven sacerdote salió presuroso, radiante de alegría, añadiendo para sí—No hay duda... Se ha salvado, se ha salvado. El arrepentimiento inunda su alma... ¡Gran Dios!... ¡Cuan incomprensible sois en vuestros altos juicios!

Poco despues, Felipe, afeitado, peinado el cabello y vestido convenientemente, se sentaba á la mesa de sus generosos amigos entre D.^a Antonia y Carmen, que con exquisito tacto salvaban las apariencias.

Todos parecían completamente olvidados de sucesos dolorosos; y hasta Bautista y Gertrudis, á quienes se explicó como se pudo la extraña aparicion de Felipe, redoblaban sus respetuosas atenciones hacia el huésped, secundando los deseos de sus señores.

D.^a Antonia y Carmen, advertidas por D. Luis, se habian anticipado á ofrecer á Felipe su generoso perdón, evitándole así explicaciones enojosas.

Felipe, doblemente arrepentido al contemplar ejemplos tan cristianos, sentia en su alma la angustia de los remordimientos y la dulce esperanza que ofrece la penitencia.

Terminada la comida se le obligó á descansar, porque debia sentirse muy fatigado; y al efecto se retiró á una cómoda habitacion, que Bautista preparara por órden de D. Luis.

XXII.

PENITENCIA.

Al anochecer, Felipe, solo con el joven sacerdote en su despacho, le decia.—Esta tarde no he dormido. He pensado mucho en mi situacion, y estoy dispuesto á reparar, en lo posible, el mal que hice. Lo ansió de todas veras. A este fin he adoptado firmes propósitos; pero tu ahora me ayudarás mejor, y mañana muy pronto, si te parece, iremos al templo, confesaré y recibiré á Dios... ¡Ay!... A ese Dios misericordioso que me permite volver á sus plantas. Luego... he pensado partir.

—¿Y á dónde?—exclamó D. Luis alarmado—No Felipe. Necesitas descansar algunos dias. Es preciso que preparemos antes á tu familia... Tan brusca sorpresa no es conveniente. Despues ya veremos.

—¡Ay Luis!... Volver ahora á mi casa es imposible. Mi determinacion es digna: te lo aseguro. Mañana parto. Luego; ya escribiré á mi buena madre y te escribiré á tí, pero cuando tengais noticias mías, mi conducta merecerá vuestro perdon y vuestro indulgente cariño.

—¿Y no te detendrán mis súplicas?

—No Luis. Si quieres mi arrepentimiento y enmienda, déjame.

— ¡Tu arrepentimiento!..... ¡Tu enmienda!.....
¡Oh!... No insisto... ¿Pero no merezco tu confianza?
¿qué es lo que te propones Felipe?

— Nada puedo decirte sino que estes tranquilo.
Sé bien que has de aplaudir tal determinacion. Mi
alma necesita regenerarse por la penitencia, por el
trabajo, por el sacrificio. Para ello imploro antes tu
ayuda y tus instrucciones. Háblame de la confesion
sacramental, de la gracia; de esas fuentes, de salud
que tanto ansia mi alma enferma.

— ¡Ah Felipe!... Mi corazon al oírte expresar
así, se siente dichoso como nunca. Dios te ayudará,
porque siempre amante, recibe con los brazos abier-
tos á los pecadores arrepentidos.

Escucha pues y no lo olvides.
Jesueristo, en su infinita bondad, instituyó el Sa-
cramento de la Penitencia, como fuente inagotable,
donde el pecador se lava de toda mancha despues del
Bautismo. El alma, así enaltecida por el arrepen-
timiento, recobra la amistad de su Dios, y goza dul-
zuras inapreciables, muy diferentes á los placeres
del mundo emponzoñados y efimeros.

El Sacramento de la Penitencia, consta como sa-
bes, Felipe, de contricion de corazon, confesion de
boca, y satisfaccion de obra. Condiciones las tres de
origen divino.

La contricion, significa detestacion de los peca-
dos pasados, propósito de no volver á cometerlos, y
firme voluntad de aceptar todos los medios penales,
para desagrarivar á Dios y satisfacer su justicia.

¿Y qué cosa mas natural? Si una ofensa, infe-

rida á persona respetable en la tierra ó del mayor cariño nuestro, nos inquieta y nos hace sentir remordimientos; que dolor y que angustia debe atribularnos por las ofensas inferidas á un Dios todo bondad?

¡Oh sí sí!..... Así tiene que ser Felipe, porque la contrición es de origen divino, como consta de la Sagrada Escritura—El Profeta Isaias dice «Que Dios habita con los que tienen el espíritu humilde y contrito.»

Ahora bien. Prosigamos y verás que la confesion es tambien de precepto divino, de precepto eclesiástico, y que la dicta la razon.

Que es de precepto divino basta para probarlo, citar estas palabras del mismo Jesucristo, dirigidas á los Apóstoles, poco antes de su gloriosa Ascension. «Así como me ha enviado mi Padre, os envío yo á vosotros. Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados, perdonados les son, y á los que se los retuviereis, les son retenidos.»

Como precepto eclesiástico, te citaré solamente de los Santos Padres el testimonio de San Basilio en el siglo cuarto, que dice. «Necesariamente debe manifestarse nuestros pecados, á aquellos á quienes está confiada la dispensacion de los misterios de Dios.»

De los concilios, el Cabilonense celebrado en el año ochocientos trece, que condena como reos de grave falta, á los que no confiesan sus pecados al Sacerdote.

Y en otro lugar, condena como reos de conde-

nacion eterna, á los que dijese que los pecados debian confesarse solo á Dios.»

Prosiguiendo Felipe, te diré, que si nos complace cuando un gran pecador espontáneamente se confiesa arrepentido de sus faltas, es porque la razon nos dicta que obra bien, y que la confesion ofrece el perdon, la fortaleza y la perseverancia. El hombre cuando niño, busca un confidente á sus infantiles secretos: adulto á sus desengaños y amarguras.

Si por desgracia le atormentan los remordimientos del crimen, sufre cruel tortura ansiando la expansion de la amistad, que presta hermoso consuelo, al alma herida por el dardo, que sin tregua la destroza..... ¡Pero ay!..... No todo puede confiarse al amigo.

¿Y entonces qué queda? ¿El martirio de los propios secretos? ¿la soledad del alma?

No, Felipe. La religion santa del Crucificado tiene un consuelo para cada dolor. Jesucristo nos brinda en el Sacramento de la Penitencia, por medio del confesor, secreto impenetrable á nuestras confiancias; consuelo divino para nuestros dolores; perdon santificante para nuestras culpas... ¡Bendita mil veces la religion cristiana, y bendito mil veces el Dios Supremo que la inspira!

Ahora pues; solo me resta hablarte de la satisfaccion, que es pagar una deuda ó reparar una injuria.

Y nada mas justo Felipe, ni mas conforme con el sentimiento de justicia que á nuestro pesar grita dentro de nosotros.

—*Paga, porque debes.*—Y es verdad. Aun despues de perdonada la culpa, queda aun cierta parte de pena que satisfacer en esta ó en la otra vida. Así en el libro de los Números se lee.—Que cansado el pueblo de Israel de su vida errante por el desierto murmuró de Dios y de su Providencia: Moises dió entrada en su corazon á la duda, y el Señor les perdonó su pecado, pero los impuso la pena de que ninguno entraría en la tierra de promision, excepto Josuee y Caleb, que habian permanecido fieles.

San Agustin, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, y la voz de los Concilios; como no podia menos de suceder; están en todo conformes.

¿Y siendo así?, ¿cómo pagaremos este residuo de pena?..... Por la Penitencia Sacramental.

Sí, Felipe. Mañana, Dios mediante, vas á renacer á la vida de la gracia. Tu no sabes, cuanto gozo me proporcionas. Despues...., confio en Dios y en tu arrepentimiento ¿no es verdad?

Felipe, nada pudo decir. Con la cabeza caida sobre el pecho, y los ojos arrasados de lágrimas, hubiera querido borrar el pasado, aun á costa de toda su sangre.



—Pues, porque debes.— Y es verdad. Ann des-
 pues de perdonada la culpa, queda sin cierta parte
 de pena que satisfacer en esta ó en la otra vida.
 Así en el libro de los Números se lee.—Que cuando
 el pueblo de Israel de su vida errante por el desierto
 murmuró de Dios y de su Providencia: Moisés dió
 entrada en su corazón á la duda, y el Señor les
 perdonó su pecado, pero les impuso la pena de que
 ninguno entrara en la tierra de promision, excep-
 to Joab y Caleb, que habían permanecido fieles.

San Agustín, San Ambrosio, San Juan Crisós-
 tomo, y la voz de los Concilios; como no podía
 menos de suceder, están en todo conformes.

¿Y siendo así, como para mí esta resolución de
 penar?... Por la Penitencia sacramental.

Si, Felipe. Mañana, Dios mediante, vas á re-
 nacer á la vida de la gracia. Tu no sabes, cuanto
 gozo me proporcionas. Después...., cómo en Dios
 y en tu arrepentimiento ¿no es verdad?

Felipe, nada puedo decir. Con la cabeza caída
 sobre el pecho, y los ojos arrasados de lágrimas,
 hubiera querido borrar el pasado, aun á costa de
 toda su sangre.

—Felipe, ¿cómo te sientes hoy?
 —Muy bien, gracias á Dios.
 —¿Y el dolor que te atormentaba?
 —Ya no me atormenta.
 —¿Por qué?
 —Porque he encontrado el camino de la vida.
 —¿Cómo?
 —Por la Penitencia sacramental.
 —¿Y cómo te sientes ahora?
 —Muy bien, gracias á Dios.
 —¿Y el dolor que te atormentaba?
 —Ya no me atormenta.
 —¿Por qué?
 —Porque he encontrado el camino de la vida.
 —¿Cómo?
 —Por la Penitencia sacramental.

La España tan amante de sus Príncipes. El país de la hidalgía y de los grandes coraceros, estubo á la altura de sus glorias.

El heroico pueblo de Madrid, se sublevó á la sazón de los infortunios de España, para sostener la libertad de sus leyes, y el honor de sus armas.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

Los parientes y amigos, deseaban saber frecuentemente unos de otros, en medio de tantos vaxares; y el primer cuidado de Amalia, fué en Xantora, fué participar la llegada á su buena amiga Carmen, insistiendo en que la escribiese con frecuencia; pues

UN GRITO DE AMOR MATERNAL.

La guerra de la independencia española acababa de estallar.

La noble patria majestuosa é imponente, se mostró en las calles de Madrid el dos de mayo de mil ochocientos ocho.

Huérfana de sus Reyes, prisioneros en Francia con su querido Príncipe de Asturias, no pudo sufrir el singular intento de arrebatarla tambien, á los Infantes D. Antonio y D. Francisco.

El pueblo monárquico por excelencia; la nacion, cuyas glorias van unidas inseparablemente, á la majestad de un trono de Príncipes santos; de católicas y esclarecidas Isabeles; de magnánimos y sábios Alfonsos; lanzó el noble grito de independencia; á cuyo eco irresistible, toda la península hubo de alzarse airada, majestuosa; dispuesta á vencer ó morir.

La España tan amante de sus Príncipes. El país de la hidalguía y de los grandes corazones, estuvo á la altura de sus glorias.

El heroico pueblo de Madrid, se sublevó á la salida de los Infantes; y todas las provincias hubieron de secundar sus esfuerzos generosos, instalando juntas que organizaran tropas, y cuanto fuese preciso á la defensa nacional.

Poco despues, se combatia en el campo, en los pueblos, y en las fortificaciones.

Los parientes y amigos, deseaban saber frecuentemente unos de otros, en medio de tantos azares; y el primer cuidado de Amalia, una vez en Zamora, fué participar la llegada á su buena amiga Carmen, insistiendo en que la escribiese con frecuencia; pues sus cartas la servian de mucho consuelo, en tan triste ocasion. D.^a Teresa añadia algunos renglones para D.^a Antonia y D. Luis, reflejando una resignacion edificante y una fé sin límites... ¡Pobre viuda herida tan cruelmente en sus afecciones!... ¡Mas que importa! Dios está siempre con los que en El cree y le aman.

Pasó algun tiempo despues de todo lo acaecido en casa del virtuoso ecónomo de R... y D.^a Teresa recibió, con gran retraso, una carta, en la que desde luego hubo de reconocer la letra de D. Luis. La abrió, y apenas sus ojos hubieron recorrido algunos renglones, la carta se escapó de entre sus dedos, exhaló un grito inexplicable y cayó desplomada sobre un sillón.

Amalia, que cosia á su lado, hubo de apresurar-

se á sostenerla, pero la pobre madre no pudo sino mostrar el papel á su hija, que la interrogaba, y decirle por señas que leyese.

— Bien sí — exclamó Amalia en extremo conmovida — pero por Dios tranquilícese V.... ¿Qué significa esto?

— ¡Tu hermano!... tu hermano...!

— ¡Dios mio!... ¿Carta de mi hermano?

— No... de Luis... de Felipe... Lee, lee.

— ¡Ah!... La Virgen... Mis oraciones.... Pero por Dios madre mia; tranquilícese V.

Y Amalia devoraba el escrito con terrible emocion.

Un segundo despues, otro ¡Ay! ahogado salia de su pecho tambien, y precipitándose loca, ébria de gozo, en brazos de su madre, la colmaba de caricias y de besós.

D. Juan, asustado por los gritos y exclamaciones, acudió sorprendido sin saber que pensar de aquella escena conmovedora. En pocas palabras se le informó de todo; tomó la carta, y leyó en voz alta, lo siguiente:

Aldea de R...

Estimadisima é inolvidable D.^a Teresa. Tras de la tempestad viene la calma. Dios, en su infinita misericordia nos envia grandes consuelos despues de dolorosas pruebas. Mucho han sufrido Vds., no lo ignoro; pero la fé las sostuvo, y hé aquí el premio de su resignacion.

Preciso es que se prepare V., ó mas bien todos Vds., á recibir una inmensa alegria; una feliz nueva,

que vá á llenar de júbilo sus lacerados corazones. ¡Cuántas penas devoradas en silencio!... Las conozco en toda su extension. Lo sé todo; pero la suplico se haga fuerte, y con la tranquilidad posible, reciba la buena noticia que la voy á comunicar... ¡Felipe, ha estado aquí!... Ama á Vds. como nunca, y me encargó se lo comunicase por medio de esta carta, precursora de otra suya que llegará en breve. Yo estoy orgulloso y me creo feliz por el sincero arrepentimiento, de mi buen amigo. Dispense V. que la hable así, porque él me lo exigió.

Se ha salvado, y me encargó repetidamente lo manifestara á Vds. en esta forma, y suplicase su perdón para él. ¡Su perdón!... ¡Ah!... Me ha hecho llorar de gozo.

Ayer llegó á esta casa. La Providencia guió sus pasos. Esta mañana á las cinco fuimos á la iglesia, donde ha confesado y comulgado. Despues, coloqué sobre su pecho un escapulario del corazon de Jesus, y le hice aceptar lo preciso para que viaje convenientemente.

Me abrazó con lágrimas en los ojos, y ha partido. Se ha negado á decirme lo que se propone, pero no dudo que sus propósitos son dignos, y se encaminan á una reparacion bienhechora.

Me suplicó escribiese á V. de este modo, por ser preciso á sus deseos, y por considerarnos todos como de familia.

Mil y mil enhorabuenas, con un fuerte abrazo de mi madre y Carmen, extensivo á Amalia. Recuerdos muy cariñosos de todos para D. Juan, y dis-

ponga, como guste, del sincero afecto que la profesa su buen amigo, que participa de su grande satisfaccion.

Luis de Carbajal.
.....

Pocos dias despues, D. Luis recibia por conducto seguro, una carta, y dentro una *letra* equivalente al valor de las cuarenta onzas de oro, sustraídas del escritorio de su inolvidable tio; cuya *letra* debia cobrarse en una casa de comercio de la próxima ciudad de X...

D. Luis, sorprendido miró la firma, y comprendiendo de lo que se trataba, hubo de leer lo siguiente:

Zamora...

Gracias, mi bondadoso y siempre querido Luis; gracias por la alegría inmensa que me proporcionas. En tu infancia admiré los bellos sentimientos de tu corazon; mas tarde tus virtudes; hoy bendigo tu nombre. Mi gratitud será eterna... Me hablas de mi querido hijo, de Felipe, tan llorado un dia y otro dia... ¡Oh!... Me dices que su arrepentimiento es grande y sincero... ¡Hijo del alma!... Le perdono con todas las fuerzas de mi corazon.

Al leer tu carta he creído morir de gozo, pero Dios, con su fé, me sostuvo en la alegría, como en las grandes amarguras. Hoy he recibido la carta de mi hijo adorado; del hijo que lloraba perdido para siempre, y la beso sin cesár.

¡Dios mio!... No creí que en el mundo se sufrie-

ra y se gozára tanto... Te la envío, suplicándote su devolucion, porque deseo conservarla. Por ella verás cuan justo es el encargo que me hace, y cuan precisó á la conciencia... Dios quiso que ignorára todo, hasta este momento de reparacion... ¡Dios sea bendito!

Perdonadnos el silencio, que el disgusto y la vergüenza nos obligaron á guardar, desde que Felipe nos abandonara.

Amalia, está loca de gozo. Mi hermano ha llorado como un niño, y yo solo encuentro dos nubes en el cielo de esta inesperada dicha: mi pobre Rodrigo, que no disfruta con nosotros este placer, y Felipe que está muy duro consigo mismo. No quiere venir á abrazarme, hasta verificarlo precedido de una reparadora opinion. ¡Noble idea! pero fuerte para la madre que aguarda con los brazos abiertos. Aun es necesario esperar y sufrir la inquietud de los peligros á que voluntariamente vá á exponerse, como verás por su carta. En Dios creo, y en El confío.

¡Cúmplase su voluntad divina!

A tu excelente madre, como á Carmencita, la expresion de mi gratitud, y un fuerte, fuertísimo abrazo de Amalia y mio. Recuerdos muy afectuosos de mi hermano para tí tambien, y excuso repetirte, que la gratitud de una pobre madre, te acompañará siempre, con el cariño verdadero de tu buena amiga—Teresa.

II.

CARTA DE FELIPE Á SU MADRE.

Real Campo del honor...

Perdon, madre mia, perdon: El hijo pródigo y cruel, vuelve avergonzado y arrepentido á sus plantas. Si mis iniquidades, no han logrado disminuir en su noble corazon, el inmenso cariño que V. me profesaba, dígame que está pronta á estrecharme en sus brazos, y volaré á ellos, tan pronto como me haga digno de afrontar su presencia. Quiero volver reformado por mi nueva conducta; y si esto no es suficiente para borrar mis execrables extravíos, por lo menos me hará digno de compasion; porque la memoria del pasado me tortura sin cesar, desde que Luis, con su ejemplo, con su fé, y con su dulzura, ha rasgado la venda de mis ojos, haciéndome ver el abismo en que yacía... ¡Madre, mi buena madre!.. Jesucristo, perdonó á sus verdugos, y bien sé que V. perdonará de todo corazon al hijo extraviado.

Una carta de Luis habrá precedido á esta mia. Se lo supliqué y me lo ofreció. Lo habrá cumplido, estoy cierto; pero su delicadeza y caridad, no le permitirian ser tan explícito, como yo deseaba, y voy á suplir sus generosas omisiones.

¡Madre querida!... Perdon... El rostro se me arde de vergüenza... Es preciso... Tengo una deuda sagrada que cumplir. ¡Que deuda tan terrible!... Debo á la familia del general Lara, una justísima restitucion... Cuanto antes, madre mia, procure V. que llegue á manos de Luis, la cantidad de cuarenta onzas de oro, ó su equivalente. Los disgustos que les he ocasionado valen muchísimo mas, pero no admitirian en otro concepto un solo maravedí. No me pregunte V. nunca... ¡Quien pudiera olvidarlo!... Fui un infame, y á nada mas soy acreedor de mi herencia. ¡Pobre padre querido, víctima de mi maldad!... ¡oh!... Las lágrimas acuden á mis ojos... Basta... Perdon por todo lo que la vergüenza me impide referir.

Necesito regenerarme; lavar el nombre que llevo, manchado por mis culpas... ¡Valor, madre mia, valor!... Estoy orgulloso de mí por vez primera. Soy soldado voluntario de la patria; y con la ayuda de Dios, lucharé al lado de los míos al grito de...
¡Viva España independiente!

Escriba V. pronto, madre mia, dirigiendo la carta á Búrgos, donde hallaré medio de recogerla, por hallarnos próximos á esta ciudad. Las comunicaciones son algo difíciles y pronto serán imposibles.

¿Y mi querida Amalia, á quien tambien habré echo sufrir tanto? ¿Y mi buen tio? ¡Ah!... Sufro y gozo á la vez, presintiendo la alegría que esta ha de causarles; y sueño con el momento dichoso de abrazar á Vds.

Esta carta, deseo que V. se la remita á Luis, á

quien escribiré aquí mismo algunos renglones; sin tiempo para mas, porque la vida de campaña ocupa por completo mis instantes.

Adios madre mia, adios... La abraza fuertemente, como á Amalia y á mi buen tio, el extraviado—
Felipe.

Mi querido é inolvidable Luis: Despues de lo ya manifestado, solo me resta repetirte que mi agradecimiento será eterno. Ya ves que mis propósitos eran honrados, y abrigo la esperanza de que los apruebes, no obstante tu amor á la paz.

Éscribeme pronto, porque tus consejos me regeneran. A tu buena madre y angelical hermana, mis mas expresivos recuerdos, sin olvidar al fiel Bautista; y tu recibe un fuerte abrazo, de este agradecidísimo recluta

Felipe.



III.

CARTAS VARIAS.

D.^a Teresa á Felipe.

Zamora....

Felipe, hijo del alma: Tu madre te bendice desde lo íntimo de su corazón. Sí; bendito seas y bendito sea Dios que ha oído las súplicas de una madre; antes tan infeliz, y hoy tan dichosa. El pasado no existe: no le recuerdo. Quiero verte como hoy eres, nada más. Suplicas mi perdón, y te lo envío, tan amplio como puede concederle una madre, que jamás ha pensado en medir los sufrimientos, para avalorarlos y exigir algún día su importe; sino que soñaba con tu arrepentimiento, para gozar en él y morir tranquila. Tu padre; no lo dudes; como yo, te bendice desde el cielo.

El encargo para Luis está cumplido, y la herencia de tu padre te pertenece. Es tuya, como de Amalia... ¡Pobre niña!... llora y ríe á la vez, y sueña con el momento de abrazarte. Tu tío, Juan, tan bueno como siempre, recuerda al Felipe regenerado y olvida al joven calavera. Solo una cosa nos disgusta á todos... ¡Tu soldado!... ¡Tu batiéndote!... ¡Noble empresa! ¡pero ay!... Soy madre. El cielo de mi alegría está empañado por una nube de con-

— continua alarma. Ven, si es posible aun; y hasta entonces, en Dios espero. El te traiga pronto á los brazos de tu madre— Teresa.

Felipe, mi querido hermano.

Estoy loca de alegría, pero no quiero que te batas. Envidio á los valientes que ofrecen á la patria su sangre generosa, pero me aterra el temor de que mi hermano sea herido ó quizas... No, no... Ven pronto, si aun puedes, con nosotras. No necesitas justificarte con sacrificios. Basta con lo que has hecho.

Desea mucho abrazarte, tu hermana—

Amalia.

Tambien te abraza con toda efusion y bendice los incomprensibles designios de la Providencia, tu cariñoso tio, que desea verte pronto—

Juan.

Carta de D. Luis á Felipe.

Aldea de R...

Mi querido é inolvidable Felipe: Cuanta ha sido mi impaciencia hasta saber de tí. Tu carta me ha devuelto la tranquilidad y me llena de alegría. ¡Que gran satisfaccion has proporcionado á tu madre con el arrepentimiento, y qué felices nos has hecho á todos!... ¡Bendito sea Dios!

Vas á combatir al lado de los valientes; de los amantes de su patria.

Sacerdote del Señor, predico la paz y la llevo siempre, á donde me es posible. La sangre, española ó extranjera, es sangre de hermanos, y me horroriza; pero la defensa de la pobre España es justa,

es noble, es gloriosa... Dios tenga piedad de nosotros y ponga presto fin á tantos desastres. La religion y la moral sufren, la nacion se empobrece. ¡Oh! ¡Que el triunfo corone los generosos esfuerzos de la querida España!

Tu, mi buen amigo, nos vas á tener con mucho cuidado, y sobre todo á tu excelente madre. Duplicaré mis oraciones... ¡Que Dios envíe la paz al mundo todo!

Recibí la suma que querias se me remitiera. La acepto por mi madre y por mi hermana: yo nada deseo para mi. De Dios lo espero todo.

Escriúeme mientras las comunicaciones estén expeditas. Te dirijo esta á Búrgos, segun encargas á tu familia.

Mi madre y hermana ruegan por tí, temiendo te suceda algo desagradable. Bautista se entusiasma con tu noble y valiente proceder. Si nuestro cariño no le detuviese, no dudo que siguiera tu ejemplo.

Todos me encargan te salude muy cariñosamente. Adios. Te envia un fuerte abrazo, tu amigo de la infancia—Luis.

.....
Segunda carta de Felipe á D.^a Teresa.

Real Campo del honor...

Madre adorada: La carta de V. tan noble, tan generosa, la he leído muchas veces. Mi corazon palpita de cariño y de gratitud. ¡Con cuanto gusto volaré, tan pronto me sea posible, á los brazos de una madre y una hermana, tan buenas y tan queridas!... Dispénsese V. madre si insisto en este punto. Cuan-

do vuelva, quiero volver justificado; sino por completo; siquiera, en lo posible. Hasta tanto, la digna presencia de personas tan excelentes, y á quienes tanto he ofendido, me avergonzaria. No la arrosstraré, sino lo exigen circunstancias especiales.

Todos me perdonan, y mi corazon agradecido, quisiera morir; si necesario fuese; para pagar tantas deudas de gratitud. Pongo mi esperanza en Dios, que no me retirará su ayuda; y desde hoy seré honrado, como la mejor prueba de mi arrepentimiento.

A mi buen tio, que su perdon me es muy grato, y que no me olvide en sus oraciones.

Temo que esta carta no llegue á su destino. Aprovecharé la salida de un convoy. España despierta majestuosa. Adios madre mia, ádios... La abraza fuertemente como á Amalia y á tio Juan, su hijo—Felipe.

P. D. Acaban de nombrarme sargento, y es de esperar que pronto sea alferez. Con motivo de la leva, se obtiene la charretera de oficial, con solo poseer algunos principios escolares.

.....

Segunda carta de Felipe á D. Luis.

Real Campo del honor...

Mi siempre querido Luis: Tu carta en mi poder me llena de alegría. Soy sargento: mi familia, á quien escribo te lo explicará. Sin tiempo para detenerme, te dedico estos cuatro renglones. Vá á salir un convoy, y aprovecharé la ocasion, á fin de que estas cartas lleguen á vosotros. España se levanta imponente. En Dios confio.

¿Mi resolución te parece digna? Si tu carta me lo dice de un modo indirecto.

A tus buenisimas madre y hermana, salúdalas por mí, y que agradezca mucho y suplico sus oraciones. Tu, lo que quieras, de tu muy obligado—

Felipe.

D.^a Teresa, contestó enseguida á la última carta de su hijo, resignándose, aunque con trabajo, á su vida de campaña; en virtud de que una ley posterior al alistamiento de Felipe, obligaba á tomar las armas á todos los españoles que no hubieren cumplido cuarenta y cinco años.

D. Luis tambien le contestó inmediatamente, pero Felipe no volvió á escribir. ¿Estaría herido?... ¿Acaso muerto?... Tal vez la falta de comunicaciones, como ya hubo de anunciarles... ¡Oh! ¡Que angustia! ¡Que zozobra, para todos; y en particular para la pobre D.^a Teresa!

Segunda carta de Felipe á D. Luis.

Real Campo del honor...

Mi siempre querido Luis: Tu carta en mi poder me llena de alegría. Soy argentino: mi familia, á quien escribo te lo explicará. Sin tiempo para darme, te dedico estas cuatro renglones. Vá á salir un correo, y aprovecharé la ocasión, á fin de que estas cartas lleguen á vosotros. España se levanta imponente. En Dios conde.

IV.

CARIDAD.

El ejército francés, en imponente número avanzaba invadiéndolo todo.

La pobre España sufría los horrores de una guerra desastrosa. Las familias de D. Luis de Carbajal y de Benavente, gozaron algun tiempo el consuelo de comunicarse por cariñosas cartas; sobre todo desde que el silencio de Felipe, exigía de la amistad, nuevas pruebas de cariño, para la afligi la madre y la sensible hermana.

No agradecía menos el interés demostrado á su sobrino, el canónigo D. Juan Enriquez, cuyas reflexiones edificantes, eran un sostén precioso para la angustia de las dos pobres mujeres; pero llegó un día, en que la guerra se generalizó por completo, y entonces ya fué tambien imposible toda comunicacion, entre tan buenos y entrañables amigos.

D. Luis, duplicaba sus oraciones, extendiendo á la vez, por todas partes, su inagotable caridad.

¡Dios mio! — repetia incesantemente — ¡Cuanta sangre! ¡Cuantos dolores! ¡Cuantas angustias!... ¡Señor, Señor! ¡Que cese pronto tanto infortunio!

D.^a Antonia y Carmen, aterradas por los tristes episodios de la guerra, vivian en continuo temor.

D. Luis, puede decirse que se multiplicaba por hallarse en todas partes, pues tratándose de heridos, franceses ó españoles, todos tenían en él un cariñoso enfermero.

Un día del mes de setiembre, obligados los franceses de las cercanías, á una retirada violenta, por la aproximacion de una columna Española; no les fué posible llevar consigo á dos enfermos, que tenían en el impreviado hospital de R..., y algunos hombres sedientos de venganza, se dirigian al hospital con Justo Dominguez, en ánimo de asesinar cruelmente á los infelices enfermos.

Justo estaba furioso, no por espíritu de patriotismo, sino porque algunos franceses, enterados sin duda, por sus enemigos y acreedores, habian hecho á su casa una visita de sorpresa, apoderándose de gran parte del dinero, que la usura atesoraba escondido.

Comenzaba, á anoecer. Bautista llegó pálido y trémulo, cuando D.^a Antonia y su buena hija, se preparaban á rezar con D. Luis *El Angelus*, y algunas devociones de costumbre por sus queridos difuntos.

La casa de D. Luis, se componia de una modesta sala y gabinete en el piso bajo. En el principal, otro gabinete, á la derecha, ocupado por D.^a Antonia y Carmen. A la izquierda, el despacho de Don Luis con su alcoba; y cerca de este, un comedor modestísimo, donde á la sazón Bautista tembloroso, referia á Gertrudis, algo extraño sin duda.

D. Luis, que escuchaba, como su madre y Car-

mencita, exclamó de súbito—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

Bautista, hubo de acercarse á la puerta de la estancia, y referir como Justo Dominguez, seguido de algunos aldeanos, se dirigia al hospital con un fin siniestro.

D. Luis, no escuchó mas. Sin cuidarse de nada, sin oir las súplicas de D.^a Antonia y Carmen; salió á la escalera, bajó los escalones de dos en dos, y pocos minutos despues, llegaba al hospital seguido de Bautista, mientras que D.^a Antonia, Carmen y Gertrudis, lloraban de terror.

Gritos dolorosísimos é imprecaciones furibundas, hirieron los oidos de D. Luis, que al entrar en la estancia de donde provenian, tuvo que detenerse horrorizado.

Justo Dominguez, semejante á una furia, arrastraba por los pies, á un pobre enfermo desnudo, mientras otros hombres crueles le magullaban á palos. El infeliz pedia compasion con ademanes suplicantes; y el otro enfermo, desnudo tambien y refugiado en un rincon, intentaba inútilmente esquivar la furia de sus perseguidores, que ya se disponian á herirle.

En aquel momento, D. Luis se presentó exclamando—¡Deteneos, en nombre de Dios!

Justo Dominguez, sorprendido en su infamia, miró á D. Luis, de alto á bajo, y con insolente ademán, dijo—Sr cura; aquí nada tiene V. que hacer.... Márchese V. por donde ha venido... ó de lo contrario...

Y aquel hombre levantó el puño en señal de amenaza.

Un murmullo de asombro y de indignacion, hubo de producirse entre los confusos aldeanos.

—No; no me iré—replicó resueltamente Don Luis, con el valor santo de los mártires—Este es mi puesto, y no le abandonaré sin llevar conmigo á estos infelices. De otro modo, con sus cadáveres sacaréis el mio.

Si por amor á la patria obráis de esta manera, sabed que los valientes se baten, pero no asesinan. Si amais la independendencia de la noble España, id á engrosar las filas del ejército, que lucha generoso defendiéndola. Allí podreis cubriros de laureles. Aquí—añadió solemnemente—en nombre de Dios os ordeno, que respeteis la desgracia de estos infelices.

Los aldeanos bajaron la cabeza confundidos, pero Justo Dominguez, loco de ira y pofiriendo palabras repugnantes, se adelantó amenazador hácia D. Luis—O se marcha V.—le dijo—ó sinó...

Y aquel hombre soberbio temblaba de cólera.

Todos los circunstantes se habian acercado al Sr. cura en actitud de defenderle, pero D. Luis con acento tranquilo y reposado, hubo de replicar—No, Justo. He dicho que no saldré sin estos infelices.

Pues bien: V. lo quiere—murmuró frenético aquel hombre—Hace tiempo que deseaba una ocasion semejante.

Y levantando sobre la cabeza de D. Luis una terrible porra se disponia á descargar el golpe, cuan-

do milagrosamente se escapó de su mano.

Justo, sorprendido y furioso, hubo de volverse de súbito. Bautista, pálido, ébrio de indignación, estaba allí, y de un puñetazo en la muñeca, había hecho saltar el palo de la mano de Justo, á quien todos rodeaban en actitud hostil.

Dios sabe lo que hubiera sucedido, si D. Luis no se interpusiese, diciendo con severidad—Basta, hijos míos... Ayudadme á volver á su lecho á estos infelices. Socorrámoslos y sentireis en vuestras conciencias la santa alegría de una buena obra...

Vamos, vamos... Justo tiene un genio vivo... Que nadie hable mas de esto.

Y volviéndose hacia los heridos, se dispuso á prestarles socorro, mientras llegaba el médico, á quien hizo llamar enseguida, para con precauciones trasportarlos á su casa.

Justo, henchido de cólera, hosco y sombrío, se alejó á pasos precipitados, y media hora después, las victimas del furor popular, descansaban tranquilamente; uno, en el mismo lecho de D. Luis, vendadas sus heridas, que afortunadamente no eran graves; y otro instalado, en un lecho provisional de la misma alcoba. Este se hallaba mejor, porque la oportuna llegada del virtuoso sacerdote, le salvó de las iras populares y muy conmovido, expresaba á D. Luis, en francés, su agradecimiento.

D.^a Antonia y Bautista, se hallaban tambien al lado de los enfermos. Carmen y Gertrudis, enteradas ya, como D.^a Antonia de todo lo ocurrido, disponian en otra habitacion algunos cordiales.

Los aldeanos se retiraban poco después, confusos ante las sentidas quejas de D. Luis por su anterior conducta, y la expresion de su gratitud por haber reconocido, aunque tarde, el mal que habian hecho.

—La caridad—hubo de decirles el virtuoso sacerdote— es igual para todos. Es siempre dulce, tranquila: devuelve bien por mal, y no conoce enemigos.

No lo olvideas nunca: para la caridad, no hay fronteras.

V.

El reloj del despacho del Sr. cura marcaba las doce de la noche.

Don Luis, sentado ante su mesa de escritorio, reza. Bautista dormita cerca de los enfermos; Doña Antonia, Carmen y Gertrudis se habian retirado á dormir, siguiendo las indicaciones del virtuoso sacerdote.

Un silencio profundo reinaba en la estancia, interrumpido solo por el *tic—tac* del reloj.

De súbito, resonaron en la puerta tres fuertes aldabazos, y enseguida otros tres, acompañados de imprecaciones y juramentos.

D. Luis palideció, y Bautista, sorprendido en su sueño, abrió los ojos con espanto, sin darse cuenta de lo que sucedia. Entonces D. Luis, abarcando con una mirada de inquietud á los enfermos, se dijo amargamente—¡Dios mio! Quisiera engañarme...

¡Infelices!... ¡Tanto encono, Señor, contra el infortunio!...

Una descarga de golpes dados en la puerta, y una nube de juramentos, advirtieron á Bautista de lo que se trataba.

—¡Señor!—dijo, dirigiéndose azorado á Don

Luis—Llaman, y parece gente sospechosa.

—¡Silencio!—repuso D. Luis en voz baja.—
Cuida de los enfermos que duermen. No sehan aper-
cibido... Yo iré.

Y se dirigia á la puerta, cuando deteniéndole
Bautista exclamó—Señor; voy á enterarme, y des-
pues...

He dicho que voy yo.

—Pero...

—Sé obediente.

Y el joven sacerdote fué á abrir, encontrándose
con D.^a Antonia, Carmen y Gertrudis, que se ha-
bian vestido apresuradas y venian temblando de
miedo.

—¡Luis, hijo mio!—exclamó D.^a Antonia—
¿A donde vas? Hemos visto por la ventana del ga-
binete soldados. Esos golpes y esas blasfemias me
asustan. En buena hora me desperté para detenerte.
No, no saldrás. Suceda lo que suceda, esperaremos
aquí ¡Oh!... Tengo miedo de Justo... Ese hombre...

Tranquilícese V. madre mia. Vienen sin duda
por nuestros huéspedes, para apresarlos. Las leyes
de la guerra los hacen prisioneros; pero yo esperaba
que su salud fuese mejor y entonces... ¡Infelices!...
Intercederé por ellos y mis súplicas...

—No no—gritaron todos á un tiempo.

—Sí; voy á abrir. Llaman otra vez ¿de qué ser-
viria nuestra resistencia?

—Esperemos,—se apresuró á exclamar D.^a An-
tonia—contestará Bautista desde una ventana.

—Seria peor madre... Abramos pronto.

En aquel instante, los golpes amenazaban destruir la puerta, y despues, un ruido, semejante á la proximidad de un torrente, se dejó sentir.

D.^a Antonia y Carmen, aterradas, se abrazaron al digno sacerdote. Bautista corrió á cerrar la puerta del despacho. Gertrudis fué á refugiarse en un rincon, mientras los enfermos, que al ruido despertaban, lo veían todo asustados y sin saber á qué atribuir semejante consternacion.

Entonces, un fuerte murmullo, con ruido de pasos, espuelas, y sables, se dejó sentir en la pieza inmediata.

D.^a Antonia fué acometida de un terror indecible; y aprovechando los instantes, D. Luis salió, hallándose frente á frente de una turba de soldados que capitaneaban un oficial, y Justo Dominguez.

D. Luis se estremeció, pero se repuso, y aprovechando el silencio que habia seguido á su presencia, exclamó tranquilamente y con dignidad—
¿Es á mí, señores, á quien Vds. buscan?

—Si señor—repuso Justo sonriendo con aire victorioso—¿No fué V. á buscarme á mi hace pocas horas? Pues tengo el gusto de devolverle la visita.

D. Luis repuso amargamente—Enhorabuena Justo; pero la actitud de estos señores, y el modo de penetrar en mi casa me sorprende y no comprendo..

—Pues es fácil—contestó Justo irónicamente—Este señor, se lo explicará todo.

—Muy sencillo,—añadió el oficial—desde ahora es V. mi prisionero.

—¡Yo!—dijo D. Luis con sorpresa.

Si señor: V. y su criado, y los dos franceses que oculta en su casa.

—¡Ah!--murmuró el joven sacerdote, dirigiendo á Justo una mirada de amargura—todo lo comprendo ahora...

—Si. El raton ha caído en la ratonera.

Y aquel hombre grosero, terminó la frase con una brutal carcajada, hiriendo el corazón del Doña Antonia, que con su hija y leales servidores, lón es-cuchaba todo tras de la puerta.

—Pero señores,—decia D. Luis dignamente—La caridad no puede ser un crimen. Ignoro de que se me acusa.

—Se acusa á V. de *afrancesado*—replicó Justo con cinismo.

—¡*Afrancesado!*—repetia D. Luis maquinalmente—Con ese término, se designa hoy á los traidores... ¡Yo traidor á mi patria!... ¡Dios mío!...

—Ta... ta... ta...—insistia Justo victorioso.—

¿Y el joven que llegó un domingo á esta casa, y al amanecer del día siguiente, en otro traje, y con el hipócrita de su criado de V. dejó el pueblo cautelosamente?

Justo, se referia á Felipe.

Bautista, al oír esto quiso salir, aun á trueque de una repulsa de su señor; pero le detuvo la suplicante mirada de D.^a Antonia.

Justo, continuó dirigiéndose á D. Luis, que no podia dar crédito á sus oídos—¿Cree V. Sr. cura, que no adivinamos quien era aquel viajero? Un agente francés, que volvió á repasar la frontera,

con las noticias deseadas... Y luego, la conducta de V. lo ha acreditado. Yo soy buen español y conmigo no valen esas. Fuí en busca de los valientes, y les dije lo que ocurría; porque si España ha de triunfar, ha de ser castigando á los traidores.

¡Viva España!—exclamó entonces una voz.

—¡Viva!...—gritaron todos con voces atronadoras, lisonjeando así, el orgullo y la venganza de Justo.

—Señores;—dijo D. Luis tristemente, luego que el silencio se hubo restablecido—Conozco que toda justificación sería inútil, y no la intento.—Dios sobre todo... Suplico á V., Sr. oficial, me conceda algunos minutos para despedirme de mi familia.

Después partiré tranquilo, porque Dios no abandona al inocente: pero Bautista, y esos infelices heridos, cuyo estado reclama ciertas atenciones, deben permanecer aquí. Luego...

El oficial y Justo iban sin duda á replicarle, cuando la puerta del despacho se abrió; y Doña Antonia, siempre digna, á pesar de su terrible angustia y hubo de aparecer en ella.

VI.

LA GRATITUD, ES DEUDA SAGRADA DEL CORAZON.

Un silencio profundo, signió á su presencia. Los soldados la miraban con asombro.

—Caballero oficial—exclamó D.^a Antonia con lentitud—Si V. ha perdido á su madre, comprenderá lo que valia. Si la tiene, estimará, cual merece, el cariño de su corazon... Tambien yo soy madre, y voy á hacer á V. una súplica...

—Señora;—se anticipó á decir el oficial—Cumpla mi deber.

—Sin embargo;—replicó D.^a Antonia, con digno acento—el deber no manda atropellar al inocente, sin otras pruebas que una delacion inicua..

Justo iba á replicar, pero se contuvo, y Doña Antonia prosiguió—Mi hijo, ante todo, es sacerdote de un Dios de paz y mansedumbre. Despues, es hijo cariñoso de esta patria querida, por quien la sangre generosa de sus parientes, se derramó en cien combates... Aun está vivo el recuerdo glorioso de un guerrero ilustre... El general D. Francisco de Lara, era mi hermano. Su memoria, defenderá á mi inocente hijo, de la infame calumnia con que hoy se pretende herirle.

El oficial, sorprendido y confuso, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía sostener una lucha interior desde las últimas frases de Doña Antonia.

Justo, que le observaba, temía ver destruidas sus perversas maquinaciones, y la cólera se dibujó en su rostro, ofreciendo notable contraste con la benignidad de D. Luis.

Los soldados cuchicheaban.

El oficial levantó la cabeza, y con un respeto que hasta entonces no demostrara, dijo—Señora; lo que acabo de oír me preocupa profundamente. Debo las charreteras á la rectitud del general, cuyo nombre acaba V. de recordarme, y cuya fisonomía, en efecto, era hermana de la de V.; pero órdenes superiores me obligan á prescindir de mis generosos sentimientos.

El jefe de mi division, á quien este hombre—y señaló á Justo—acaba de hacer una confidencia reservada, me ha ordenado por conducto de mi coronel, lo que no puedo menos de ejecutar...

—Justo, ya no temia—

—Ruego á V. señora y al Sr. cura, me dispensen; y en todo cuanto me sea posible, sin faltar á mi deber, prometo ponerme á sus órdenes.

Ahora, pueden Vds. pasar á otra habitacion, si algo tienen que comunicarse en asuntos de familia.

Mientras, yo esperaré, para después, segun se me ordena, partir con el Sr. cura, su criado y los dos heridos franceses, que creo se hallan en esta casa.

—Es cierto;—murmuró D. Luis con angustia—pero en nombre de Dios, en nombre de la caridad, suplico á V., como antes iba á decirle; que asistidos por Bautista, permanezcan aquí hasta que recobren la salud ó por lo menos se mejoren. Obligarles á abandonar el lecho ahora, puede causarles mucho mal.

—Imposible, Sr. cura—insistió el oficial—Es doloroso, pero así me lo ordenan, y deben reunirse á nuestros heridos en los hospitales de sangre.

—D. Luis suspiró tristemente, mientras Doña Antonia repetía con indecible angustia—¿Pero y mi hijo?...

—Nada tema V. señora. Ningun mal le sucederá, y muy pronto acaso sea libre.

Justo murmuraba entredientes—Esolo veremos.

D.^a Antonia prorumpió en sollozos. Los soldados, ante la nueva actitud del oficial, la compadecían, y D. Luis, aunque presa su alma de terrible amargura, exclamó dulcemente—No se aflija V. madre... Confíemos en Dios. Volveré pronto, porque el lenguaje de la verdad, no puede confundirse con los artificios de la mentira.

VII.

SUFRIR POR DIOS, ES LA MEJOR CORONA.

Poco después, el virtuoso sacerdote en traje se-
glar, según le exigieron; sin más equipaje que el
breviario y alguna ropa blanca en la alforja, atrave-
saba, sobre una mula del país, las calles de su felig-
resía, cabalgando entre el oficial y Bautista; segui-
dos de los soldados, que llevaban en camillas á los
dos extranjeros.

Todos los feligreses, apercibidos con oportuni-
dad, formaban á la luz de la luna de tan triste no-
che, grupos silenciosos en las calles. El sacristan no
veía de cólera. Los ancianos, las mujeres y los chi-
cos, lloraban. Todo era desolación, por el infortu-
nio del buen sacerdote, á quien tanto querían.

D.^a Antonia y Carmen, cuya despedida fué tris-
te sobre toda ponderación, abrazadas estrechamen-
te se ahogaban en llanto. Su apoyo, su alegría, su
único protector en el mundo, las era arrebatado, y
solo Dios pudiera calmar sus dolorosos presentien-
mientos.

Gertrudis intentó vanamente consolarlas, hasta
que el pueblo todo, acudiendo triste y cabizbajo, las
suplicó refiriesen los detalles de lo sucedido.

Hiciéronlo así, y entonces un grito de venganza se escapó de todos los pechos contra Justo Dominguez; que lo hubiera pasado muy mal, si D.^a Antonia y su buena hija, no recomendasen á los aldeanos, la moderacion y la calma.

Todos querian ir al encuentro de Justo para vengarse cumplidamente.

Este, por prudencia, se habia alejado para no volver en algunos dias. Necesitaba hacer un viaje á la capital, con motivo de sus negocios, y la ausencia era prudente, hasta que la excitacion del pueblo se calmase. Justo se alejaba con la vergüenza de su crimen y la execracion de sus paisanos. D. Luis, con las bendiciones de todos sus feligreses, cuya despedida, repetimos, habia sido desgarradora.

Su resignacion y su elocuencia, se estrellaron, sobre todo, contra el cariño de una madre y una hermana cariñosas, que temian perderle para siempre.

Por fin, á duras penas, consiguió desprenderlas de su cuello, enjugando furtivamente las lágrimas, que abrasaban sus ojos...

¡Ay!... ¡Pobre D. Luis!...¿Qué seria de aquella madre tan noble, y de la bondadosa Carmen, si su ausencia se prolongaba?

Ciertamente, tal golpe debia de ser terrible para la pobre madre, que esperando inútilmente al otro dia la vuelta de su hijo, cayó en el mas profundo abatimiento.

Carmen, en presencia de D.^a Antonia, era fuerte. Quería infundir ánimo á su excelente madre...

¡pero ay!... una vez sola, daba rienda suelta al llanto, y parecía próxima á sucumbir.

Gertrudis, contemplaba con amargura aquellos semblantes macilentos por el dolor, y lloraba tambien el infortunio de sus amos.

La guerra cada vez mas encarnizada, prohibia toda comunicacion particular, ignorándose de este modo, qué habia sido de D. Luis y de Bautista.

D.^a Teresa y Amalia, ingnoraban, tambien por esto, la nueva desgracia de sus buenos amigos, y tristes por la carencia de noticias de Felipe, vivian en continua zozobra.

VIII.

DOS GRANDES CORAZONES.

D. Enrique de Castro, Marqués de Valmira, era un excelente caballero, tan noble como caritativo, que compartía sus haciendas con los pobres; pero muy en particular, con aquellos que se veían en la desgracia por motivos inevitables.

Para el vicioso, era severo con justicia, y le cerraba su bolsa exclamando—No, sería alimentar tus vicios á expensas del hombre de honor... Si te corriges...ven... el arrepentimiento engrandece cuanto toca.

Por su sencillez y sus virtudes, le querían y respetaban sin excepcion en la ciudad de X... donde poseía una suntuosa casa, y en cuya provincia era dueño de hermosas propiedades.

Cuando la guerra estalló, hubo de salir de la corte instalándose en X... por ser poblacion agena entonces á toda lucha.

El marqués de Valmira, antiguo Guardia de Corps, y hombre tan ilustre como católico, se honraba con la respetable amistad del Sr. Obispo de X...

En una de sus visitas, que la conversacion hubo

de recaer sobre el difunto general Lara, el Sr. Obispo le manifestó sus favorables propósitos acerca de D. Luis.

Quería premiar justamente el celo y las virtudes del joven eclesiástico, al cual se debía la reforma de la feligresía de R...

—Creo, Sr. Obispo—repuso finamente el marqués de Valmira, después de oír al bondadoso Prelado, que D. Luis de Carbajal, tan modesto como su tío, agradecerá de corazón favores que tanto le honran; pero ama la vida de aldea, en armonía con sus sencillos gustos, y sobre todo con la salud de su buena madre. Por obediencia solamente...

—¿El Sr. marqués lo cree así?—repuso el Prelado.

—Lo supongo, Sr. Obispo; porque electo Don Luis canónigo de Oviedo, tuve la satisfacción de comunicárselo, y con tanta finura como modestia, me escribió las gracias prefiriendo la feligresía de R...

El Prelado, sorprendido por lo que acababa de oír, permaneció un instante en silencio. Después comentaba con elogios la abnegación de D. Luis, que hasta entonces no conocía, cuando el secretario de cámara se anunció con unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante!—exclamó el Prelado.

Este oficio, Señor—dijo el secretario inclinándose al entrar y presentando un pliego.

—¿Es Urgente?

—Es de interés.

El Sr. Obispo alargó la mano y le tomó, leyendo enseguida.

A los primeros renglones, su rostro se contrajo. De súbito, hubo de exclamar sin poder contenerse—¡¡Imposible!! ¡Infame calumnia!... Sr. marqués ¡que extraña coincidencia! Hablabamos de D. Luis de Carbajal, y este oficio me anuncia una aberracion incomprensible... Se acusa á D. Luis de adicto á la Francia: ha sido preso y se ignora donde le conducen. ¡D. Luis, el buen sacerdote, mezclado en asuntos ajenos á su ministerio, y adicto á los invasores! ¡Imposible!... Es una impostura.

¡Imposible!—repitió, tan sorprendido como indignado el marqués—¡Un Lara traidor á su patria!.. Seria olvidarse de sus propias glorias. Es una calumnia... ¡Pobre madre!...

¡Oh!... Si el general viviese... mas no importa. Su amigo le reemplazará. Sí; le salvaré, Dios mediante.

—Le salvaremos—añadió con noble entusiasmo el Sr. Obispo—Le salvaremos... Es virtuoso, y basta para tener enemigos. D. Luis ha reformado la parroquia, y practicar la virtud, herir al vicio.. es lo bastante... ocasion... soberbia... si... eso es, eso es.

El Prelado calló. Pensaba que D. Luis era súbdito suyo, y como padre de su clero, queria á toda costa defenderle, si estaba inocente.

—Sr. marqués, dijo—estoy dispuesto á todo, por salvar á D. Luis, cuya inocencia supongo muy fundadamente.

—También yo—exclamó el marqués con energía.

—Lo esperaba.

—¿Entonces?...

—Procedamos sin tregua y con fé.

El marqués de Valmira, propuso al Sr. Obispo, averiguar ante todo como fuera posible, donde se hallaba D. Luis, y partir con su propio coche al pueblo de R... para traerse consigo á D.^a Antonia y Carmen, hospedándolas en su casa.

El Prelado aceptó muy gozoso. Seria un gran consuelo para las dos pobres mujeres, expuestas en su triste soledad á dobles amarguras.

Aquella misma tarde, el marqués portador de un oficio del Sr. Obispo para el párroco del pueblo mas próximo á R... ordenándole se encargara interinamente de esta parroquia, y provisto de un salvo conducto, partió llegando ya de noche.

La sorpresa de D.^a Antonia y Carmen, fué grandísima. Le refirieron sus penas, el marqués las recordó entonces lo mucho que estimaba al general, expuso los deseos del Sr. Obispo, y concluyó diciendo que la marquesa las esperaba tambien con viva impaciencia.

D.^a Antonia y Carmen, exageraban dificultades, hijas de su proceder delicado; pero por fin, ante los peligros á que iban á quedar expuestas, y las súplicas del marqués, se decidieron á partir.

Al siguiente dia, despues de encomendar el cuidado de la casa al sacristan y su mujer, que eran

honradísimos, se despidieron tristemente de todos, é instaladas en el coche con el marqués y Gertrudis, el carruaje se puso en movimiento arrastrado, con brio, por mulas poderosas.

—Procedamos sin temor y con fe.
El marqués de Valmira, propuso al Sr. Obispo, averiguar ante todo cómo fueran posibles, donde se hallara D. Luis, y partir con su propio coche al pueblo de R... para traerle consigo á D.^{na} Antonia y Carmen, hospedándolas en su casa.
El Prelado aceptó muy gozoso. Soñó un gran consuelo para las dos pobres mujeres, expuestas en su triste soledad á dobles amarguras.
Aquella misma tarde, el marqués portador de un oficio del Sr. Obispo para el pueblo del pueblo mas próximo á R... ordenándole se encareciera inmediatamente de esta parroquia, y provisto de un salvo conducto, partió llegando ya de noche.
La sorpresa de D.^{na} Antonia y Carmen, fue grandísima. La réstirieron sus penas, el marqués las recordó entonces lo mucho que estimaba al general, expuso los hechos del Sr. Obispo, y conmovió diciéndoles que la marquesa las esperaba también con viva impaciencia.
D.^{na} Antonia y Carmen, exageraban dificultades, hijas de su proceder delicado; pero por fin, tras las peligros á que iban á quedar expuestas, y las solicitudes del marqués, se decidieron á partir.
Al siguiente día, despues de encomendar el cuidado de la casa al secretario y su mujer, que eran

IX.

CONSOLAR AL TRISTE.

Al siguiente día de su llegada, los marqueses con D.^a Antonia y Carmen, fueron á visitar al Prelado.

En su presencia, el dolor de la madre se desbordó, al oír el elogio de su hijo, de los labios del Señor Obispo. ¡Pobre madre! Aquel hijo tan virtuoso, la habia sido arrebatado, é ignoraba lo que seria de él, porque todas las gestiones, en este sentido, fueron inútiles.

El trastorno consiguiente á una guerra tan desastrosa, impedía proceder con éxito.

Por fin, las inspiradas frases del Sr. Obispo, llenas de unción y de consuelo, lograron calmar la angustia de D.^a Antonia y de su hija, confiando como siempre en Dios.

Al despedirse, las dijo—Los sres. marqueses se han anticipado, y comprendo la conveniencia de instalacion tan respetable; á no ser así, yo hubiese dispuesto lo que juzgara mas oportuno, en obsequio de Vds.

—Mi alma, agradecida á tantos favores, Ilustrísimo Sr.—replicó D.^a Antonia con lágrimas de re-

conocimiento—no encuentra palabras suficientes á expresar su gratitud. Mis hijos y yo, bendeciremos siempre el nombre de V. S. I., y Dios recompensará pródigamente, virtudes, que á mi solo me es dado admirar.

Se inclinó ante el Prelado, y salieron todos, despues de besar su anillo, y recibir su bendicion.

La marquesa, encontraba un gran consuelo en el excelente trato de D.^a Antonia y Carmen.

Los marqueses habian perdido una hija; única heredera de su titulo, de su gran fortuna; y la marquesa, en su amor de madre, creia ver en Carmencita una gran semejanza con aquella, inspirándola así, afecto sin límites.

De este modo; aunque con mil inquietudes y amarguras por la suerte de D. Luis, trascurrían los meses, sin que las constantes y autorizadas gestiones del Sr. Obispo y el marqués de Valmira, lograsen averiguar la residencia del virtuoso sacerdote. La anarquía propia de los azares de la guerra, dificultaba sus deseos.

¡Ay!... ¡Que triste agonía para el que sufre, y sobre todo, para el corazon de una madre!...

La intranquilidad y los temores crecian. Las plegarias se centuplicaban.

¡Dios sobre todo!

X.

LA VICTIMA INOCENTE.

D. Luis, con Bautista y los prisioneros, fué conducido á otra aldea próxima á R... donde la division Castaños, se detuvo á tomar raciones.

Allí, no se permitió á D. Luis justificar su conducta.

El oficial, dió cuenta al coronel del desempeño de su comision, procurando destruir las falsas acusaciones dirigidas contra el digno y virtuoso eclesiástico.

Hizo presente, que D. Luis, segun le informaron, era un sacerdote virtuoso y tan amante de su patria, como su tio el general Lara; pero el coronel, hombre duro y rezeloso, concibió sospechas de aquel oficial que indirectamente defendia al sacerdote. Supuso un soborno, y poco adicto á la Iglesia, exclamó mirándole con desconfianza—Cuidadito, mucho cuidado... Toda precaucion es poca. Yo arreglaré á ese cura, y no olvidarse que la ordenanza es severa.

El oficial, desde entonces, huyó de D. Luis, como de un leproso, por miedo á comprometerse; y el joven sacerdote, separado de Bautista, fué uno de tantos prisioneros, sin consideraciones de ninguna

clase. Se le daba una mala ración, y á veces, solo pan duro.

Como poseia el francés, que su tio el general por sí mismo le enseñára; hallándose confundido con los prisioneros franceses, su caridad y su caracter bondadoso, le impulsaban á consolarlos con frases afectuosas, llenas de resignación y de fé.

Su corazon sufría mucho por el recuerdo de su madre y hermana, pero siempre confiando en la misericordia de Dios; siempre humilde, y siempre digno; hallaba para todos frases de dulzura, halagüeñas esperanzas, y provechosas instrucciones.

Un dia, rodeado de D. Luis de algunos oficiales extranjeros, que se disponian á escuchar sus consoladoras palabras, en correcto francés, los decía — Mucho me consuela y me complace el gusto con que me escuchais cuando os hablo de religion, porque es el mas dulce alivio en la desgracia, y vosotros, comprendiéndolo así, muchas veces le aprovechais. Precisamente ahora insistis en un punto que me agrada sobremanera. No desperdiciaré ocasion tan bonita de repetir, lo que sin duda sabeis, mas permitid á mi alma el grato consuelo de recordar los justos homenajes del Principe supremo de la Iglesia; mas grande, segun San Bernardo; que Abraham por el Patriarcado; que Melchisedech por el sacerdocio; que Samuel por la jurisdiccion.

El Papa! La gran figura cristiana del universo. El sumo Pontifice de Roma, Vicario de Cristo en la tierra, á quien todos estamos obligados á obedecer. Un hombre sujeto á los palecimientos humanos, y

aun á la misma muerte; pero un hombre rodeado de santa aureola, á quien Dios ha dicho—«Tu eres la piedra y fundamento de mi Iglesia, y á ti te entrego las llaves de mi Reino... Tu potestad, no ha de reconocer límites. Todo cuanto tu atares en la tierra, será atado en el cielo; y cuanto desatares en la tierra, desatado será tambien en el cielo.»

—¡Oh!... ¡Que augusta majestad, y que digna de veneracion!...

Así se expresaba D. Luis, y esto hubo de ocasionarle nuevos disgustos; porque interpretando equivocadamente sus disertaciones, se le creyó en inteligencia con los franceses.

Fué separado de ellos, y se le hizo caminar entre filas, sufriendo las groseras burlas de los soldados, que le prodigaban los epitetos de hipócrita y cura traidor.

A veces, el cansancio le abrumaba por la no costumbre, y entonces los soldados se lo advertian con la culata de sus fusiles, aplaudiendo los demas, como si se tratase de una bella accion.

D. Luis, todo lo sufría con la dulzura de los mártires en el circo de Roma; hasta la pérdida de su breviario, que lamentaba sobre manera, ocurrida inevitablemente en medio de tantas, y tan azarosas marchas y contramarchas.

Rogaba á Dios por su difunto tio, cuyo sagrado recuerdo no se apartó de su mente, como el de sus

queridas madre y hermana, confiando si, en que la Providencia velaria por ellas.

Si alguna vez, por casualidad, conseguia ver á Bautista, ¡que dichoso se consideraba, consolando al fiel servidor, cuyo constante sueño, era la fuga!

Así, con escaramuzas, marchas y contra marchas; acampados, ó escondidos en los montes, transcurrieron algunos meses entre mil sustos y peripecias; no tan largos para D. Luis, que siempre confiaba en Dios, como para Bautista, que no creia volver nunca á la tranquilidad de su aldea de R...

Por fortuna, debiendo dirigirse la division á las inmediaciones de Valladolid, la sorprendió en el camino un brusco cambio de temporal, que fué precioso para nuestros prisioneros.

XI.

LA VIDA DEL HOMBRE, ESTÁ CERCADA DE PELIGROS.

Las acciones de Cabezon de la Sal y de Rioseco, fueron adversas á las armas españolas; y los franceses, engreídos con el triunfo, no tardaron en recibir una leccion severísima, cubriéndose de laureles en Bailén, los generales Castaños y La Peña.

Esta victoria, fué seguida de otras, decidiendo á penetrar en España á Napoleon.

Rodeado de los mas célebres mariscales de su imperio, y al frente de ciento veinte mil infantes, y veinte mil caballos, poco tiempo despues llegaba á Madrid; pero nuevas victorias de los españoles, y la coalicion de las Potencias del Norte, le hicieron retroceder á Francia.

Al declinar la tarde de un dia lluvioso, y tras una larga jornada, Napoleon I cuya figura la historia ha descrito yá; seguido de numerosas tropas, se detuvo en el alto de una pendiente de la carretera general de Castilla, en cuyo fondo se veía la antigua villa de Villacastin.

El imperial huesped, contemplándola en toda su extension y complacido del exámen, continuó en su magnífico caballo con direccion al pueblo.

La villa de Villacastin en la provincia de Segovia

via, es una agradable residencia con restos de pasado esplendor.

Su templo, construido por el célebre arquitecto de Felipe II, Juan de Herrera, es de orden gótico con hermosas fachadas y elegante torre de piedra berroqueña. En su interior se admiran columnas istriadas de gran esbeltez, que formando tres naves, sostienen magníficas bóvedas. Su altar mayor, de cuatro cuerpos, orden jónico el primero y corintio los demas, ostenta treinta y tres preciosísimas estatuas del Antiguo y Nuevo Testamento. En los entrepaños, hermosos cuadros de la vida de Jesucristo; y en antiguos colaterales, pequeñas tablas al óleo de gran valía, originales de Alfonso Herrera.

La suntuosidad de este sagrado edificio, causa justamente la admiracion de nacionales y extranjeros.

Todo allí es grande. Todo recuerda la importancia de un pueblo, que hoy llora su pasada dicha.....

En la plaza principal, sobre arcos y columnas de piedra berroqueña, se vé la fachada del ayuntamiento con grandes balcones, que enlazados por balaustrada de hierro, forman uno solo, corrido y espacioso.

Por doquier, hay casas grandes y bien construidas, de portadas blasonadas, que acusan la fortuna de sus antiguos dueños y su noble origen.

Poseé tambien un hospital; un buen convento de religiosas clarisas, fundacion de los condes de Molina Herrera; otro perteneciente á los franciscanos, del que no existen sino restos: ermitas pintorescas

como la de la Virgen del Carrascal, y en sus alrededores, muchas y bonitas huertas, con profundos lagos, caprichosos bosquecillos, y praderías tapizadas de césped: recuerdos todos, de la importancia que tuvo Villacastin, el pueblo hoy desheredado por la fortuna.

Lástima es que villa tan hermosa, cuna de hombres ilustres, (1) permanezca en el olvido.

Nosotros, continuando el curso de esta obra, dirigiremos nuestra atención especialmente, á una casa de su calle real, propia hoy de la parroquia y habitada por su cura párroco.

En esta casa de buen aspecto y de comodidades, se hospedaba el emperador.

(1) Nacieron en Villacastin y fueron bautizados en su iglesia parroquial de San Sebastian—El Excmo Sr. Obispo de Mondoñedo y despues de Astorga, D. Alonso Mejía de Tovar, de la ilustre casa de los condes de Molina Herrera, ascendientes de los Sres. duques de Fernan Nuñez. Sus restos mortales, descansan en la capilla fundacion de su casa, en la referida iglesia de Villacastin.

=El padre jesuita, Francisco de Rivera; confesor de Sta. Teresa de Jesús, y notable escritor.

=D. Miguel Moreno; secretario del rey D. Felipe II, orador elocuente, notario del Consejo Real, y autor de varias obras literarias, entre las que se cuentan dos novelas "*La Desdicha en la constancia* y *El curioso amante*."

=El Doctor D. Gerónimo Perez; limosnero del Arzobispo de Toledo D. Garcia de Loaisa; y el escritor fray Juan de la Natividad, religioso de S. Pedro Alcántara.

=Nació tambien en Villacastin, sor Ana Maria de San José; abadesa del convento de franciscas descalzas de Salamanca, que escribió su gloriosa vida, y murió en opinion de santidad.

=Cuenta además, esta antigua villa, otros hijos ilustres, que en épocas no remotas, se distinguieron en la milicia, en el foro, y en la diplomacia; como últimamente el Excmo. Sr. D. Bonifacio de Blás, ministro que fué, de Estado, y representante de España en los Países Bajos.

Su puerta principal y las accesorias, se veían custodiadas por arrogantes centinelas. La oficialidad obstruía en corrillos el paso, y dobles guardias de caballería, caracoleaban en las calles más próximas.

El monarca francés, dormitaba en un sillón, junto al fuego de la chimenea de un lindo gabinete; pero Napoleón apenas dormía; así es que su sueño fué breve.

Abrió sus ojos de águila, dirigiéndolos con desdén en su derredor: suspiró fuertemente, á la vez que se erguía con majestad; y abstraído en profundas reflexiones, fué con lentitud hacia el balcon. Sus ojos se fijaron vagamente en un patio, donde se veía multitud de caprichosas aves.

En aquel momento un hombre á quien en la villa apodaban, *Tío Grillo*, se colocó frente á frente del emperador, ocultándose tras la ventana de una panera próxima (1).

Un pensamiento terrible cruzó por su pobre mente. Fuera que el patriotismo, ó un loco deseo de celebridad le impulsara, lo cierto es, que con rapidez vertiginosa corrió en busca de la escopeta de su amo, y despues de asegurarse que estaba cargada, se dispuso á hacer fuego, eligiendo por blanco al emperador.

Un momento mas, y el coloso de Europa hubiera sucumbido oscuramente, á manos de un hombre,

(1) Histórico.

que ni le merecía el honor de apercibirse de su presencia.

En aquel instante, una mano temblorosa se apoyó en el hombro del *Tío Grillo*, mientras que una voz trémula por el espanto, le apostrofaba diciendo— ¡Infeliz! ¡Quieres perderme!... ¿Qué ibas á hacer?

El *Tío Grillo*, pálido como un difunto, dejó escapar el arma, que recogió su amo, pues él era quien advertido por la curiosidad de una criada, llegó á tiempo de detenerle en su criminal intento.

Napoleon, sin apercibirse del riesgo que corriera, se habia retirado del balcon, porque la noche se acercaba, y el frio se hacia sentir.

Poco despues, rodeado de sus generales, del alcalde de la villa (1) y otras personas de distincion, que previsoramente retenia á su lado, tomaba notas para continuar la retirada á Valladolid, en direccion á Francia.

.....
.....
Al amanecer, un ayudante de órdenes se presentó pidiendo hablar al emperador.

La retaguardia imperial, acababa de sostener una refriega, habiéndola hecho bastantes heridos y prisioneros, sin que los franceses lograsen apresar, sino á dos soldados españoles, y un oficial, que al decir del ayudante valia por ochenta. Intrépido como un héroe, en el fragor de la lucha, habia penetrado

(1) El Sr. D. Baltasar de Becerril, abuelo paterno del autor de este libro, quien dedica á su memoria este recuerdo de cariño y gratitud.

solo, hasta donde ninguno osara llegar. Allí, herido él, y muerto su caballo, tuvo valor aun para intentar llevarse una bandera, y quizás lo hubiese conseguido, si una descarga que le hirió en un brazo, no le obligase á caer al suelo, impidiéndole seguir adelante.

El emperador entonces, exclamó con voz terrible—Si ese valiente fuera soldado de la Francia, le premiaria con esplendidez ¡Id pronto y que le conduzcan aquí. Quiero verle!

.....

.....

.....

.....

.....

.....

XII.

SOLO DIOS BASTA.

Pocas horas despues, el mismo ayudante con su escolta, acompañaba una camilla, entrando en el pueblo por la carretera, y deteniéndose ante la casa ocupada por el emperador.

Una vez allí, y puesta la camilla en una de las habitaciones del piso bajo, Napoleon con sus generales, se presentó para ver al valiente; que con un brazo todo vendado, no era sino Felipe de Benavente, arrogante y severo con su uniforme militar, y su densa palidez. Algunos meses antes, habia ganado bizarramente la charretera de alférez de caballería.

El emperador, despues de contemplarle con escudriñadora mirada, le hubo de decir—Os felicito por vuestra bravura y hago justicia á vuestro mérito... Sois libre, pero tened cuidado en adelante... No siempre seriais tan dichoso.

—¡Solo Dios basta!—contestó Felipe, oprimiendo contra su pecho, el escapulario que D. Luis colocóse sobre él, á manera de invulnerable escudo.

—¿Me odiais?—añadió Napoleon desentendiéndose de las últimas frases de Felipe.

—No conozco el odio, pero soy español y amo á mi patria.

—Os perdono—dijo el emperador con soberano desdén, velado por la majestad.—Os perdono por vuestra bravura.

Y salió, ordenando que Felipe quedára en el pueblo, para que pudiera reunirse á los suyos.

El oficial francés, se apresuró á cumplir las órdenes de su soberano.

Felipe era libre, bajo la salvaguardia del alcalde de Villacastin...

Apenas el emperador y sus numerosas tropas, llegarían por la carretera al pueblo de Sanchidrian, cuando las avanzadas de una division española se presentaron en la villa pidiendo raciones y bagajes.

Los franceses exigian; los españoles mandaban, y era preciso complacer á todos, ó morir.

El alcalde, noble y rico hacendado, á quien todos amaban por su honradez y bondad, se vió apuradísimo para cubrir esta nueva y necesaria exigencia; pero aun que con muchas dificultades por lo exhausto que ya se hallaba el pueblo de todo recurso, pudo cumplir aquella vez, con un sacrificio, y las raciones y los bagajes se proporcionaron.

Algunas horas despues, la division entraba en Villacastin batiendo marcha.

Felipe, que esmeradamente asistido por el médico de la villa, se hallaba instalado en el hospital, se estremeció de gozo al oír el redoble de los tambores y el toque de cornetas; que desde luego supuso fuesen de los suyos, obstinados en perseguir la re-

taguardia del emperador. La fiebre le obligaba á una quietud precisa é indispensable, é hizo se diese conocimiento á los suyos, de su estancia allí.

Poco despues, el general de la division, enterado de todo lo sucedido, llegaba con sus oficiales, y resarcia á Felipe de sus sufrimientos, colocándole sobre los hombros, las charreteras de capitán.

¡Justa y bien merecida recompensa!

Felipe, en aquel momento recordaba á su difunto padre, y una lágrima brotó de sus ojos, mientras que su corazón, fervientemente persuadido de que á Dios se lo debía todo, dirigia al cielo la gratitud de su alma.

Poco mas tarde, la division española abandonaba Villacastin, retrocediendo al pueblo del Espinar, donde segun aviso, los ingleses aliados entonces de España, llegarían también.

Felipe, fué encomendado á una columna que debía dirigirse á Segovia, para que allí atendiese á su curación.

¡Con cuanto gusto Felipe hubiese comunicado á su querida familia tan rápido ascenso, aunque sin manifestar hallarse herido! pero las comunicaciones eran imposibles, y muchas veces esperó en vano, contestación á sus cartas.

¡Que triste y forzoso silencio!... ¿Qué sería de su querida madre; qué de Amalia y su buen tío?

Éstos, no cesaban de orar porque Felipe fuese preservado del peligro y su inquietud era mucha; tanto por él, como por la buena D.^a Antonia y sus hijos, de quienes nada sabían tampoco.

XIII.

LA PROVIDENCIA.

Retrocedamos algunos dias, para encontrar de nuevo á D. Luis, y su fiel servidor.

Eran las cuatro de la tarde. El viento frio y desencadenado bramaba furioso, y la nieve comenzó á caer en grandes copos, en medio de terrible ventisca.

La oscuridad iba aumentando paulatinamente; el huracan y la nieve, aumentaban tambien; y poco despues de las cinco, la noche apareció imponente y pavorosa.

Los soldados juraban; las acémilas caian aquí y allá; los bagajeros juraban tambien... y D. Luis, el virtuoso sacerdote, trémulo de frio y de angustia, rogaba á Dios perdonase á los maldicientes exasperados por tantas contrariedades.

Hubo un momento, en que la confusion fue horrible. Pelotones de hombres, caian unos sobre otros, envueltos en sudarios de nieve; las caballerías bufaban y retrocedian; la oscuridad era completa, y el desórden absoluto.

D. Luis se habia alejado algun tanto para no oir los juramentos. Entonces pensó en su madre y en su hermana queridas. El peligro comun le asustaba por todos, mas que por él.

Cayó de rodillas, rogando á Dios fervorosamente, tuviera piedad de la pobre España.

Entonces, Bautista que aprovechando la confusión buscaba por todas partes á D. Luis, le pareció ver á poca distancia una sombra inmóvil, y como le chocase, fué hacia aquel sitio, convenciéndose de que era un hombre arrodillado.

Bautista dió un brinco de alegría.—

¡Héle aquí!—exclamó—¿Quién sino él, pudiera estar tranquilo de hinojos, cuando todos sacudea la nieve con vctos y juramentos?... El es, sí; no tengo duda. De seguro que reza... Si este D. Luis no es para el mundo.

Asi diciendo, se aproximó, y tocándole suavemente en el hombro, le dijo—¡Señor!... Deje V. de rezar y venga pronto.

—¡Bautista!—exclamó D. Luis con alegría—¡Oh, con que cuidado estaba!... Te busqué inútilmente ¡Gran Dios, que noche tan pavorosa!

—¡Ya lo creo... y V. aquí, estático, mientras se hielal ¡Canario!...

—Bautista; en la tribulacion, sobre todo, se ha de tener fé. Muchas veces te lo he repetido, pero has cambiado mucho; no te conozco. Las malas compañías...

—Bueno en otra ocasion me reñirá V.—

Y aproximándose á su oido, añadió.—

—¡Ahora huyamos!

Al mismo tiempo arrastraba á D. Luis sujetándole con fuerza.

—¿Adónde?

—Lejos de aquí... ¡pronto! ¡pronto!

—¿Pero...?

—No escucho.

Y continuó con D. Luis apresuradamente, llegando así á una inmensa mole, cuya oscuridad destacaba sobre la nieve.

Palpó por una y otra parte, convenciéndose de que era un gran peñasco, como habia supuesto, y se encontró con D. Luis en una gruta de enormes piedras, al abrigo de la intemperie.

—¡Ya somos libres!—exclamó Bautista soltando el brazo de su Señor—¡Ahora.... silencio!

—¡Imposible, Bautista!—replicó el virtuoso sacerdote—¡Nosotros aquí, mientras los demás perecen!... ¡Buen Dios! Yo debo ir con ellos. Si sucumben, estaré á su lado. Voy donde me llama el deber.

—¿Está V. loco?—Decia Bautista deteniéndole con violencia.—Ya veo que hay que formalizarse,

—¡Bautista! ¡Bautista!

—No señor, no: y si no calla V., le tapo la boca. ¡Nos conviene que nos olviden para huir como Dios nos dé á entender, y anda V. con escrúpulos!

—¡Eso, no es caridad!—replicaba D. Luis luchando por desasirse de Bautista—Te propasas como no debieras.

Bueno, bueno: yo le salvaré aun á pesar suyo... ¡chist!...¡silencio!...¿Oye V.?...ya parten: el viento ha cedido, las voces apenas se perciben....¡pero ay! sino me equivoco—añadió con terror—gente de caballería, se dirige hacia aquí.

—Suceda lo que suceda, tuya será la culpa, Bautista. Me has sujetado indignamente.

—¡Calle V. señor por la Virgen!... ¡ni una palabra!

En aquel instante, un hombre á caballo, pasaba al galope, como una sombra; y tras él, otro lo mismo, haciendo exclamar á Bautista alegremente.— Son bagajeros, que tambien huyen aprovechándose de la confusion.

Acaso nos hubieran favorecido, pero no es prudente vocear, y van tan de prisa!.. ¡que lástima!... Las tropas se sienten mas lejos; siguen su itinerario. V. no les hace falta ninguna, y nosotros, Dios mediante, somos libres. El nos favorecerá, sino pereceremos en esta noche tan cruel—¡Ay!... Pobre señora y pobre señorita... si ellas supieran!...

Mire V. señor; volveremos al caserío por donde pasamos esta tarde; se halla cerca y... ¡vamos, perdon! no se enfade V. conmigo.

—Te perdono, Bautista, te perdono por tu buena voluntad; pero...

—Bien, bien: ya me reñirá V... Ahora, lo que necesitamos es un refugio mejor, porque la noche es terrible.

—¡Dios, sobre todo, Bautista! Ten fé.

—La tengo señor, y de veras confio; pero está uno tan á la ligera con estas desgarradas ropillas... ¡Vamos pronto señor, vamos pronto!

—¿Y adónde?

—A la venta que esta tarde vimos. ¡Que noche, Dios mio, que noche, y que soledad tan pavorosa!

—¿No digiste que era preciso?

—Si señor, porque todo es preferible á como estábamos... ¡Ah!... ¡silencio!... gente viene... ¡Ghist!... ¿No oye V.?...

—Si—contestó en voz baja el joven sacerdote—y aplicando el oído hubo de exclamar.—Vienen en distinta direccion, de la que las tropas siguen.

—Luego no son nuestros carceleros ¡Dios mio, si fueran franceses!... Acaso nos matarian.

—Confíemos en Dios, Bautista. Ya te lo he dicho.—¡Escucha!... No son franceses..., Hablan de Segovia, como si allí se dirigieran, en claro y correcto español: me parecen militares.

—¡Bendito sea Dios!—repetia Bautista con júbilo sin igual— ¡Bendito sea Dios; Ahora si que nos hemos salvado... Déjeme V. á mi... diré que nos escondimos huyendo de los franceses.

—No Bautista, la verdad y solo la verdad. Sinó somos culpables ¿por qué mentir como si lo fuéramos?

—Pero señor... ¿y si al decirlos la verdad no nos creen, y nos suponen tambien *afrancesados*; y nos maltratan, y nos apresan, como los otros?

—Pero...

—¡Ea!... ¡Ya están aquí! ¡silencio!

Todo salió como habia previsto Bautista. Los que llegaban en tropel eran algunos lanceros, que desorientados por el temporal, buscaban donde refugiarse en tan terrible noche.

Bautista, los habló de la venta y de los supuestos franceses, y los lanceros optaron por seguir la direccion que les proponia.

D. Luis, escuchaba silencioso con gran pena por los embustes, que la necesidad sugeria á Bautista.

Se les hizo subir á cada uno, á la grupa de otros dos ginetes, y una hora despues entraban en la venta.

Cuando su fuga fué apercebida, era tarde. La noche no estaba para investigaciones, y despues de jurar y mal-lecir, se dió todo al olvido.

XIV.

EL HOSPITAL.

Al día siguiente, los lanceros continuaron su marcha por caminos transversales en dirección á Segovia, llevando á D. Luis y Bautista: este, á las preguntas de sus salvadores, contestaba como mas conveniente juzgaba.

—¡Bautista!—le habia dicho D. Luis, en un momento que pudo hablarle solo—estoy avergonzado de tus enredos, y me acusaré de mi debilidad en consentírtelos.

¡Que señor este!....--murmuraba Bautista—Así fué desde niño.... un angel, pero un angel que no sirve para estas cosas.

Los lanceros, advertidos de la clase á que pertenecía D. Luis, le trataron con todo género de consideraciones; y el alférez que los mandaba, hizo se le proporcionase una buena y dócil caballería. Sele dió un capote de abrigo, y D. Luis que no hacia mal ginete, cabalgaba bien, llevando á Bautista á la grupa.

Comieron en el camino; se hizo noche en otra venta, sin ningun incidente, y volvieron á continuar de madrugada hacia Segovia, con el fin de recoger algunos reclutas.

Los franceses habian entrado victoriosos en esta ciudad, pero despues la abandonaron dejándola libre.

D. Luis, en este último dia de viaje, sintió un fuerte dolor de cabeza y grandísimo malestar, hasta el punto de sufrir terriblemente cabalgando. Habia dicho á Bautista la noche antes, que en Segovia pensaba pedir hospitalidad para los dos en cualquier convento de religiosos, mientras se procuraban alguna manera de seguir hasta R... ó Dios disponia otra cosa; pero al sentirse calenturiento y molestado por dolores, juzgó mas oportuno dirigirse á un hospital, en cuanto llegaran á Segovia. Al efecto le fué preciso advertir á Bautista.

—¿Qué habia de suceder?—murmuraba para sí el fiel servidor—Los malos tratamientos..... el frio... la humedad... ¡Ay Señor, apiadaos de nosotros!

—Despues añadía en voz alta—Yo no quiero separarme de V... Donde mi señor vaya, allí iré yo.

—Tranquilízate Bautista, tranquilízate—contestaba D. Luis conmovido—suplicaremos esa gracia, y confio obtenerla; pero ten fé Bautista, ten fé... ¡Tu, tan valiente en otras ocasiones, y ahora te falta poco para llorar!

—¿Y qué quiere V. señor? Yo soy así...
¡Y que todo esto nos suceda por un tunante, por un...!

—Bautista; Dios juzgará á cada uno segun sus obras.

—Sí, sí... V. siempre lo mismo, pero...

—Bautista; ya sabes que eso no me gusta.

—Bien, ya callo por complacerle, y quiera Dios que pronto esté V. bueno.

.....
El oficial, que se había apercibido de que Don Luis sufría, redoblaba sus atenciones, acompañándole hasta el hospital que los indicaron á su entrada en Segovia.

Una vez allí, se vencieron algunos obstáculos; se arregló todo bien, porque donde la caridad mora nada falta; y D. Luis, profundamente agradecido, se despedía del alfez y los soldados, haciendo lo propio Bautista, para quedarse en el Hospital de la Misericordia.

Entonces D. Luis fué conducido á una habitacion independiente, donde habia todo lo necesario.

Poco despues, el digno sacerdote, descansaba en un cómodo lecho, y Bautista á su cabecera permanecía triste y pensativo, cuando el capellan del hospital, llegó á visitar al enfermo.

Despues de los saludos propios, y atenciones de compañerismo, aseguró á D. Luis que nada le faltaría.

Al efecto hizo poner otra cama para Bautista, en un cuarto próximo al de D. Luis, y cumplió con exactitud, cuanto ofreciera.

Bautista recuperó la confianza. El médico del establecimiento habia dicho, que D. Luis solamente padecia un gran catarro y esperaba corregirle pronto.

El joven sacerdote, tranquilo siempre, á pesar de la terrible incertidumbre por su familia, confiaba en Dios. Una voz secreta parecia repetirle estas palabras de la Sta. Doctora, en recompensa de su fé «Quien á Dios tiene, nada le falta. Con la paciencia todo se alcanza... Solo Dios basta.»

Despues, alentado con los nobles ejemplos que el hospital ofreciera á sus ojos, solia decirse á sí mismo— ¡Oh!... ¡Bendita fé, la fé que nos consuela, y bendita la caridad que erige á la desgracia asilos de proteccion bienhechora!

Nosotros añadiremos. (1)

—¡Bendito tambien San Vicente de Paul, de cuya mente lúcida brotaron prodigios de abnegacion, como la hermana de la caridad (2.)

Esa noble mujer que vemos sonriente, llevando á todas partes alivio á los dolores y consuelo al desválido, ¿qué pide?.. ¿qué espera?... Si de pie tranquila junto al lecho del que sufre, enjuga cariñosa el frio sudor de la muerte; si incansable cura llagas hediondas; si noche y dia sirve al desgraciado, y ruega por el mundo. . ¿qué interés la anima?

¡Oh!... ¡El cielo, y solo el cielo!

¡Bendita fé la fé de Jesucristo, que inspira esa

(1) Las hijas de San Vicente de Paul, no se encargaron del Hospital de la Misericordia hasta el año 1819; diez mas tarde de la época á que nos referimos.

(2) Hija de la caridad.

caridad santa, esos ejemplos sublimes, que solo la religion católica posee! (1)

Los protestantes, los enemigos de la única verdadera Iglesia, han querido imitarla ¡que locura!... Sus misioneros y sus hermanas de la caridad, han fracasado siempre.

Es preciso sentir en el corazon la verdad, para que los lábios la proclamen con fé viva. Los ojos que se inclinan á la tierra ansiosos de interés y de placeres, no podrán nunca dirigirse al cielo con la mirada heroica del martir, con la resignacion del sacrificio...

La caridad es paciente, humilde, bienhechora, y solo ansia hacer bien. Nada pide ni espera en este mundo... Su galardón, es de otra vida.

.....

.....

Por este tiempo, Felipe, desde Villacastin, debia ser conducido á Segovia.

D. Luis, á los pocos dias de su llegada recobró la salud, pero aquejado despues por calenturas intermitentes, le fué preciso combatir las.

Nuestros lectores juzgarán cual seria la sorpresa de los dos amigos, al encontrarse tan providencial é inesperadamente en tan criticas circunstancias.

(1) Posteriormente, se han fundado varias asociaciones religiosas, aprobadas tambien por S. S., con la piadosa mision de asistencia de enfermos á domicilio, y amparo de la ancianidad desválida. Unas y otras merecen la admiracion de todos, y la profunda gratitud de cuantos reciben sus beneficios. ¡Dios premiará sus virtudes!

XV.

PACIENCIA AGRISOLADA; VALOR RECONOCIDO.

Eran las tres de la tarde, de un hermoso día de invierno.

Algunos militares bajaban de un entoldado carro del país á la puerta del hospital de la misericordia, y entre ellos Felipe de Benavente, á quien la fiebre y los dolores de su herida, obligaron á aceptar el apoyo de los compañeros, para descender del vehículo.

D. Luis y Bautista, que paseaban al sol en el patio de entrada, le reconocieron; y júzguese cual sería su sorpresa, sobre todo de D. Luis, que sin dar crédito á sus ojos quedó inmóvil y atónito, hasta que viéndole Felipe y reconociéndose al punto, un grito de alegría les confundió en un abrazo.

D. Luis lloraba de emoción, y el valiente militar, aunque sufría mucho de su herida, se consideraba feliz con tan buen encuentro.

El capellan, enterado por Bautista, llegó poco después, consiguiendo que Felipe ocupase otro cuarto próximo al de su amigo, para que Bautista pudiera servir á los dos.

Felipe, á pesar de la fiebre y los dolores, no per-

mitió que D. Luis se retirase de su cuarto, hasta referirse mutuamente sus aventuras.

D. Luis admiraba su valor y bendecía su arrepentimiento, mientras Felipe indignadísimo contra el infame y falso delator de su amigo, hacia que Bautista al escucharle, se sintiese orgulloso de aquellas charreteras tan bravamente ganadas.

D. Luis, pasó todo el día siguiente á la cabecera de Felipe, porque su herida habia empeorado en el viaje.

Trascurrieron algunos días mas del mismo modo, con gran alivio para D. Luis y agravándose la herida de Felipe, hasta el punto de que los facultativos creyeran necesaria la amputacion del brazo.

¡Pobre joven!... Al escuchar el parecer de los médicos, exhaló un triste suspiro, y despues tranquilamente resignado, dijo—¡Dios lo quiere...! Mi justificacion será completa!

D. Luis, que se hallaba presente, habia vuelto el rostro para ocultar sus lágrimas; y Bautista cuando lo supo, se mesó los cabellos, y no quiso comer.

Llegó la hora suprema... ¡Ah!... ¡Que momentos tan terribles hay en la vida!

Una operacion quirúrgica, tiene gran semejanza en lo material, con las penas del purgatorio.

¡Pobres víctimas, que la soportan retorciéndose de dolor al frio contacto del bisturí, cuyo finísimo corte divide sin piedad, y penetra hasta los huesos del paciente, derramando con profusion su sangre!

Hay torturas superiores y difíciles de comprender!

El valor de los mártires, con la ayuda de la gracia y la promesa de un bien indefinible; el heroísmo del soldado en el fragor de la batalla, donde la suerte puede salvarle... se explican: la resignación del enfermo, que sin ayuda del narcótico, y en tan tristes condiciones, sufre la estoica frialdad del cirujano; plausible sí, y benéfica; pero aterradora, es un esfuerzo superior á la pequeñez del hombre.

«Paciencia acrisolada, valor reconocido» He aquí la divisa de semejantes torturas.

¡Pobre humanidad doliente!

Hechemos un velo sobre tan doloroso espectáculo, durante el cual Felipe no desmintió su valor.

D. Luis, que sostenía, la cabeza del héroe, procuraba aparecer tranquilo, pero su palidez no tenía igual, y sus ojos excesivamente abiertos por el espanto, acusaban la angustia de su alma.

Bautista pellizcándose sin compasión, pretendía sentir menos.

El capellan de la casa, tuvo algunos momentos difíciles.

Cuando el brazo de vigorosos músculos, quedó completamente separado de su tronco, el infeliz Felipe hubo de murmurar con amargura—¡Lo merezco.!

—Después volviéndose á D. Luis, cuya cabeza se trastornaba añadió—¡Que Dios me perdone en gracia á lo que he sufrido, sin cesar de bendecir su justicia!

Lágrimas silenciosas, corrieron entonces por las mejillas de casi todos los presentes, y D. Luis opri-
miendo con cariño la única mano que al pobre Fe-

lipo quedaba, balbuceó lloroso—Sí, Felipe, sí...
¡Dios te bendiga, y te premie!

Poco después, el bravo capitán con el apósito conveniente, dormía tranquilo merced á un suave calmante.

Pasó un mes, en cuyo tiempo el pobre inválido se restableció, y el médico le dispuso salir y pasear.

D. Luis estaba ya completamente bueno; y nuestros amigos solos unas veces, otras acompañados, hubieron de visitar sucesivamente las preciosidades artísticas que en tierra Segovia.

Su maravilloso acueducto de arquitectura romana, cuyos arcos se elevan atrevidamente por un prodigio del genio; su histórico, y algun día inexpugnable alcázar, (1) joya artística de valor entonces infinito; su elegante catedral, bajo cuyas magníficas bóvedas, se concibe mas fácilmente la grandeza de Dios; y por último, cuando los dos amigos se sintieron con fuerzas para pasear á distancia, el santuario de la Fuencisla, con objeto de rendir á la

(1) Destruído este grandioso Alcazar por un voraz incendio, en el año de 1862, se halla hoy en reedificación. Sus importantes obras, dirigidas dignamente por el arquitecto D. Antonio Bermejo, permiten esperar á los segovianos justas compensaciones en tan triste pérdida. A la protección dispensada por el Sr. Don José Luis Albareda (á la sazón ministro de Fomento) á los gestiones eficaces del Sr. conde de Sepúlveda, de Don Toribio Ruiz de la Escalera, gobernador civil de la provincia, del Sr. D. Francisco Espinosa, gobernador militar y de D. Ezequiel Gonzalez, como presidente de la muy benemérita Sociedad Económica de Amigos del País, se debe la restauración de este glorioso monumento artístico.

virgen milagrosa, el homenaje de su gratitud, testimonio de su fé.

Aquel sitio, de piedad y de esperanza, para los segovianos, con sus peñascales inaccesibles, trono de la Señora que los poetiza, encantó sobremanera á los dos amigos.

D. Luis, fué devoto entusiasta de la Virgen de la Fuencisla, desde el instante en que la viera, y Felipe hubo de recibir por premio de su confianza en la Señora, la mas dulce resignacion.

El bravo capitan saldaba sus cuentas.

Arrogante militar y caballero cristiano, se habia engrandecido por su fé, por su valor... por su arrepentimiento.

XVI.

UNA NUEVA ESPERANZA.

Trascurridos algunos dias, Felipe fue dado de alta, y D. Luis á la vez.

Ambos, por una atencion delicada del médico, con anuencia de los superiores del santo hospital de la misericordia, habian permanecido en él, hasta que su partida fuese posible.

Felipe fué á presentarse á la competente autoridad militar, y esperó sus órdenes.

Por aquellos dias, los franceses se replegaron; unos á las plazas que se rindieron, y otros á las provincias Andaluzas. Los correos transitaban aunque dificilmente, y al punto D. Luis y Felipe, probaron otra vez fortuna, disponiéndose á marchar con Bautista.

Trascribiremos íntegra una de sus cartas.

Segovia...

Queridísimas madre y hermana. Por si la casualidad hiciera que recibiesen estas líneas, escribo una vez mas, en mi ferviente deseo de que cese esta terrible inquietud. Dios me ayuda, y en él confio; sino, la idea de la peligrosa soledad y tristes circunstancias á que mi prision las redujo, me devoraria.

Sufro, si y sufro mucho, pero la fé me dice «*Na la temas*» y confiado en Dios, espero.

Estoy en Segovia, libre y bueno. Cuando nos veamos, daré detalles larguísimos de referir. ¿No es esto ya una señal visible de la proteccion divina?

Felipe... ¡Oh, cuan inescrutables son los desig-
nios de la Providencia!... ¡Felipe está aquí!... si, aquí
madre mia, en Segovia; y tan regenerado, que me-
rece no solo estimacion, sino respeto... ¡Po-
bre amigo mio!... su honradez y su ansia de
justificarse, le valieron las charreteras de capitán:
¡bien las ganó! En la terrible lucha se ha batido con
heroísmo. Tan rapidísima carrera, es el premio de
su valor.

Hoy Felipe, no es el joven que conociamos; es
un valiente militar, ¡pero ay!... la manga izquierda
de su levita carece de brazo.

Con esta fecha escribe á su querida madre.

¡Pobre D.^a Teresa! ¡pobre Amalia! Su silencio
tiene á Felipe disgustadísimo. Esta duela es terrible.

Bautista bueno; le debo mucho. Ha pagado con
usura los favores que mereciera de mi inolvidable
tío, cuya dulce memoria no se aparta de mi mente.

Mucho deseo que reciban esta á fin de prepararlas
por que tras ella irá yo, y Dios conmigo.

Muchas veces quise partir, pero fué impo-
sible: las tropas enemigas ocupaban el territorio
que habia de atravesar en mi viaje, y acaso no hu-
biera llegado, sin caer de nuevo prisionero.

Adios, madre mia; adios mi querida hermana.
¡Quiera el cielo que pronto nos veamos!

Saben las quiere extremadamente. Luis.

Ofrece á Vdes. sus respetos, aunque verdaderamente avergonzado por los inmerecidos elogios de Luis, su agradecidísimo amigo q. b. s. p. Felipe.

El jóven capitan escribió á su familia una carta semejante á la de D. Luis, explicando prudentemente la desgraciã, motivo de su rápido ascenso.

XVII.

EL REGRESO.

Pocos dias despues, Felipe obtuvo licencia para dirigirse á Zamora á esperar órdenes, al mismo tiempo que D. Luis recibia una carta, cuya letra le hizo palidecer de emocion. Palpitante de gozo hubo de abrirla y leer lo siguiente:

X...

«Luis, hijo querido: Los ruegos de una madre y una hermana, fueron escuchados por Dios. ¡Bendito sea una y mil veces su Santo Nombre!

No se muere de pesar ni de alegría. Si así fuera...¿cómo vivir yo? Deseo con ansia indefinible verte á mi lado, mas la idea de un viaje peligroso me asusta. Espera...no... ven... pero por Dios hijo mio; mucha prudencia.

Si terminase pronto esta lucha horrorosa, valdría mas esperar... por fin, no sé que decirte...En Dios confio.

Carmen...¡pobre niña! llora de gozo. Desea y teme, como yo, tu viaje. Dios nos protegerá.

Tu carta, nos fué remitida desde R...á donde la dirigiste..

Aqui, D.^a Antonia refería su instalacion en casa de

los marqueses de Valmira, y las bondades de que eran deudoras á estos y al Sr. Obispo, reflejando en pocas líneas, la mas viva gratitud.

Despues, dedicaba á Felipe sentidas frases de cariño, con un cordial saludo, y la expresion de su reconocimiento, al capellan del santo hospital, y al buen Bautista.

Por último, indicaba el nombre de un acaudalado comerciante de Segovia, á quien con igual fecha se avisaba desde X..., á fin de que entregase á Don Luis de Carbajal, lo que pidiera.

D.^a Antonia poseia, como sabemos, la suma restituida por Felipe, poco tiempo antes de la prision de D. Luis, y algunos residuos heredados del inolvidable general.

Carmen, escribía seguidamente pocos renglones, pero rebosando cariño y satisfaccion.

Al terminar la lectura, que algunas veces Don Luis hubo de suspender porque la emocion le emlargaba, el llanto oscurecia sus ojos.

¡Dios sea bendito!—exclamó en un trasporte de inmensa gratitud, mas luego reparando la tristeza de Felipe, repuso timidamente—Confia en Dios amigo mio, y perdóname esta egoista alegría...

No habrán podido escribirte por la falta de comunicaciones... Perdóname, y espera.

¡Dios te oiga!—murmuró Felipe, pudiendo apenas ocultar su angustia.

D. Luis, había olvidado ya su gozo para pensar en el dolor de su amigo, y gracias á sus esfuerzos

por animarle, el jóven capitán recobraba de nuevo la esperanza.

Aquel mismo día, D. Luis realizó, según su buena madre le escribiera, una cantidad suficiente á los más imprescindibles gastos.

Tanto él, como Felipe, se condujeron generosamente en el hospital, porque los dos amigos consideraban sus haberes bienes comunes; y después de equiparse ambos, y equipar á Bautista de algunas ropas, partieron á la mañana siguiente de la memorable ciudad.

D. Luis, lleno de fé y de esperanza; Felipe resignado; Bautista con indecible alegría.

Su buen amigo el capellán del hospital, los acompañó hasta salir de Segovia, prometiendo unos y otros escribirse en su afectuosa despedida.

Las partidas de guerrilleros brotaban entonces por todas partes, y aprovechando el paso de una de estas, D. Luis, Felipe, y Bautista, se pusieron en marcha.

Prescindamos de los incidentes del viaje, hasta el punto en que Felipe se habia de separar con direccion á Zamora, y D. Luis, con Bautista, dirigirse á X...

Algunas leguas antes de Villeguillo, la partida los dejó por seguir diferente itinerario, y entonces nuestros viajeros caminaron solos.

Felipe, con su pasaporte de capitán, tenia derecho al correspondiente bagaje, y además se alquilaban, en los pueblos del tránsito, caballerías para Don Luis y Bautista, llegando, de este modo á Olmedo.

Allí, Felipe tuvo ocasion de incorporarse á un convoy.

Abrazó fuertementé á D. Luis, despues á Bautista, y con lágrimas de la mas cariñosa amistad, se separaron.

Inútil es decir, que mil veces se habian prometido escribirse todo lo que les sucediera, ¡pero ay!... ¡que penosa angustia la del capitán cuando se vió solo sin sus amigos, y en la incertidumbre que el silencio de su familia le causaba!

Todo cuanto me suceda, lo merezco—se decia— Pagué su amor con ingratitud, y hoy que arrepentido vivamente lo deploro, acaso me aguarda terrible decepcion. ¡Cúmplase la voluntad divina!... Dios es justo.

Por fin, una mañana, despues de muchas inquietudes y peripecias, Felipe llegó á Zamora con el corazón palpitante, y oprimido por tristes presentimientos.

Guiado por las indicaciones de los transeuntes, á quienes preguntaba la direccion de la calle á donde iba, se apeó á la puerta de su tío el canónigo Don Juan Enriquez, cerrada como los balcones cual si nadie habitase.

Su corazón lleno de angustia latia con violencia.

Enseguida llamó con lentitud, despues precipitadamente; luego con frenesí... y por último, devorado de angustia horrible, hubo de inclinar la cabeza sobre el pecho, y ocultar las lágrimas, que hilo á hilo caian de sus ojos.

El bagajero, que tras él á caballo con el equi-

paje le observaba, se sentia conmovido ante un dolor tan elocuente, y su corazon hubo de presentir tambien algo funesto.

—¡Pobre Felipe!... ¿Qué fué de su bondadosa madre y de su hermana?; ¿qué de su excelente tio?... Tanto tiempo anhelando abrazarse... ¡Ay!... ¿Qué significaba el abandono de aquella casa?

La duda era un suplicio, y vacilante, tembloroso, llamó otra vez con mas fuerza.

Al punto, una señora de bastante edad y noble aspecto, salió á uno de los balcones de la casa inmediata, exclamando—¿Quién es?

—Señora;—dijo Felipe descubriéndose—¿tendria V. la bondad de decirme, si el canónigo D. Juan Enriquez vive aquí?

—Ha vivido...

—¿Y ahora...?—replicó trémulamente Felipe.

—Ha muerto.

¡Que funesta revelacion!

Felipe, cuyo rostro habia palidecido, preguntó nuevamente con ansiedad imposible de definir—¿Y su hermana... y su sobrina?...

La señora tuvo una idea lúcida. ¿Seria aquel militar, el hijo ausente por quien tanto lloraba Doña Teresa?... Al decirle que D. Juan habia muerto, se habia tornado lívido... sin duda era él—¿Es V. de la familia?—le preguntó.

—Felipe iba á contestar afirmativamente, pero se detuvo temblando sin saber que decir. Su vacilacion y su palidez fueron mas elocuentes.

—¡Caballero!—replicó entonces la dama, escu-

ehando insinuaciones que se la hacian por otra persona, desde el interior de la casa—Si no le sirve de molestia, suba V.

Felipe, ansioso de saber á qué atenerse, no se hizo esperar.

Suplicó al bagajero que esperase, y desapareció por la escalera.

XVIII.

EL PREMIO DE LA VIRTUD.

Quando D. Luis se separó de Felipe, quedóse largo rato absorto y pensativo, sin apartar la vista de la direccion que llevaba el joven capitan con su bagajero.

Despues, enjugando una lágrima, murmuró— ¡Pobre Felipe!... Sufre por su familia y porque se aleja de nosotros... es preciso... ¡Oh... cuantos dolores nos ofrece el mundo!... ¡Dichoso aquel que fija solamente su esperanza, en ese *mas allá* divino de eternos goces celestiales... ¡Dichoso, muy dichoso!

—Dichoso V.—exclamó Bautista—porque si V. no vá á la gloria ¿qué será de mí?

—Ama á tu prójimo como á tí mismo; cumple todos los santos mandamientos, y nada temas, Bautista.

—Procuro y procuraré cumplirlos, pero ya ve V... pensar lo que Justo nos ha echo sufrir... ¡calumniador infame!... Si le viera con el agua hasta el cuello...

—¿Qué harías?

—Pagarle como merece.

—¡Bautista, Bautista!—gritó indignado D. Luis—

No quiero oírte... Jesucristo perdonó á sus verdugos ¿y nosotros, miserables criaturas, hemos de olvidar ejemplo tan noble?... La venganza es hija del demonio. ¡Cuidado Bautista, cuidado! Que no vuelva yo á oírte hablar así.

¡Ea!... perdóneme V. Señor, que soy un ignorante, y á veces suelto la lengua...

—Pues no lo olvides.

—No lo olvidaré, y prometo cumplirlo.

Este diálogo, tenia lugar en una posada de Olmedo, donde se hospedaron D. Luis y Bautista, hasta que la oportuna ocasion de partir se presentase.

No se hizo esperar. Al dia siguiente, una columna de tropa, procedente de Avila, se detuvo en Olmedo, y nuestros amigos se incorporaron á ella.

¿Para qué referir las peripecias del viaje, la llegada á X... y la conmovedora escena que se produjo? Seria corroborar lo que nuestros lectores sin esfuerzo adivinan. Baste decir, que los marqueses y Bautista, se sintieron vivamente conmovidos ante tan entrañable espectáculo.

D. Luis no sabia como alabar á Dios, y exponer con vivos colores su gratitud, á los marqueses de Valmira.

D.^a Antonia y Carmen lloraban de emocion: su gozo era completo; sin límites.

Ya mas tranquilo, D. Luis se aseó y vistió el hábito talar, que previsoramente D.^a Antonia hizo traer de R... con sus equipajes, pasando con el mar-

qués, á ponerse á las órdenes del Sr. Obispo: le esperaba, porque D.^a Antonia creyó oportuno darle cuenta de todo.

El ilustre anciano, á quien iba á visitar, era su jefe, su padre, su bienhechor... En la desgracia, le habia favorecido generosamente, y ante la calumnia, hizo justicia á su inocencia.

Conmovido por estas reflexiones, y por el recibimiento paternal que el Prelado le dispensara, hubo de caer de rodillas, exclamando con acento inseguro por la emocion.

—Debo tanto á V. S. I. que no sé como expresar la gratitud de mi alma.

—A Dios, y no á mi, D. Luis, que solo hice lo que la justicia y la caridad ordenan.

—A Dios—replicó el joven sacerdote—y luego á V. S. I.

—Bien D. Luis, sea; pero—añadió con sonrisa bondadosa—levántese del suelo el señor canónigo de X...

El marqués y D. Luis, se miraron absortos.

—Sí, D. Luis—insistió el Prelado—es una sorpresa que reservaba al Sr. ecónomo de R... á su familia, y á los buenos amigos. Há tiempo que existe la vacante, y procuré que V. la ocupara.

—Pero Ilmo. Sr.—objetó desconcertado el virtuoso sacerdote—Yo...

¡Ni una palabra, D. Luis!... La humildad enaltece los méritos que á V. adornan.

—Sobre todo .. ¡obediencia!—se apresuró á decir el marqués radiante de júbilo.

—Bien, bien...—exclamó D. Luis emocionado y confuso—ahora, como siempre, estoy á las órdenes de V. S. I.

Y despues de vivas protestas de gratitud, besó el anillo del Sr. Obispo, retirándose con el marqués, que murmuraba para sí—¡Que bella es la virtud, y que digna de galardón!

D.^a Antonia y Carmen, enteradas poco despues de le referido, se expresaron de la misma manera.

D. Luis de Carbajal, relativamente era dichoso, ¿pero y Felipe?... ¿qué sucedió despues de su llegada?

He aquí lo que escribia á D. Luis desde Zamora.

«Mi siempre querido é inolvidable Luis: hasta hoy hube de esperar á escribirte porque las comunicaciones á esa no estaban libres. Harto lo he sentido ansioso de tus fervorosas cartas. Mis presentimientos no eran infundados.

¡Cuántas amarguras hay en el mundo!...»

Aquí, Felipe referia cómo llegó á Zamora, y despues continuaba.

«La casa á donde fui invitado á pasar, pertenece á los Sres. de C..., tan ilustres como respetables, y amigo íntimo de mi familia.

La señora, sospechando quien era, me invitó á subir, por indicacion de su esposo.

Poco despues, sabia que mi madre y mi hermana, impresionadísimas con los disgustos y temores de la guerra, prévio el competente permiso, se refu-

giaron en el convento de las Dueñas (1) cuya abadesa es amiga de mi madre desde la infancia.

¡Pero ay!... Mi bondadoso tío... ¡bien mi corazón presentía algo terrible!... ha muerto hace dos meses, de una afección pulmonar.

¡Pobre tío mío, tan excelente y cariñoso!... No le olvidaré nunca.

Inmediatamente, gratifiqué y despedí al bagajero, porque los Sres. de C... se obstinaron en que no saliese de su casa, y al punto me encaminé al convento, con tan excelentes señores.

¿Cómo describirte la conmovedora entrevista de mi madre y de mi hermana, que á través de las rejas del locutorio, me estrechaban la mano fuertemente, llorando de gozo y de emoción?

Los correos no transitan y mi carta no pudo anunciarme.

Los Sres. de C... se adelantaron para prevenir las de todo, pero aun así, al enterarse de la falta de mi brazo, puedes adivinar su pena, sin disminuir su gratitud á Dios.

Se cumplieron las formalidades conducentes á su salida del convento, y hoy, los tres habitamos la casa de mi difunto tío, que por herencia pertenece á mi madre, como toda su fortuna.

Tan pronto la guerra lo permita, pensamos volver á nuestra casa de esa ciudad. ¡Oh, me parece un sueño! ¡En mi casa; al lado de mi generosa madre y excelente hermana!...

(1) Fundación de la noble viuda de D. Rodrigo de Zamora. Su orden es de Santo Domingo.

¡Que cierto es!... Ofendí á Dios... ¡Cuanto he sufrido!

Lloré mis faltas... Dios me perdonay me premia.

Si, Luis; lo creo, y esto me hace dichoso.

Mi madre y Amalia, os escriben tambien llenas de júbilo, admirando tu virtud. Están agradecidísimas de tí.

Amalia... voy á decírtelo aunque no la guste—creo que no me equivoco: su piedad, su desprecio del mundo, su pasion por el claustro, desde que en él residiera, me hace sospechar que abriga inquebrantables propósitos... ¡Dios sobre todo!

Los Sres. de C... que ya os estiman por nuestras referencias, me encargan os salude ofreciéndooos su leal amistad.

Este excelente matrimonio, sufre resignadamente la pérdida de un hijo único.

Ya debes saber, que los Guardias de Corps, (1) pertenecientes á la nobleza, y oficiales desde el momento que visten el costoso y brillante uniforme, se han batido bizarramente en la funesta batalla de Rioseco, donde sucumbió el hijo de los Sres. de C...

¡Gloria eterna á los valientes!...

¡Descansen en paz!

Termino ya repitiendo mi respetuoso cariño á tu excelente madre y bondadosa hermana: mi buen afecto al insigne Bautista; y á tí, inmensa gratitud, por deberte la tranquilidad de mi alma y la clemencia de Dios.

Siempre tu muy afectísimo.—Felipe.

(1) Recuerdo de amor filial, que el autor de estelibro, dedica á su difunto é inolvidable padre D. Anselmo Becerril de Blas, Guardia de Corps que fué de S. M. el Rey D. Fernando VII.

P. D. Mañana escribiré á nuestro buen amigo, el capellan del hospital de Segovia, á quien tantas atenciones debemos.

.....
D. Luís, D.^a Antonia, y Carmen, derramaron varias veces lágrimas durante la lectura.

D.^a Teresa y su hija, manifestaban en pocos renglones, el mas profundo agradecimiento á Dios, y despues al virtuoso sacerdote.

.....
D. Luis, D.^a Antonia, y Carmen, contestaron á sus buenos amigos inmediatamente.

Los referian, primero, sus impresiones por las pasadas penas; despues, gozo sin limites por la presente dicha, y últimamente, todo lo acaecido á la vuelta de D. Luis, concluyendo por ofrecer á su disposicion la canongía, y la casa perteneciente á dicho honroso cargo,

Felipe, D.^a Teresa y Amalia, dichosos tambien por las satisfacciones de sus amigos, al punto escribieron nuevamente felicitándolos, y la correspondencia se reanudó, tan cariñosa como siempre.

XIX.

EL CASTIGO DEL MAL.

D. Luis, con motivo de su nueva instalacion, quiso ir á R... para levantar la antigua casa, y des- pedirse de su feligresia, pero el Prelado, con gran contento de D.^a Antonia y de todos, hubo de prohi- bírselo, porque temia nuevos disgustos.

Entonces, el marqués de Valmira comisionó á su administrador, para que en carros del pais, tras- ladase á X... los muebles y efectos del nuevo ca- nónico.

D. Luis, le entregó una suma para el sacristan, encargado de su casa en la ausencia, y otra para los pobres, repitiéndole manifestase á todos su mucha estimacion.

Mas ¡ay!... ¡que trágico suceso!

Justo Dominguez habia perecido víctima de hor- rible asesinato. El mayordomo del marqués lo refi- rió á su vuelta.

Una noche, asaltada la casa por algunos mero- deadores, á quienes no se pudo descubrir, le roba- ron y asesinaron impunemente, á favor del aisla- miento en que vivia.

— ¡Dios es justo! — exclamó al oirlo Bautista, en

un arranque cruel del que pronto se avergonzó, observando que D. Luis murmuraba con profunda pena.

—¡Pobre... pobre Justo!... Quizás sin tiempo para arrepentirse... ¡Dios mio, Dios mio!, ¡Que facil es morir cuando menos se piensa!

Y el buen sacerdote, con D.^a Antonia y Carmen, hubo de rogar por el alma, de quien tanto los habia ofendido.

Bautista entonces, salió de la estancia avergonzado, y diciéndose con amargura—¡Soy un bruto!.. Al lado de unos señores tan buenos, hay que ser bueno tambien... ¡Jesús, Jesús!... verdaderamente es horroroso... ¡Y yo sin meditar lo que decia, iba á aplaudir un crimen!... No, no, Bautista... eso no es caridad... Tiene razon D. Luis... ¡Dios le perdone!

Y sus lábios se movieron como si murmurasen una oracion...

Poco tiempo despues, D. Luis escribia al capellán del hospital de Segovia (aunque ya lo verificase tan pronto como se instaló en X...) ofreciéndole su prebenda. La contestacion afectuosísima, llegaba á manos de D. Luis á la vez que otra de Felipe, participándole haber recibido la licencia absoluta, con el correspondiente retiro de inútil en campaña.

XX.

EL CLAUSTRO.

Han pasado tres años.

Los franceses se retiran en direccion á los Pirineos.

D.^a Teresa y Felipe, ocupan nuevamente en la ciudad de X... la antigua casa solariega. Su amistad es siempre firme y cariñosa con la familia de Lara, y muy cordial tambien, por este motivo, con los marqueses de Valmira.

¿Pero y Amalia? ¿Cómo no la encontramos con D.^a Teresa y Felipe?

Durante su estancia en el claustro, Amalia de Benavente, admiró la virtud de las vírgenes del Señor, que sin cesar pedian clemencia para los pecadores; misericordia para el mundo.

Sintió en su corazon algo indecible. Aquellos cánticos solemnes, aquellas puras oraciones, debian merecer la paz del alma con un anticipado Paraiso.

Y al comparar los miserables goces de la tierra, que concluyen fugaces en una triste fosa; con la virtud del sacrificio que conduce al cielo, Amalia de Benavente exclamó para sí— ¡Mi esposo será Dios!... ¡Mi dicha, servirle y agradarle!...

¡Atrás el mundo con sus miserias y locuras, con sus placeres fementidos, con sus pérfidos dolores ocultos entre rosas!... ¡Oh!... ¡Atrás atrás... y paso al cielo!

Con tan admirable fervor y excelentes disposiciones, Amalia convertida en Sor María de Jesús, ha tomado el velo de religiosa en las Dominicas de X...

Es muy feliz, y lo sería aun mas, sino leyese en el rostro de Felipe, cuando la visita en el locutorio, una profunda tristeza, velada por el disimulo.

Tristeza, que su buena madre, con delicado instinto adivina, y que D. Luis observa inquieto, terminando por descubrir su causa.

El buen sacerdote, estudió la actitud de algunas personas muy queridas para él, y casi seguro del éxito, una tarde que paseaba con Felipe, y leía en su rostro la amargura de su corazon, asiéndole del brazo, le dijo—Padeces Felipe, y no eres sincero, ¿Por qué sufres?

—Por nada—repuso alarmado Felipe—Todos me creen triste, y no sé porqué.

—¿Quieres que yo te diga la causa de esa tristeza?

—Felipe deseaba evitar una explicacion, y dijo precipitadamente.

Hablemos de otra cosa. Repito que nada me preocupa.

—¿Pretendes engañarme? ¿No soy ya, tu mejor amigo... ó mas bien tu hermano?

Y D. Luis se detuvo intencionadamente para observar el efecto de esta última frase.

—El rostro de Felipe se había encendido como la grana, y D. Luis añadió mas seguro—Acaricias una idea, y esa idea te parece imposible.

Tu arrepentimiento leal y pundoroso te conduce en esto á la exageracion. El pasado no existe. La penitencia y el sacrificio le purifican.

Vales como el que mas, y te crees indigno de una esposa honrada. Piensas en la vejez; en el aislamiento de tu vida... ¡Ah!... ¡Dime aún que me equivoco!

Felipe, con la cabeza inclinada sobre el pecho y el semblante encendido de vergüenza, no contestó.

—Tus aprehensiones Felipe, son exageradas; permíteme que así me exprese.

—¡Oh Luis!... Déjame por piedad.

—No Felipe: exijo tu franqueza. Una vez he curado tus heridas ¿por qué no ahora tambien?

—¡Imposible!

—Acaso no tanto como crees.—He comprendido tus pesares... confíésalo.

Felipe, con la cabeza siempre baja y la voz apenas perceptible, dijo—Pues bien... sí, es verdad, pero no me preguntes... déjame...

—¡No seria buen amigo, Felipe! Tus suposiciones son injustas; y en prueba de ello te declaro, que si mi querida hermana...

—¡Oh Luis, por favor...!

¡Es preciso que me escuches! iba á decirte, que

si Carmen mereciese tu preferencia, sin vacilar, y con el mayor gusto, te veria su esposo.

—¡De veras Luis!... ¿Me crees digno...?

—Si Felipe; y te prometo consultarla, así como á mi buena madre... Espera y confía en Dios.

—¡Ay! El te oiga!... ¡Pero escucha!... Carmen es tan noble como tú, y en su deseo de complacerte.. quizás un sacrificio... Déjame Luis, déjame, y olvida el secreto de mi corazon.

—¿Estás loco Felipe? ¡Sacrificar yo á Carmen!.. Una imposicion lleva en si todas las garantias del infortunio... ¡Descuida!... El cariño que profeso á mi hermana, y el que tu mereces, exigen otra cosa de mí. ¡Espera! vuelvo á repetirte.

—Felipe, ébrio de emocion abrazó á su querido amigo, y así hubo de permanecer algunos instantes en silencio.

XVI.

EL MATRIMONIO.

D. Luis, seguro ya de Felipe, recordaba tambien las sencillas atenciones de Carmen para el regenerado capitán, y se propuso conocer la opinion de D.^a Antonia.

Esta, le contestó lentamente y con tristeza—Luis, hijo mio; comprendo que la mujer está llamada al claustro ó al matrimonio, pero mi amor maternal se creia tan seguro, que no pensó nunca en una separacion..

—Todo puede arreglarse madre mia...

—No, Luis; la esposa pertenece al esposo. Despues, todo lo que se me conceda será meramente una gracia, tan facil de perder, como lo exijan las necesidades de familia. No me haré ilusiones acerca de ese punto; mas si Carmen es gustosa... si tu lo crees conveniente... Conste, que mis reticencias no se dirigen á la eleccion, sino al matrimonio, que me roba á mi hija.

Y terminó la frase sollozando, mientras D. Luis pesaroso, se reprochaba interiormente.

Además—repuso D.^a Antonia—ya sé que no concces el egoismo, ni sería justo tampoco, que por

nuestro bienestar, sacrificásemos las aspiraciones de Carmen; pero si yo muriese... si entonces tu hermana estuviera lejos de aquí... ¡Que triste orfandad para el mejor de los hijos... para el mas amante de su familia!

—¡No hable V. de eso, madre!—se apresuró á decir, con tristeza, el jóven sacerdote—Si tal sucediese... cuando el Señor así lo disponga... yo entonces...

—¿Qué Luis?... ¿Qué has pensado?

—Nada madre mia, nada. El porvenir solo es de Dios. Pero volviendo al motivo de su llanto, pido á V. mil perdones por mi inadvertencia, y aunque me es muy sensible amargar el corazon de Felipe, le diré...

—¡No; espera! Cuando tu propones ese enlace, es porque estás convencido de que haría la felicidad de tu hermana. Acaso en ella viste mas que yo; tu nunca procedes de ligero,.. reflexionaré Luis, reflexionaré. ¿Quién sabe lo que aguarda á la pobre niña? La proteccion de un esposo... Felipe hoy...

—¡Es honrado, madre!—respondo de él; sino ¿cómo atreverme?... La dicha de uno hermana es muy preciosa.

—Pues bien, Luis; reflexionemos.

Hablaré á Carmencita, y entonces...

—Si, entonces..., Dios decidirá.

.....

.....

Dos dias despues, Felipe supo á qué atenerse, y su tristeza desapareció como por encanto. D.^a Tere-

sa lloraba de gozo al saber el nuevo acontecimiento que se preparaba, y Sor Maria de Jesus, hubo de exclamar fervorosamente— ¡Señor, tantas mercedes, á mí, que nada merezco!

Los marqueses de Valmira, agradablemente sorprendidos, se felicitaron de veras por tal enlace, y Bautista tambien, repitiendo muchas veces, que el bravo capitán era muy digno de su señorita.

No se engañaba.

Una reparación solemne, un arrepentimiento sincero, y una conducta irreprochable, habian borrado sus extravíos.

¡Pero ay!... Si Felipe siguiera impenitente ¿podríamos decir otro tanto?

El jugador desciende al crimen, consecuencia de tan odioso vicio, y aun la propia familia no puede transigir, con quien afrenta su nombre y su honor, siempre pronto á derrochar en el juego todos sus beneficios.

Por fortuna, Felipe tuvo una inspiración divina, como ya digimos en la primera parte de esta obra.

D. Luis, los desengaños, y el germen precioso que D.^a Teresa infiltrara en su corazón, hicieron lo demás. ¿Qué hubiera sido de él si la soberbia le cegase?... ¡Ay gran Dios!... ¡Cuántos dolores ocultos en el seno de las familias por tan terrible vicio... ¡Cuántas amarguras!...

¡Odioso juego; mil veces odioso!

.....

Tres meses despues, D.^a Antonia y D. Luis, viven solos con Bautista y Gertrudis.

Felipe, es ya el esposo de Carmen.

Su matrimonio, recibió la bendición nupcial del Sr. Obispo de X... en el oratorio de los marqueses de Valmira.

D.^a Teresa, ocupa con los recién casados, la antigua casa de los Benaventes.

La cuantiosa herencia de Felipe, con su retiro militar, sería muy bastante á sostener un tren suntuoso, si la modestia de Carmen lo permitiera.

—Haremos mucho bien—había dicho á Felipe— Eso será mejor, ¿no es cierto?

—Lo que tu desees.

—¡Si!... y Dios nos ayudará, Felipe.

D. Luis, goza en el cumplimiento de su deber; y en la ciudad, como en la aldea, es el bondadoso sacerdote dechado de virtudes.

El coro; esa union de alabanzas al Altísimo, que sus ministros le tributan en desagravio de las ofensas del mundo; la solemnidad majestuosa de las catedrales, digna de Dios y de la cultura de los pueblos católicos; el perfume sagrado que allí se aspira... ¡Oh, que dulce es para el alma, y como consuela al corazon herido, por la mano cruel del infortunio!

Así lo sentía D. Luis, y aunque acariciando en el fondo de su corazon heróicas aspiraciones, se conceptuaba por entonces dichoso.

Mas ¡ay!... que una nube hubo de aparecer de súbito en el cielo de su dicha, disminuyendo la de todos nuestros amigos.

La salud del venerable obispo de X... comenza-

ba á resentirse con síntomas desconsoladores.
D. Luis oraba mucho por la salud de su protector. Diariamente iba á informarse de su estado, pero la enfermedad hacia tristes progresos y de temer era un doloroso fin.

¿Habria sonado la hora de premiar en el cielo sus virtudes?

XXII.

BIENAVENTURADOS LOS QUE MUEREN EN EL SEÑOR.

Nos hallamos en el año de mil ochocientos catorce.

La paz recobra su benéfico imperio.

España triunfante, celebra con trasportes de alegría, su santa independencia.

Mas ¡ay!... La ciudad de X... no puede participar por completo del júbilo de sus compatriotas.

Una gran amargura ha venido sobre sus hijos.

El padre de los pobres, el refugio de los desgraciados, el pastor cariñoso, el Obispo modelo de virtudes, ha dejado de existir.

Las campanas doblan con lentitud tristísima.

Las gentes, se dirigen silenciosas á la residencia del Prelado.

Allí en su capilla ardiente, con grandes cirios y negros crespones, descansa sobre un lecho imperial el respetable cadáver, que ostenta las sagradas vestiduras de su alta jerarquía.

Un sacerdote se vé arrodillado, inmóvil y lloroso, al pie del fúnebre lecho: es D. Luis de Crabajal.. la expresion de la gratitud.

Los súbditos, lloran al obispo esclarecido; los

pobres, á su depositario; el clero, al padre cariñoso y justo.

El alma de un santo sube al cielo.

El mundo ha perdido una de sus ricas joyas en el saber y en la virtud...

Los funerales del Prelado fueron suntuosos. Las tropas le hicieron los honores de ordenanza correspondientes á su jerarquía. El clero desplegó toda su magnificencia, y la ciudad en masa hubo de rendir justo homenaje al sabio obispo, que poco despues descansaba en su sepulcro de la catedral de X...

Dios, habrá premiado sus virtudes, grabadas para siempre en el recuerdo de sus buenas obras.

¡Pero ay! «*Bien vengas mal si vienes solo*» dice el adagio, inspirándose sin duda, en que las desgracias suelen reunirse, para caer en tropel sobre la cabeza de sus víctimas.

D. Luis de Carbajal, aflijido por la pérdida de su ilustre protector, debía ser atormentada por otra desgracia terrible; por la mas cruel de todas las amargas.

D.^a Antonia, cuya salud se resentia de nuevo, desde que regresara á X... sintió de súbito un estruendo y agudo dolor de cabeza con síntomas peligrosos.

Carmen y Felipe, con D.^a Teresa, acudieron inmediatamente de recibir aviso, acongojado y lleno de inquietud; D. Luis trémulo y aturdido iba de una á otra parte desolado, y todos en derredor del lecho

de la enferma, la dispensaban solícitas y cariñosas atenciones.

Los marqueses de Valmira, llegaron también llenos de emoción y de sorpresa.

Bautista y Gertrudis, angustiadísimos.

Un sacerdote, confesor de la enferma, llegó á poco de avisarle, y todos abandonaron la estancia, conteniendo el llanto.

Cuando terminó la confesión, el noble rostro de D.^a Antonia parecía el de una santa, y sus ojos se dirigieron dulcemente hacia sus hijos.

Entonces Carmen, sin poder contenerse se apoderó de una de sus manos, y la cubrió de lágrimas y besos.

D. Luis y Felipe hicieron lo propio, mientras D.^a Antonia trataba de incorporarse en actitud de bendecirles, pero su brazo cayó pesadamente, su boca no pudo articular palabra, y los bendijo con el corazón.

En aquel instante, los tristes ecos de una lúgubre campanilla, anunciaron que el Rey de cielos y tierra llegaba á visitar á un alma justa.

Poco después, la noble y excelente madre, había muerto en brazos de sus hijos, cuya pena sería terrible, si la fé y la resignación no inundaran sus corazones.

Todo es efímero en el mundo: nada se resiste á la muerte... ¡Que terrible verdad!

XXIII.

EL MISIONERO.

Algunos dias despues, D.^a Teresa, Carmen y Felipe, tristes y silenciosos se hallaban en el salon, que ya conocemos, de los Sres. de Benavente.

D. Luis, habia salido á un pueblo inmediato exponiendo que la causa de su viaje era reservada.

—Alguna obra de caridad, como de costumbre— dijo Felipe; y todos lo creyeron así, esperando que volviera pronto.

El buen sacerdote escribia mas tarde lo siguiente:

Noviciado de B. N.

Muy amados en Jesus, Carmen y Felipe. Dejar todo por servir á Dios, constituye la verdadera dicha.

Así lo aprendimos de nuestros amados padres. Así nos lo repitió, mil veces, nuestro difunto y bondadoso tio.

Así lo quiere Dios, y has ta. Nuestra queridísima madre no existe. Vosotros no me necesitais.

Perdonadme si os dejo.

Fortalecidos en la fé, bendecireis, sino hoy, mas

tarde, este noble designio que me acerca á Dios.

Me dispongo á formar parte de las misiones de A...

Despues del noviciado, iré donde la obediencia me designe. No temais: me escudan la fé y el amor de Jesucristo.

Vuestro dulce recuerdo, y el de personas muy queridas, que ya no existen, jamás se apartarán de mi memoria. Mis plegarias y mis bendiciones, han de seguiros siempre.

No quise que conocierais estos propósitos que hace años aliento, y así os evité una terrible despedida.

¡Perdon! para vuestro querido hermano, si os causa pesar.

Despedidme de mis queridos amigos, á quienes tanto estimaré toda la vida, y vosotros, hermanos de mi corazon, abrazad al pobre misionero, que tambien os abraza y bendice apasionadamente.

Luis.»

Habia incluido la renuncia de la canongía en toda forma, y una minuta disponiendo de sus pocos bienes en favor de los pobres, con alguna excepcion para Carmen y Felipe.

Legaba varios efectos piadosos al capellan del hospital de Segovia, y á otros amigos, con una suma á Bautista y Gertrudis, recomendándoles á la proteccion de sus hermanos.

Carmen lloró y besó, una y mil veces, la carta con trasportes del mas tierno cariño. Felipe, tambien hubo de enjugar abundantes lágrimas al concluir

su lectura, y D.^a Teresa, cruzando las manos en actitud piadosa, dijo— ¡Teneis un hermano santo!

Los marqueses de Valmira, bendijeron tambien los nobles propósitos de D. Luis, aunque con pena por su ausencia, y el capellan del hospital de Segovia, al recibir la noticia por carta de Felipe, contestó manifestando su admiracion y gratitud, profundamente impresionado.

Sor Maria de Jesus, bendecia las altas determinaciones de la Providencia.

Bautista, desoladísimo.



XXIV.

EL MARTIRIO.

Dos años despues, una revista francesa daba la siguiente noticia:

«Un hecho horroroso ha ocurrido en el A... Noticias de autorizado origen, dan cuenta de la muerte de cinco misioneros españoles, mártires de su fé heróica. La serenidad y la alegría con que han soportado las crueldades de su glorioso martirio, constituyen, por sí, una prueba evidente de la verdad de nuestra sacrosanta religion. Ejemplos tan sublimes, no se imitan por los sacerdotes anticatólicos.

Una caravana de salvajes, furiosa contra el grandioso ejemplo de los soldados de la fé, que arriesgan su vida heróicamente por abrir á las almas infieles, las puertas de una eternidad de gloria, se apoderó de los infelices misioneros, cuya mansedumbre no opuso otra resistencia, que humildísimas súplicas.

Aquellos bárbaros, cuya dureza de corazon solo puede compararse á su ignorancia, los hirieron cruelmente, mientras los mártires de Jesucristo cantaban alabanzas al Dios de las alturas.

Desgarraron sus carnes hasta descubrir las entrañas, y el mas joven, que con los ojos fijos en el cielo, sonreia aun alabando al Señor y pidiéndole

por sus verdugos, fué arrojado á las llamas de una hoguera, donde espiró sin quejarse, y sin dejar de bendecir á Dios un solo momento.

¡Corona inmarcesible, tan bien ganada, se tejió para resplandecer siempre en el Paraiso!

El mas joven de quien hemos hecho especial mencion por su heroicidad suprema, sellamaba Don L. de G. y L. y segun nos dicen, pertenecia á una distinguida familia española.»

Nuestros lectores ya habrán comprendido, que el glorioso misionero que tan bravamente supo conquistarse la corona del martirio, no era otro que D. Luis de Carbajal y Lara.

¡Loor eterno, y gloria inmarcesible á sus virtudes!

Una vez informado Felipe, con toda seguridad, de la certeza de la noticia, lloró en secreto como un niño; la comunicó á D.^a Teresa, que asombrada bendecia la memoria del mártir, y últimamente á Carmen, con las oportunas precauciones, á fin de evitar officiosas imprudencias... Carmen se desmayó.

Despues, Felipe y D.^a Teresa, temieron una explosion terrible de dolor, pero no fué así.

Pálida como el mármol; sonriendo como podieran sonreir los ángeles, y temblorosa á impulso de la lucha indefinible de su corazon, hubo de exclamar de este modo—¡Gracias Dios mio, gracias!... Lo presentia... Me dísteis un hermano santo... ¡que mayor gloria!... ¡Oh.... cuan grande te contemplo.

Luis de mi alma, sobre un trono de luz en el Paraíso!... Tu rogarás por nosotros;.. bien lo sé... ¡Bendito seas!

Amar á Dios sobre todas las cosas, es el lema de nuestra familia;.. ¡no le olvidaré nunca...!

.....

.....

Sor Maria de Jesús, los marqueses de Valmira, el capellan del hospital de Segovia, y los Sres. de C... admiraban el heroismo del mártir.

Bautista triste y sin consuelo, pertenecía ya á la servidumbre de los Sres. de Benavente en clase de mayordomo, y Gertrudis de ama de llaves.

Todos recordaban y bendecian, sin cesár, la memoria de los seres queridos, que la muerte los arrebató.

FIN.

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE LIBRO,

PRIMERA PARTE.

- I. La primera comunión.
 - II. La voz de la conciencia.
 - III. Bendita fè la fè de Jesucristo.
 - IV. Dios sobre todo.
 - V. La familia cristiana.
 - VI. Quien ama á Dios, ama al pobre.
 - VII. No hay mal que por bien no venga.
 - VIII. La buena nueva.
 - IX. La educacion.
 - X. La ociosidad es madre de todos los vicios.
 - XI. En Dios pongamos la confianza.
 - XII. El fruto amargo.
 - XIII. Resignacion cristiana.
 - XIV. La muerte del justo.
 - XV. Consecuencias del juego.
 - XVI. El Prelado.
 - XVII. Deber y abnegacion.
 - XVIII. ¡Pobres padres!
 - XIX. La calumnia es un veneno mortífero.
 - XX. La soberbia es hermana de la impiedad.
 - XXI. Bendito el arrepentimiento.
 - XXII. Penitencia.
-

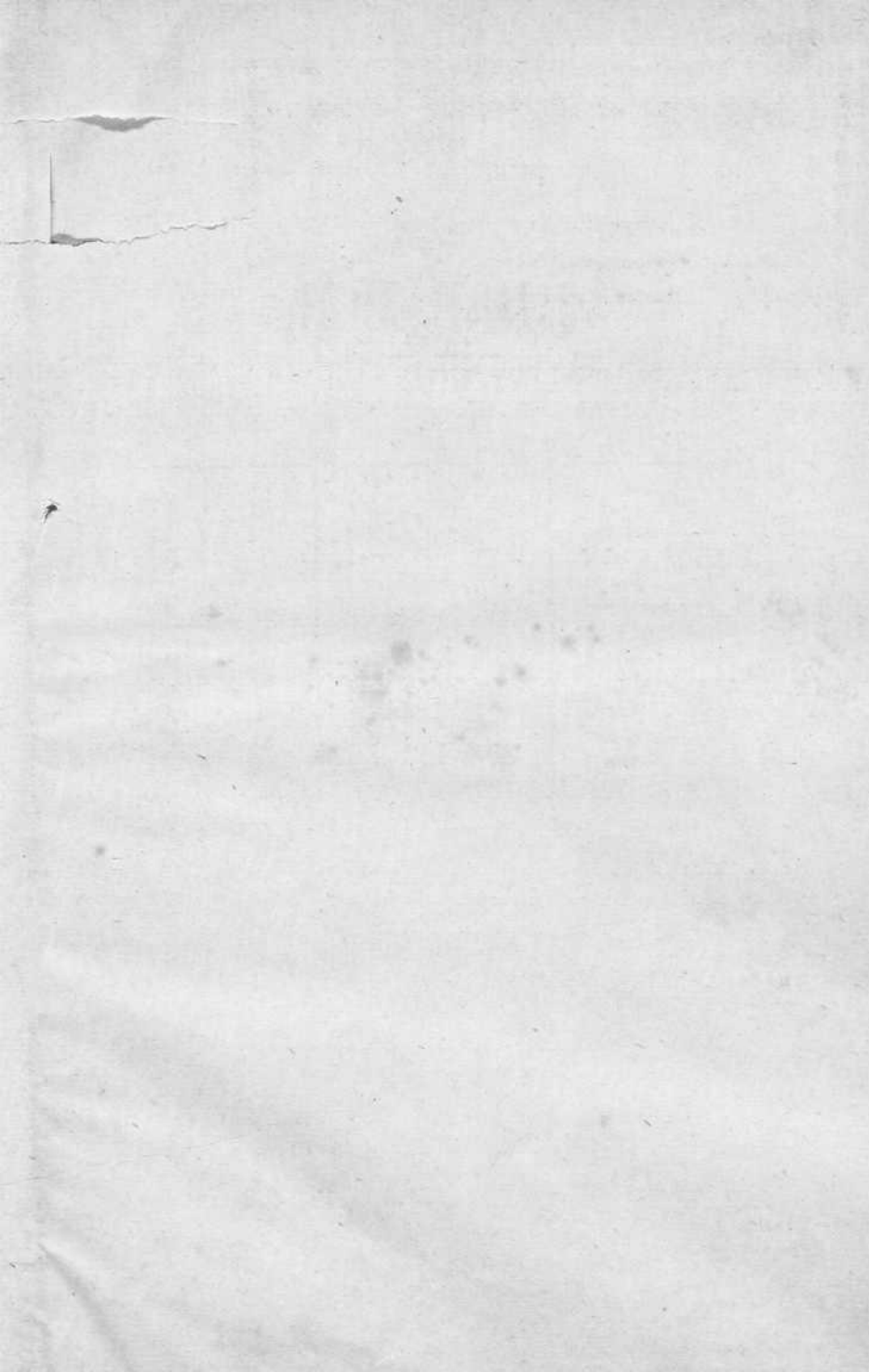
- I. Un grito de amor maternal.
- II. Carta de Felipe á su madre.
- III. Cartas varias.
- IV. Caridad.
- V. ¡Triste venganza!
- VI. La gratitud es deuda sagrada del corazón.
- VII. Sufrir por Dios es la mejor corona.
- VIII. Dos grandes corazones.
- IX. Consolar al triste.
- X. La víctima inocente.
- XI. La vida del hombre está cercada de peligros.
- XII. Solo Dios basta.
- XIII. La Providencia.
- XIV. El hospital.
- XV. Paciencia acrisolada; valor reconocido.
- XVI. Una nueva esperanza.
- XVII. El regreso.
- XVIII. El premio de la virtud.
- XIX. El castigo del mal.
- XX. El claustro.
- XXI. El matrimonio.
- XXII. Bienaventurados los que mueren en el Señor.
- XXIII. El misionero.
- XXIV. El martirio.

FÉ DE ERRATAS.

Página.	Línea.	DICE.	LÉASE.
12	16	vacía	yacia
47	19	perdodname	perdonfme
57	3	le y	y le
60	5	equella	aquella
67	3	enchi lo	henchido
80	31	escúpulos	escrúpulos
102	25	echo	hecho
114	10	olvideas	olvideis
139	17	Exemo	Ilmo
159	12	hechemos	echemos
172	31	raer	traer
184	16	conveniente	conveniente

FE DE ERRATAS

LINEA	DIOS	LINEA	PAGINA
18	zote	18	18
19	perchunino	19	47
8	le y	8	57
5	opella	5	60
3	erchle	3	77
31	acuritas	31	81
25	echu	25	108
19	olydas	19	114
17	Exorio	17	130
12	hechuras	12	139
31	zot	31	172
12	convencido	12	181
	zote		
	perchunino		
	le y		
	opella		
	erchle		
	acuritas		
	echu		
	olydas		
	Exorio		
	hechuras		
	zot		
	convencido		





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número..	2157	Precio de la obra.....
Estante...	25	Precio de adquisición
Tabla.....	5	Valoración actual

Número de tomos..

2

PL
D

2.157.

PAGINAS

DEL ALMA